

Mia del Valle

Segunda parte
de Una Propuesta
casi Indecente-



PROHIBIDO ENTRAR

Una historia de amor



PROHIBIDO ENTRAR *Una historia de amor.*

Mia del Valle

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo del titular de la obra.

La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Para comunicarse con el autor miadelvalle21@gmail.com

© [2015 Todos los derechos reservados](#)

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.

Prólogo

En Colonia del Sacramento, con su coche roto y hospedado en un hotel de mala muerte, Manuel Cortés estaba seguro que su suerte no podía ser peor. Incluso llegó a pensar que las fuerzas de la naturaleza estaban en su contra, sin saber que el destino le tenía preparada una grata sorpresa... Sofía Castellano una hermosa y simpática morena, también atraída por una serie de eventos desafortunados, sería vecina de hotel.

Las casualidades continuaron en Montevideo, cuando ambos se enteraron que la joven sería la nueva psicóloga de Recursos Humanos en la empresa Betner & Asociados de la que Manuel es vicepresidente. Finalmente se darían cuenta que las casualidades no existen, y que en el mapa de la vida, todo tiene su inicio y final. Juntos descubrirán que el amor todo lo puede... aún en contra de su voluntad.

—Sofía... —preguntó él — ¿Cómo empieza una historia de amor?

—Mmm... ¿no sé Manuel?...—sonríe picara con su boli entre dientes — ¿con una Coca Cola?

— ¡No!... con un: “Había una vez”

—Ahh, ya entiendo... “Había una vez, una historia de amor”

— ¡No Sofía! “Una historia de amor” no... “Había una vez... Nuestra historia de amor” —recalcó **“nuestra”**

Ella sonríe... y hace que todo valga la pena para él.

Nunca se me ocurrió ir al psicoanalista, mis tormentas personales las fui resolviendo a mi manera, es decir, con mi máquina de escribir y ese sentido del humor que me reprochan las personas serias.

Julio Cortázar

No le voy a volver hablar, no le voy a volver hablar, ¡no lo haré!

Me sonrió...

Y arruinó todos mis planes «para siempre».

NPV

Esta novela fue creada con mucho amor, para todas esas lectoras que pidieron la historia de Manuel y Sofía. ¡Para ustedes chicas! Gracias por el apoyo brindado... las quiero.

Que lo disfruten.

Mia

Introducción: fragmento de Una Propuesta casi Indecente.

Ocho de la mañana.

Me encuentro parada en la acera. Es un día muy frío, tengo la nariz congelada. Pese a mi gorro blanco con pompón, guantes y bufanda, los dientes me castañetean. Miro el moderno edificio de cristales espejados, ubicado en plena Ciudad Vieja, sobre las puertas reluce un cartel de bronce lustrado *Betner & Asociados*.

Así que tomo coraje. «Coraje... ¿coraje estas ahí?» Cri cri cri cri.

Definitivamente no está. Mi coraje quedó en casa, tapado con las mantas hasta la cabeza para que no lo encontrara.

Estoy nerviosa, no sé con qué o mejor dicho con quién me voy a encontrar. Hora del show, inspiro profundamente, cuadro mis hombros con actitud y me mando puertas adentro.

Al ingresar me envuelve un cálido aroma a vainilla. Frente a mí hay un mostrador con un guardia de seguridad. Al verme entrar, éste se pone de pie dejando de lado su tarea «leer el periódico» y me da los buenos días.

—Buenos días, busco al señor Federico Betner —respondo.

—Por favor dígame su nombre.

—María Victoria Rodríguez —mientras ingresa mis datos en el ordenador, doy una mirada a la recepción.

Pisos blancos con muchas obras de arte. Hay cuadros del artista Torres García colgados en las paredes, y sobre algunos pedestales hermosas esculturas en cerámica, uno de ellos, un toro pintado en geométricos tonos tierra, en otro pedestal una especie de personita con una gran máscara de murguero, sus colores imitan al cuero marrón, todo muy elegante y regional.

—Perdón, pero no la veo con cita agendada para hoy —el guardia interrumpe mi momento.

—Es que no la tengo. Él no me conoce, pero necesito hablar por un

asunto urgente.

—Disculpe joven pero el señor Betner no ve a nadie sin cita previa. Le solicito amablemente, que llame más tarde y hable con su secretaria.

—Pero usted no entiende, necesito hablar con él, es muy importante.

—Solo cumplo órdenes, le pido se retire.

—No. No iré a ningún lado hasta poder hablar con él —cruzo mis brazos y elevo una de mis cejas.

—El Arquitecto Betner no ha llegado aún —señala la puerta de salida con sus manos, y continúa. —Llame más tarde para concretar una reunión.

Giro sobre mis talones sin pronunciar palabra, pero en vez de salir, tomo asiento en uno de los sillones de la sala de estar. No me marcharé hasta arreglar el asunto.

El hombre me mira molesto, no dice nada más, solo toma asiento y continúa con su trabajo.

Una hora más tarde ingresa uno de los hombres de la fotografía del diario. Tiene cabello oscuro, es alto y elegante, viste traje oscuro, camisa gris, corbata negra y un maletín de cuero. Saluda amablemente al guardia dándole la mano y se dirige a los ascensores sin reparar en mi presencia. Tengo que actuar, ¿será él?

Solo tengo una opción, me pongo de pie y grito.

— ¿Señor Betner? —Voy detrás, si es este el sujeto no se escapará hasta arreglar el mal entendido.

El caballero me mira y sonrío. Es tan lindo,... ¡Basta Victoria, quizás sea hora de buscar un novio. Porque no vinimos a mirar a hombres lindos! irrumpe mi conciencia. «Conciencia perraca»

—¿Disculpe es usted el señor Betner? —el molesto guardia de seguridad está en mis talones nuevamente.

—No se preocupe García, deje a la señorita —el apuesto hombre da una mínima señal con la cabeza suficiente para que el guardia asienta y vuelva con su tarea. La cual sería continuar ¿leyendo el periódico?

«¡Eso es García! Vuelve a tu lugar» esa fue mi conciencia nuevamente.

—Disculpe que lo moleste señor Betner. Mi nombre es María Victoria Rodríguez, en el día de ayer solicité un préstamo en un banco, pero me lo negaron porque figuro casada con usted. —Suelto todo lo más rápido posible para que no se me escape.

El joven sonríe con satisfacción. No me importaría ser esposa de un pedazo de hombre como este. Por fin tiende su mano para saludar y presentarse.

—Buenos días soy Manuel Cortés, socio de Betner. Acompáñeme por favor.

Llega el ascensor y Cortes hace una seña con su mano, indicando que pase primero «Tan caballero»

Dentro del reducido espacio, los nervios vuelven. Mi panza hace ruidos, tengo calor. Aflojo mi chaqueta y quito mi gorro, trato de acomodar mi cabello,... no lo logro.

El hombre me observa en silencio, no quiero ser paranoica pero me estudia, puedo sentirlo. Finalmente el ascensor se detiene en el sexto y último piso. Nuevamente permite que baje antes que él. Llegamos a una lujosa recepción, todo alfombrado en rojo, esculturas de bronce y hermosos cuadros. Caminamos hasta su oficina.

—Tome asiento por favor —dudo, no estoy segura si estaré haciendo lo correcto. Finalmente deajo caer mi trasero en la silla, frente a su lujoso escritorio. Cortes desabrocha los botones de su saco y toma asiento.

— ¿Victoria, te puedo tutear?

—Si claro.

—Bien Victoria, lo que me trataste de explicar ¿es que figuras casada con mi socio? —sin éxito trata de ocultar una sonrisa.

«Chistoso»

—Sí exacto.

— ¿Tú lo conoces?

—No, claro que no. Ayer en el banco, me dio su nombre la empleada que me atendió. Ella me puso al corriente sobre el error en mi estado civil, cuando pidió la firma de mi “cónyuge” —me inclino sobre el escritorio y apoyo mis antebrazos en él. —Estoy desesperada, anoche en google conseguí los datos de esta empresa. Y había una foto suya y de mi supuesto esposo, solo que no sabía cuál era cual —respiro, creo que hablé sin pausa, ni oxígeno de por medio.

—Comprendo, dame un minuto por favor —toma el teléfono de su escritorio y disca un interno, espera, mientras me observa. Cuelga y llama a otro número.

—Buenos días Nadia ¿Federico ya llegó?

—Señor Cortes, el Arquitecto está en su oficina con la señorita Ximena Roux, pidió que no se lo moleste.

—Bien entiendo, descuida... luego lo llamo a su móvil, gracias —. Cuelga, apoya los codos en la mesa y entrelaza sus manos... piensa.

—Victoria, mi socio está reunido en este momento. Dame tu móvil, te prometo que en cuanto me comuniqué con Federico te llamaré.

—Es que estoy sin móvil por el momento, ayer me lo robaron —hago una mueca de lado ¡completita la chica a mas no poder! Oh sí.

—Bueno, entonces el de tu casa —Sí, ese si lo tengo «mientras pueda seguir pagándolo» pienso.

Intercambiamos números, me entrega una tarjeta personal, y me marcho. Igual a como llegué, llena de nervios, con un nudo en el estómago y ¡CASADA!

Todo comenzó.

Un mes atrás...

10 de marzo 9 am

Me transpiran las manos. Conseguir trabajo en lo que me gusta, justo luego de recibirme, es un sueño hecho realidad.

Me encuentro en la empresa constructora Betner & Asociados. El guardia de seguridad lee un periódico detrás del mostrador. Al parecer uno de los directores aún no ha llegado y debo aguardar.

Hay una chica más esperando ser entrevistada. Es rubia, de nariz respingona y cuerpo de infarto. Solo espero que mis calificaciones sean tomadas en cuenta, y no el contorno del busto... ¡por Dior! Me miro y luego a ella,... somos agua y aceite. Yo estoy usando un pantalón de vestir negro con corte recto, una camisa azul con finas líneas blancas y zapatos de diez centímetros de alto, también azules. En cambio la rubia, tiene un pequeño y corto vestido rojo... ¡rojo! ¡Donde se vio, usar ese color en una entrevista de trabajo! Sumado a sus zapatos de tacón altísimos, es la personificación de Gatúbela, lista para el ataque. «Miau»

Un elegante caballero con perfecto traje de diseñador, ojos claros y cabello oscuro entra como estampida. Da únicamente los buenos días al guardia y sigue camino hasta los ascensores.

—El caballero que acaba de entrar, es el señor Betner — Comunica con orgullo el guardia.

Asiento con la cabeza, y la rubia deja escapar una risita tonta. Continúo esperando. Me pregunto si la tetona, estará aguardando para el mismo puesto de trabajo.

El ascensor se abre y una mujer joven, con unas carpetas en la mano sale de él. Verifica una información, hasta que finalmente pregunta.

—

¿Mónica Lewosky?

—

¡Soy yo! —exclama la rubia poniéndose de pie.

—El señor Betner y el señor Cortés la verán ahora, sígame por

favor.

«¡Mierda!»

¿Es broma?

¿Mónica Lewosky?... ¡con ese nombre seguro la contratan a ella!
Hago un rezo interno para que el señor Betner y su socio no sean habitués
de fumar habanos.

Odio realizar entrevistas. Pero viendo que Souza, que es quién debería encargarse de eso, se encuentra en plena investigación por las acusaciones, no hay más remedio que tomar el asunto en nuestras manos. El día de ayer fue bastante productivo. De seis entrevistas, dos chicas calificaron por puntaje de escolaridad, personalidad aplomada y buenas curvas.

Y es que... bueno, además de respetables profesionales, ¡también somos hombres! «Y no de los santos precisamente»

Al fin mi socio entra en la sala, seguido por Nadia su secretaria.

— ¿Desea su café señor Betner? — Pregunta la joven, con esa carita de miedo que siempre tiene frente a Federico.

—Si, por favor, negro en taza grande, dos de azúcar. Y haga pasar a la primera postulante.

Miro la carpeta con los datos de las jóvenes, y no puedo contener la risa al ver el primer nombre.

— ¿Mónica Lewosky? — «Jo-der»

— ¿De veras se llama de esa forma? — Fede sonrío y eleva una de sus cejas.

No me cree. Suelo hacerle alguna broma de este tipo, pero en este caso ¡es verdad!

Golpean la puerta y abren, todo al mismo tiempo. Nadia ingresa, y con una solemne actitud, deposita el café en la gran mesa de juntas. Acto seguido hace entrar a...

«Mierda»

Con mi socio nos miramos. No necesitamos palabras para entendernos.

Continúo esperando.

Hace exactamente una hora. ¡Una puta hora!...sesenta minutos, tres mil seiscientos segundos...ta y ¡listo! no sé cuántas milésimas de segundos son. Pero ¡mierda! Creo que se la deben estar cogiendo entre los dos socios. De otra forma, no encuentro razón para que demoren tanto.

Finalmente el ascensor se abre y veo salir a la rubia tetona, radiante junto al señor Betner. Mi hipótesis no debió ser muy errónea, cuando lo escucho a él comentarle al guardia de seguridad

—García, entréguele a la señorita Lewosky un pase de ingreso. A partir de mañana, será nuestra nueva psicóloga.

«¡Pero qué mierda!»

—Gracias por la oportunidad que me están brindando. Espero no defraudarlos, dele mis gracias al señor Cortés —. Suelta “Moniquita” resplandeciente de alegría.

García se remueve incomodo detrás del mostrador. Aclara su garganta y comenta...

—Señor, aún quedaba una persona por ser entrevistada —. Suelta el guardia, con una notable incomodidad.

El tal Betner gira para mirar en mi dirección. Estoy de pie con mi bolso colgado en el hombro.

Camina a mi encuentro. Y tiende su mano. Se la estrecho. Estoy furiosa, al borde de las lágrimas, e intentando guardar mi dignidad.

—Disculpe señorita ¿...? —espera le de mi nombre.

—Sofía, soy Sofía Castellanos señor. «Malditos mujeriegos ¡hijos de puta! El tal Betner y su desconocido socio»

Aliso las arrugas imaginarias de mi camisa, mientras comento...

—Como veo que el puesto ya fue asignado, no veo nada productivo al permanecer aquí.

—Señorita, espere... —Lanza Betner mientras toma suavemente mi antebrazo. Su tacto es suave y firme a la vez. —Quizás... podamos

encontrar alguna tarea para que pueda desempeñar.

—¿Alguna tarea?

De forma brusca, retiro mi mano. Estoy furiosa e indignada.

—Déjeme aclararle algo señor. Vine por un puesto en particular y no necesito de su caridad... La tarea, pueden metérsela por donde no les de la luz del sol. ¡Mujerriegos de mierda!

Dando dos largos pasos, queda a pocos centímetros de mí. Con su altura y espalda ancha busca intimidarme. «Iluso.»

—Señorita ¿le doy un consejo?... no me hable de esa forma —. Suelta con soberbia.

En cambio, ahora soy yo quién reduce la poca distancia que nos separa. Doyo un paso en su dirección y deajo escapar algo de mi encanto.

—¿Le doy un consejo yo señor Betner?... ¡no me dé putos consejos! Buenas tardes caballero —. Giro y me marcho del edificio.

No sé por qué, pero de pronto el lugar se sentía más pequeño.

Salgo del edificio cargada de angustia. Una presión en el pecho me dificulta la respiración. Camino varias cuerdas de la ciudad vieja con la mente en blanco. Llego a la plaza Independencia y tomo asiento en un banco que se encuentra vacío. Miro a una madre que pasea a su bebe en cochecito. Unos escolares corren con sus grandes mochilas y un poco más lejos,... una pareja de ancianos alimentan palomas.

Una melancolía recorre mi cuerpo. Un dolor oculto. Una sensación que no sé qué es.

Y sin más... me largo a llorar.

Federico irrumpe en mi oficina sin golpear. Toma asiento frente a mí y suelta...

—¿No entiendo qué sucedió? Cometimos un error Manuel. Un grave error... ¡Esa joven mujer me plantó cara!

—¿Quién te planto cara amigo?

—Una chica a la cual no llegamos a entrevistar! Me hizo sentir sucio, como un idiota pajero, que toma decisiones pensando con su pene y no con su cerebro.

Largo una gran carcajada. Porque de hecho,... somos unos mujeriegos que en muchas ocasiones pensamos con nuestro pene. Si bien, nuestra empresa tiene mucho éxito, y está muy bien posicionada en plaza. No puedo negar que los ojos... ¡están para ver!

—Es que... ¡eres un pajero! —Sonrío al ver su expresión.

—¡Que te jodan Manuel! Estoy hablando de algo importante y vos ¡me tomas para la chacota!

—¿Chacota?... te estas pareciendo a mi abuela.

—Hermano, creo que hicimos mal en contratar a la rubia tetona —. Fede va por un whisky y responde...

—Lo sé... ¡ni siquiera tiene su título aún! —. Masajeo mis sienes. Ya me duele la cabeza y no son más de las once de la mañana

—Fue una estupidez. Sé que está fuerte como patada en los dientes, pero la chica a la cual no llegamos a entrevistar, tiene una brillante escolaridad. En realidad fue nuestra empresa quien la solicito para que acudiera a una entrevista. Jamás perdió un examen y ha sido promovida con honores.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Llamamos a Lewosky para decirle que cambiamos de opinión? Admite Manuel que esto de cambiar de idea, no habla bien de nosotros.

—Creo que antes nos debe una mamada a los dos... ¡como mínimo! ¡Pasamos más de cincuenta minutos, escuchándola hablar de su operación de siliconas y de la última vez que se le encapsuló una teta!

Reímos, mientras abrimos nuestras agendas para ver las reuniones pendientes. Tomo el teléfono y llamo a Serena... mi secretaria.

—Serena, por favor podrías llamar a la segunda postulante del día de hoy, a la que no entrevistamos y pasármela en este momento? Gracias.

—Tu secretaria me asusta Manuel.

—¡Te asusta porque a sus jóvenes veinte años, no te tiene miedo Betner! «Fede asiente y sonrío»

—Nadia me gusta más... al menos no intimida al punto de achicarme el pito.

—¡Tu secretaria te tiene miedo! Y además creo que está enamorada de ti.

Fede se reclina con actitud pensante y da un largo trago a su bebida. Yo opto por dos ibuprofenos junto a un trago de café. Anoche una de mis “amigas” me tuvo con actividad hasta entrada la madrugada. Hoy sinceramente no sé cómo me pude vestir luego de nuestra maratón... «Hinchazón de huevos nivel extremo»

El teléfono suena.

—Manuel, la señorita Castellanos manda decir, que agradece la tengan en cuenta, pero que lamentablemente, no puede aceptar el puesto —. Comenta Serena. «Orgullosa... ¡la chica es orgullosa!»

—Dime qué dijo realmente, no me creo que se refiriera al trabajo con tanto decoro, luego de lo que le hicimos.

—Dijo...: “*No quiero saber nada de ese puto trabajo, que se metan el puesto en el culo.*”

Rasco mi mentón y asiento en silencio.

—Comunícame con ella ahora por favor. Pero pasa la llamada sonando.

—¿No quiere saber nada con nosotros verdad? —pregunta Federico con la vista clavada en su celular.

—Aceptara, créeme... puedo llegar a ser muy persuasivo.

Ya en casa, tomo una ducha y me pongo mi pijama. No son más de las cinco de la tarde. Pero cuando pega el bajón, nada mejor que el pantalón a cuadros y mi camiseta de I LOVE ME con un gran corazón en medio.

Mi madre entra en mi habitación trayendo un café con leche y un par de tostadas. Deja la bandeja en mi escritorio y se recuesta en mi cama.

Me mira.

Y cuando digo “me mira” es que ¡ME MIRA! Con mayúsculas chillonas,... es que ella puede ver dentro de mí. La muy bruja siempre sabe cuando algo anda mal.

—¿Qué fue lo que sucedió en la entrevista Sofía Elena? —Ups... mamá usa mi nombre completo. Viene de charla seria la cosa —¿se puede saber qué te hicieron?

—Nada —respondo.

—¡No! Nada no. Eso no es una respuesta hija... entraste llorando y te encerraste en tu habitación... algo te tienen que haber hecho.

Dejo escapar un gran suspiro y finalmente respondo su pregunta.

—No me entrevistaron. Contrataron a una rubia tarada que estaba antes que yo. Eso fue lo que pasó. Ni siquiera me dieron la oportunidad de entrar para que vieran mis cualidades. Digamos que... comencé con el pie izquierdo.

—¡Pero qué hijos de puta! —grita.

—¡Mamá, tu boca! —grito. Y ambas reímos por nuestro sonoro tono de voz.

—Claro está que no tenías que trabajar allí. El universo pone cada cosa en su lugar, y seguro te tiene preparado algo mejor, que esa “empresucha” de cuarta.

—¿Empresucha? —Imito su tono y sonrío. Amo a esta mujer, una experta en el arte de simplificar los problemas...

“Me preocupo por la salud de los que amo y me ocupo del resto de las cosas... salvo la salud, todos los problemas se solucionan fácilmente”

le encanta decir

—¡Ma!,... ¿podes dejar de inventar palabras?

—La ley de atracción, pondrá en tu camino, lo que tú quieras. Así que pide hija... pide sin temor tu deseo,... y seguro llegará.

Tomo una hoja de papel en blanco del escritorio y escribo... *Quiero que me llamen de Betner y Asociados para patearles el culo a los directores babosos.* Leo mi pedido y se lo muestro a mi madre, quien ya se sacó los zapatos y se acomodó sobre la almohada.

Con su pulgar en alto, suelta...

—Hay veces en que temo pedir, porque hasta ahora todo se ha cumplido sin excepción. Mi último pedido fue el viaje familiar... ¡ya mismo me pongo con eso! Así aprovechamos que aún no comienzas a trabajar.

Sujeto mi barbilla como si estuviera pensando y anoto en la hoja a un lado de mi pedido... *Y un millón de dólares.*

En medio de risas y chistes suena mi teléfono, espero que no sea nuevamente la secretaria del mujeriego.

Miro la pantalla y sonrío al ver el nombre de quién llama.

—Bonjour mon amour... ¿comment êtes-vous? —Saludo. Es Jean Pierre... mi novio.

Mamá se pone de pie y tras darme un sonoro beso en el cachete, sale de mi habitación para dejarnos hablar tranquilos.

—Hola amor, ¿qué tal tu entrevista?... Llamaba para saber

«¡Oh claro!,... la entrevista que jamás me hicieron por contratar a una súper tetona... quien seguramente, les haya practicado sexo oral a los directores, para que le dieran el puesto» ¡De maravillas querido!

Pero limito mi respuesta.

—No quedé en el puesto.

—Bueno gordi la próxima será. «¡Odio que me diga gordi!»

Continuamos hablando, de cómo van los partidos de rugby y sus clases,... pero la llamada se corta en el preciso instante, que me estaba

relatando un pase en el último partido... cuando en los últimos segundos de juego no se sabía si el balón entraba o no.

Suena nuevamente y atiendo sin mirar la pantalla.

—Mon amour, me dejaste con la duda... ¿la metiste al final? ¿Entró?

Solo que...

«No era mi novio»

—Bueno Castellanos, muy directo lo suyo. Pero quizás podamos tomar un café, antes de preguntas tan íntimas. ¿No le parece?

—¿Quién habla? —no reconozco esa voz, pero el tono empleado y su musicalidad, reflejan masculinidad y mi piel reacciona al instante erizándose.

—Mi nombre es Cortés y soy el vicepresidente de Betner & Asociados...

¡No puedo creer que tengan el descaro de llamar nuevamente!

—¡Ya le informé a su secretaria que no estoy interesada en tener nada con su empresa! —pero me ignora.

—Sofía, pondré en altavoz el teléfono para que mi socio pueda oírte. Así que controla tu lengua por favor —. Deja escapar la palabra “lengua” con un halo de sensualidad y doble sentido. — «¡Hijo de p...!»

—Buenas tardes Sofía, soy Federico Betner. Seré totalmente franco con usted, no acostumbramos a realizar este tipo de llamadas,... pero visto las circunstancias del hecho, decidimos hacer una excepción... Si acepta, ... el puesto es suyo.

—No lo acepto. Pero muchas gracias de todas formas Federico.

—Te pagaremos un veinte por ciento más de sueldo —. Ofrece el hombre que me llamó.

¡No puedo creer que me quieran pagar más! Claramente, se dieron cuenta de su error y que no pueden dar semejante responsabilidad, a una persona solo por tener el trasero de ¡Jennifer López!

—Les agradezco la deferencia. Pero sinceramente, no creo encajar

en su empresa. Por lo que pude ver; ustedes toman sus decisiones de forma sexista, y para ser sincera... si algún día trabajara allí, a los primeros que tendría que ver en consulta sería a ustedes caballeros.

Silencio.

Dos opciones: La primera,... están pensando mi hipótesis de ver a un psicólogo... no estaría mal. Tampoco me importaría ser esa psicóloga, por el poco tiempo que estuve con Betner, pude ver que el hijo de puta es un hermoso macho alfa. Segunda opción y la más coherente... están a punto de mandarme a la mierda y colgar la llamada.

La voz de Cortés suena nuevamente en el teléfono.

—Te pagaremos un cincuenta por ciento más. Preséntate mañana a las ocho en mi oficina, fin de la charla y aquí nunca pasó nada —.

El tono que usa, deja ver que la paciencia se le está acabando. «¡Me encanta!» Y es por esa misma razón, que me propongo terminar con ella en su totalidad.

—Quiero el doble de sueldo y un mes de licencia por adelantado... tengo un viaje familiar pendiente y viendo que habían contratado a Jessica Rabbit, acepté el paseo. De lo contrario no hay trato. Considérenlo... una indemnización por el mal momento que me hicieron pasar.

Espero sonriente, en medio de un silencio de ultratumba. Parezco una niña disfrutando de su travesura. Aguardo por unos largos segundos, a que se desquicien y me mande a freír espárragos.

Finalmente obtengo respuesta, la melodiosa y decidida voz de Cortés sale del otro lado de la línea

—El día lunes 13 de abril te quiero a las ocho en punto en mi oficina,... ¿entendido? Quedas contratada—. Y corta la llamada.

Me deja peor que antes.

Porque no sé si suena más a promesa o amenaza.

«Putá ley de atracción»

—¡Joder Manuel! ¿El doble... un doscientos por ciento más? ¿Y vacaciones? Te has vuelto loco sin duda alguna. ¿Qué te sucedió? ¿Te acostaste con ella y no me enteré? Porque debe ser muy buena en la cama, para que ordenaras sacar a la rubia y encima pagarle a esta ¡el triple!

Gritaba Federico a los cuatro vientos.

—¡Nada que ver! Ni siquiera la conozco —«aún» pienso — solamente pude ver en su currículum talento y compromiso. Y la carta de recomendación del decano, habla muy bien de ella.

Mi socio, se pone de pie, camina al bar y recarga su whisky.

—Esta noche Griselda nos espera en su casa. Va a estar una amiga de ella.

—¿Y a qué viene esto?

—¿Cómo, a qué viene esto?... ¡a nada! Simplemente que tenemos invitación a cenar y a un fantástico sexo.

—Es martes Federico, ya estoy un tanto cansado para estos maratones semanales —. Le doy un largo trago a mi café y lo mantengo en mi boca. El sabor fuerte empapa mis papilas... ayudando a despejar mi mente. Tengo la vista perdida en el ventanal de mi despacho.

—Creo es peor de lo que pensaba —. Suelta mi amigo.

Y está en lo cierto,... viejo zorro me conoce mejor que yo mismo. Y sabe que algo anda mal en mi cabeza. Por tonto que suene... la díscola de la muchacha con la que acabamos de hablar... me dejo colgado.

No fantasees Manuel, quizás sea un adefesio, con bigotes y cejas tupidas. No te podes cachondear con una voz en el teléfono.

Capítulo 1

Bitácora del desastre.

Viernes 10 de abril

Las dos de la tarde, es la hora en que la respetable población del departamento de Colonia duerme su siesta.

El calor es insoportable. Manuel... con su traje de diseñador adherido al cuerpo, deambula por una calle del que fuese su antiguo barrio.

Hace exactamente diecinueve años que no pisaba este lugar. Precisamente desde aquel fortuito día, en el que se juró jamás volver... Pero las vueltas de la vida, y eso que algunos llaman “destino” lograron lo casi imposible,...volver a las raíces, volver a los años más felices; noches de verano cantando en la plaza, partidos de futbol en la canchita detrás de la iglesia y la novieta, su primer amor... Anita, la chica más linda que jamás había visto y de la que se enamoraba cada verano.

Caminó cinco cuadras, cinco interminables y calurosas cuadras. No había ni un alma en la calle, solo uno que otro cusco durmiendo bajo la sombra de algún árbol. Finalmente, cuando ya moría de sed vio un hotel... «si es que se le podía llamar de esa forma»

Un exasperante sonido musical, indicó la entrada del posible huésped...«tlin tlin»

Manuel Cortés dejó su maleta a un lado para quitarse el saco. — Este barrio parece una escena de Walking Dead. —lanzó con su característico humor ácido, a la regordeta mujer que atendía la recepción del “complejo”.

Ella lo miró sin comprender.

—Buenas tardes señor, bienvenido a “La casita del confort” —la sonrisa de la gentil dama era sincera. Su vestido floreado, junto al tirante recogido del pelo, lograban acortar aún más su estatura, aquello sumado a los coloridos tonos rojizos del estampado, resaltaban el brillo que causaba la transpiración de su frente.

—¿De veras? —su sonrisa no tardó en aparecer, no podía creer

que ese fuera el nombre de aquel lugar.

—¿Desea un dormitorio con baño privado o compartido? — preguntó la dama.

—Señora... —se inclinó sobre la escarapela donde la empleada lucía su nombre, y retomó, —señora ¿Adoración?

—María Adoración Saldaña Gómez a sus órdenes.

—Baño privado por favor —soltó sin más, aquello parecía una comedia de televisión, solo esperaba que la habitación fuera decente, como para vivir dos putos días en ella, y volver a su cómodo departamento ubicado en la rambla de Punta Gorda.

Le entregó el documento de identidad y mientras Adoración realizaba el check in, Manuel daba una mirada a la decoración del lobby. Paredes tapadas de lambriz, «él odiaba el lambriz», cortinas de tul que en algún momento deben haber sido de color blanco, aunque ahora tenían una encantadora capa beige y pegajosa sobre ellas. En la pared opuesta, un antiguo modular que contenía unos cuantos libros llenos de polvo, junto a un jarrón con rosas de plástico. Pero sin dudas... lo peor de todo era un enorme crucifijo de madera, en el que Jesús le miraba fijamente implorando que se marchara cuanto antes de ese antro.

Era una mezcla perfecta entre casa de antigüedades, iglesia de pueblo y venta de garaje.

Nuevamente el irritante sonido de la puerta «tlin, tlin», esta vez marcó la entrada de una pareja, la que no era más que un manojito de manos y baba.

—Buenos días Adoración, la misma de siempre. —Comentó la muchacha que no tendría más de veintitrés años y masticaba su goma de mascar con la boca abierta. Mientras el pelado que la acompañaba no paraba de tocarle las nalgas y ¡perfectamente podría ser su padre!

«¡Degenerado!» pensó Manuel.

—Pasa Martita... ¿una hora como siempre? —comentó la recepcionista. Ambos asintieron ya camino arriba por las escaleras.

«¡Genial un putero!»

Dónde mierda me metí ¡necesito comprar sábanas de forma

urgente! y desinfectante en aerosol.

Adoración finalmente entrega la llave, le cobra por adelantado e indica que tiene incluido el desayuno.

—¿Perdón, la vacuna antitetánica está incluida en el desayuno continental? —sonríe, pero nuevamente la señora no entiende su humor.

Por lo tanto, maleta en mano, toma la llave y se dirige al primer piso. Un punzante latido en la frente, lo alerta que su estadía en este lugar no será de lo más grata. Pero bueno... no tenía muchas opciones; viernes y sin coche, tendría que soportarlo. Intentaría tomárselo como una especie de “turismo aventura”.

Sube las escaleras y camino a su dormitorio se encuentra con un dispensador de condones... y junto al mismo uno de protectores íntimos. No se asombra. «Cualquier cosa puede ocurrir en la Casita del Confort.»

Llega a su habitación, luego de un pequeño forcejeo con la puerta logra abrirla y ésta hace un chillido al moverse. Todo era sencillo y de mala calidad. Frente a él, se muestra lo que esperaba encontrar: cama de dos plazas, cubre fabricado en un material similar al terciopelo en un estridente tono dorado,... pero lo peor de todo ¡eran los flecos que colgaban en sus bordes!

—¿Flecos? Se preguntó a sí mismo, y un escalofrío recorrió su columna, ante la idea de sentir esos sintéticos materiales sobre su piel.

Dos mesitas de luz antiguas acompañaban el Art Déco y otro crucifijo colgado en la cabecera de la cama.

—Bien,... tranquilo Manuel, que todo va a estar bien. Tomaremos un baño y saldremos de shopping —se dijo, intentando no parecer tan frívolo. Tomó una de las toallas que habían sobre la cama y miro a través de ella por los agujeros. Parecía como si una gigante y mutante polilla se hubiera dado un festín con la finada tela.

El baño no era lo mejor, el sarro en el inodoro, y la cortina rota en el duchero, complementaban a la perfección el estilo deseado. En ese instante, la ducha era de lo más tentador, pese a las condiciones del lugar, Manuel necesitaba refrescar el calor y la tensión de las últimas horas. Se desnudó por completo y se introdujo bajo agua.

Apenas comenzaba a disfrutar la refrescante sensación, cuando una cacofonía de sonidos, traspasaron los azulejos del baño. «"Oh oh oh, si ahhh ¡dame más! Métela toda, ¡ah ah ah!, ¡si, hasta el fondo Rubén"» Cerró los ojos con resignación, era innegable que Martita y el susodicho la estaban pasando bien...

¡Muy bien!

Capítulo 2

Todo comenzó:

Luego de tomar una relajante ducha, con los gritos y gemidos de mis vecinos, y evitando en lo posible tener contacto con cualquier superficie de dudosa higiene. He decidido salir a comprar sábanas y una almohada. Me visto con un cómodo jean y una camiseta negra. Paso por recepción para dejar las llaves y salir de compras. El lugar es un antro, pero la administradora parece amable y servicial.

En el barrio ya hay más movimiento. Son las cuatro de la tarde y en las calles los niños andan en bicicleta y algunas señoras con carritos repletos de verduras hacen los mandados, antes de tomar mate junto a las vecinas. Camino un par de cuadras hasta dar con el negocio del turco Abib, este local debe tener al menos cuarenta años, vende ¡absolutamente de todo! En los veranos, era un clásico venir por las tardes a comprar helados de agua a lo del Turco, nos quedábamos horas hablando de futbol y él nos regalaba caramelos. Buen tipo el Turco... lástima que enviudó joven, y en contra de su tradición, jamás contrajo matrimonio con otra mujer. Siempre nos dijo... *“El verdadero amor, solo se encuentra una vez en la vida. Y yo encontré el mío”*.

Ingreso a la tienda y en efecto el querido Turco sigue tras el mostrador. Con sus lentes apoyados en la punta de la nariz, levanta la cabeza y no lo puedo creer, pero me reconoce en el acto.

—¿Manolete eres tú, hijo? ¡No puedo creer lo que mis ojos ven! — se pone de pie y sale a mi encuentro.

—¡Turquito, cada día más facheró! —suelto, mientras nos fundimos en un apretado abrazo.

—Deja loco, cada día con menos batería, —Reímos

—¿qué hace un hombre tan ocupado cómo tú por estos pagos?

—Bueno, en realidad una serie de eventos desafortunados, hicieron que arribara por aquí. Vine a supervisar una maderera en Nueva Palmira, de la que tenemos concesión junto a mi socio Federico Betner ¿lo recuerdas? Pues nada,... él no pudo venir y me mandó en su lugar. Luego

de esa tarea, mientras conducía por la ruta mi coche comenzó a fallar, hasta que el sensor me indicó que la temperatura había subido demasiado y no me quedó otra opción que parar en el taller del Chirola.

El Turco dando pasos cortos con su bastón, llega a la gran tetera de cristal y sirve un pequeño vaso para mí. Con su mano, como en los viejos tiempos, me invita a tomar asiento.

—Personaje el Chirola, ¡cinco niños en seis años!

—Sí. ¡Ni que lo digas! La próxima vez que vuelva, le traeré de regalo un televisor.

Parece que en el pueblo nada ha cambiado, desde la última vez que vine. Cada quien vive en las mismas casas, los comercios son los mismos y las rutinas se repiten día tras días según lo contado por Abib. Luego de tomar el té dulce que me convida y cargado de sábanas, toallas, almohada y desinfectante, vuelvo al hotel. No es que tenga ganas de regresar,... pero el cansancio, me obliga a poner en condiciones la cama, para de esa forma descansar finalmente.

Una vez en la recepción, Adoración me deja en espera por un momento, mientras atiende el teléfono. Un «tlin-tlin» seguido de ruido de tacones atrae mi curiosidad. Es una joven mujer, de unos veinte y tantos años quizás. Cabello moreno, bien vestida y linda figura.

Ingresa dando grandes zancadas hasta llegar al mostrador. Ignorando mi presencia y tomando mi lugar, atrae la atención de la recepcionista.

—Buenas tardes. Necesito la mejor suite que tenga disponible —. Entrega una tarjeta de crédito con sus manos, a la espera de que Adoración la tome.

«La mato»

—Ejem... —capto su mirada «¡Dios! es hermosa» pero continúo con mi ataque —Disculpe señorita, pero yo estaba primero.

Ella me observa de arriba abajo,... apoya su bolso de mano Louis Vuitton en el mostrador y gira nuevamente para hablar con Adoración.

—Si tiene una con jacuzzi... ¡mejor!

—¿Jacuzzi? —responde Adoración.

—Sí, esas bañeras que largan burbujitas.

Suelto una carcajada y la morena me mira molesta.

—No señorita, acá no tenemos de esas cosas... ¿quiere un cuarto con baño privado o compartido? —pregunta Adoración.

—¿Qué?... privado ¡obvio!

Ya un tanto molesto por la maleducada mujer que sigue ignorando mi presencia, arrebato la tarjeta de crédito de sus manos y leo el nombre que hay impreso en ella.

—Disculpe señorita... Sofía Elena, pero como ya le he dicho, yo estaba primero... quizás no lo sepa en su mundo unipersonal de niña caprichosa. Pero ya es hora que alguien le enseñe modales —. Dicho esto —¿Adoración podría entregarme la llave de mi habitación?

La regordeta y encantadora empleada me entrega la llave, tomo las bolsas de mis compras y camino escaleras arriba.

—Estúpido mal educado —escucho a mis espaldas.

«Sonrío»

Y sin girar grito.

—¡Suerte esta noche Barbie!... ¡la necesitarás!

Caer en este hotelucho de mala muerte, es el broche final al desastroso día que he tenido. No es que sea pretenciosa « ¡para nada!» pero un mínimo de higiene... no es pedir mucho ¿verdad?

Hoy a la mañana, aterrizamos en Argentina, en un vuelo proveniente de Madrid. Luego de graduarme como psicóloga, y tras conseguir un gran puesto de trabajo, en una respetable empresa de plaza, junto a mis padres y hermanos decidimos organizar un viaje familiar por Europa. Ha sido la despedida de mi vida de joven económicamente dependiente,... a la de adulta medianamente responsable, con economía restringida... « ¡Pero feliz!»

Recorrimos las ciudades más importantes, conociendo museos, parques y restaurantes. Todo fue perfecto, la familia unida y la alegría de estar juntos viviendo una experiencia única. Solo que lo bonito estaba por finalizar.

El avión aterrizó sin inconveniente, para encontrarnos con que en el aeropuerto había huelga de controladores aéreos. Y hasta que no se solucionen los conflictos salariales, la misma no cesaría. En fin...eran las ocho de la mañana del 10 de abril y el lunes me espera mi nuevo jefe para comenzar a trabajar. Sé que tengo que cumplir mi parte del trato... aún recuerdo sus letales palabras... *“El día 13 de abril te quiero a las ocho en punto en mi oficina,... ¿entendido? Quedas contratada”*

No tenía muchas opciones. Mis padres y hermanos sin hacerse mucho problema, se hospedaron en un hotel del barrio de Recoleta a esperar el siguiente vuelo... Al no saber cuántos días podrían permanecer en Buenos Aires, y como Tomás y María, mis hermanos, aún no comenzaba sus clases en facultad... decidieron disfrutar unos días en la vecina orilla y pasear por San Telmo y calle Corrientes. En cambio yo,... decidí tomar un barco, el que me traería hasta Colonia y luego tomar un bus hasta Montevideo. De esa forma,... y si mis cálculos eran correctos, a las dos de la tarde llegaría a la terminal de Tres Cruces. De esa forma ya podría pernoctar en casa, y prepararme para mi nuevo trabajo con tiempo de sobra.

¡Necesito ir de compras urgente!, mi guardarropa es un manojo de jeans, botas de campo y camisetas con frases en inglés. Ropa de mujer

grande «Pienso» Faldas, pantalones de vestir y blusas. Lo único que no necesito son tacones, ya que cuento con unos veinte pares aproximadamente. Bueno el “no necesitar tacones” es un tanto relativo... porque cuando hablamos de zapatos ¡cuánto más mejor!

Pero mis planes no fueron los correctos.

Mis planes se vieron alterados por completo.

El barco zarpó sin problemas a las diez de la mañana. Una hora más tarde, arribamos al puerto de Colonia-Uruguay. El quid de la cuestión... es que la terminal de ómnibus de Colonia también se encontraba con problemas, y la gremial del transporte convocó a un paro por tiempo indeterminado, por reclamos ante la justicia.

Me vi obligada a conseguir un hotel.

Tarea para nada sencilla. Y cuando digo que las fuerzas de la naturaleza, están en mi contra... ¡no es broma! ¡Si algo mas podía pasarme, seguro era esto!

« ¡Que te jodan fuerzas de la naturaleza!»

Era un atípico mes de abril... pasando de temperaturas bajas a días de pleno calor... ¡Gracias calentamiento global! Cuando llegué, teníamos un ameno veranillo. Y justo coincidió que en Colonia se preparaba un gran encuentro para ese fin de semana. ¿Coleccionistas de coches antiguos?... ¿es broma? La ciudad se encontraba repleta de cachilas y autos de colección... ¡si papa estuviera aquí infartaría!... ama las cachilas, toda la vida quiso una. Sintetizando... la ciudad se encontraba repleta de personas,... sumado al buen clima, no había un puto hotel con habitaciones disponibles.

Ningún hotel...salvo *La casita del confort*.

«Mierda»

—¡Te juro Fede que parece una cámara oculta! Si te digo que se llama *La casita del confort*, ya puedes hacerte una idea de lo que es.

«Risas»

—¡No te rías Betner!, que eras ¡tú! el que tenía que supervisar esta obra, te salvaste porque quiero a tu abuela y su cumpleaños era más importante,... ¡pero última vez!

—Amigo, ¿seguro que no hay lugar en ningún otro hotel?

—¡Nada de nada! solo el sucucho del confort, que además es un putero, cuando hacía el check in, entró una parejita y pidió una habitación por hora.

—¡Y bueno, mejor!...ya tienes compañía para la noche. Pídele un completo a la chica, que cuenta como gastos de viaje y la empresa te los reintegra.

—¡Hijo de pu...!

—¡Epaaaa che! Que soy el socio mayorista.

—Compré sábanas y almohadas, con suerte vuelvo a Montevideo sin agarrarme alguna peste.

Risas. Mi socio, mejor amigo y hermano de la vida se ríe de mí.

—Volví amigaaaaaaaaa.

—¡Holaaaa divinaaaa! ¿Cuándo volviste?

—Bueno, en realidad lo que se dice volver,... ¡no volví!

—Sofí, querida amiga mía del alma, ¡no te entiendo!

Luego de cincuenta minutos de charla; y tras relatar los acontecimientos de última hora a Victoria mí mejor amiga, ella no para de reír, sobre todo por la descripción del lujoso “resort” en el que estoy alojada. Me conoce de sobra, y sabe lo maniática que suelo ser con las sábanas, sumado a mí miedo a las cucarachas, de modo que no puede creer que pase la noche en semejante lugar.

Me doy cuenta que el sol se ha puesto, y mi estómago comienza hacer ruidos, no he comido nada desde el desayuno, y son pasadas las nueve de la noche. Por suerte ha parado de llover, y con el agua disminuyó un poco el calor. Luego de llamar a mis padres para tranquilizarlos, tomo mi bolso y bajo en busca de algún restaurante.

En la calle encuentro mucha actividad, es una noche cálida. Y luego del chaparrón de agua, las familias y parejitas caminan en busca de lugares para cenar, o simplemente pasean de la mano. Y la muchachada se agrupa en la plaza con sus guitarras y botellitas de cerveza. En cambio yo...nada. Yo estoy sola, ¡solísima! buscando algún lugar donde poder cenar, tomar alguna copa de vino que me ayude a conciliar el sueño y rezar porque mañana sea lo antes posible.

A dos calles del hotel, encuentro un lugar de comidas llamado “Lo de Juana”, bueno,...esto tendrá que servir. Tomo asiento en una pequeña mesa junto a la ventana. El sitio está concurrido y prácticamente no quedan lugares disponibles. Una joven se presenta y pregunta qué deseo tomar, pido una copa de vino.

—Solo lo vendemos por botella.

—Bueno, una botella estará bien, Sauvignon Blanc por favor.

La moza me observa como le hubiese hablado en chino mandarín, ... y seguramente me traiga el único vino blanco que tenga la casa. Tampoco me interesa. A esta hora solo quiero cenar e ir a la cama.

—¿Y para comer? —la joven moza espera con su libreta y lápiz en mano.

El recinto es agradable, pero no creo que tenga gran variedad de platos.

—¿Qué me recomendás?

—La pizza a la piedra con jamón crudo y rúcula es muy buena señorita.

—Pizza estará bien, gracias.

Minutos más tarde, vuelve con una botella de vino, me sirve una copa y se marcha.

Lo huelo, observo su color a través del cristal, y doy un largo trago.

Delicioso. No reconozco la marca, pero tampoco soy muy culta al respecto. Si lo pruebo y me gusta. ¡Salud!

Muero de hambre.

Llego al lugar que me recomendó Adoración para cenar, se encuentra lleno. Estoy cansado y de mal humor, quiero comer algo y marcharme a dormir. Camino al mostrador, observando si de casualidad encuentro alguna mesa libre. En ese instante una cara me es familiar, una bella y sensual cara femenina... me es familiar.

Camino a su encuentro.

—Buenas noches, ¿te incomoda si me siento contigo? El lugar está repleto y muero de hambre.

La mujer de cabellos negros como el azabache me observa. Se la ve cansada, pasan unos segundos y finalmente responde.

—Adelante,... toma asiento.

Antes de hacerlo, tiendo mi mano por sobre la mesa.

—Soy Manuel, mucho gusto. Creo comenzamos con el pie izquierdo. Ya que estamos compartiendo el mismo “hotel” hago comillas con las manos, es mejor que seamos buenos vecinos... ¿no te parece? —.

Elevo mis hombros, a la espera de su reacción.

La chica sonrío. Es bonita, esta vestida tal como llegó horas atrás, jean, musculosa negra y una camisa desprendida azul con lunares blancos.

—Me llamo Sofía ¿Quieres compartir vino? —pregunta.

Sin responder, hago señas a la camarera para que traiga otra copa, y tomo asiento frente a ella.

Brindamos. El vino es delicado y con cuerpo. Justo como mi acompañante, cuya delantera, hace que mi poder de concentración se vea interrumpido regularmente.

—Y bien... ¿Qué hace una bella mujer como tú en Colonia? Porque se nota que no eres de por aquí —. «Río» pero su sonrisa no llega a sus ojos.

Me relata lo del paro de transporte, y que no ha conseguido nada mejor donde alojarse. Mañana por la mañana, partirá a Montevideo en el

primer bus que salga.

La primera botella de vino se termina rápidamente, y pido la segunda.

—¿Y tú? Porque también se nota que no eres de por aquí. ¿A qué te dedicas?

—Soy economista.

Realiza un movimiento de lado con la cabeza, al tiempo que asiente.

—Interesante —. Responde con suspicacia

—¿Interesante?... y eso significa ¿Qué...?

«Risas»

—Eso significa que nunca entendí la diferencia, entre un contador y un economista.

Mi boca cae abierta, ante la sinceridad y el descaro de esta chica.

—¿En verdad me estás diciendo esto?

—¡Por supuesto! Estudian en la misma universidad, y hasta la mitad de la carrera prácticamente cursan las mismas materias. Creo es una cuestión de estatus. Muchos señalan que los economistas trabajan para hacer dinero... y que lo hacen amoldando sus teorías al "cliente".

—¡No puedo creer tu descaro ante tan respetable profesión! Al menos cuéntame que estudias tú, así también me puedo burlar.

—Bueno, estás hablando con una psicóloga recién graduada.

—¡Y justo tú te burlas de mí! ¿Sabes la cantidad de chistes que hay sobre los psicólogos?

«Ambos reímos» Y ella retoma el ataque

—¿Sabes por qué los tiburones no atacan a los economistas?

Tiemblo. Me gusta su humor ácido, pero amo mi profesión. Decido continuar su juego, me divierte esta mujer.

Mientras tanto... y sin darnos cuenta se termina la segunda botella de vino. Hago una seña para que nos traigan otra.

—Ni idea... ¿por qué no nos comen?

—¡Por cortesía profesional! —. Suelta junto a una risotada que capta la atención de varios comensales.

—¿Estás de chistosa? —aproximo mi cara a la suya. —¿Sabes cuántos psicólogos se necesitan para cambiar una bombilla de luz?

—Nop —responde moviendo su cabeza, creo está algo ebria, desprolija y hermosa.

—Sólo uno. Pero la bombilla debe estar dispuesta a ser cambiada —. Ambos reímos, y noto que el alcohol lentamente también se apodera de mi cuerpo.

Comemos y nos divertimos, la chica no solo es bella, sino con carácter y ese humor que admiro en las personas.

Ella observa mis brazos, y se detiene en los tatuajes que tengo en uno de ellos.

—¡Tienes un gran tatuaje!,... debió doler mucho.

—No mucho. Tengo otros más, en mi espalda y pecho. Con gusto te los muestro si quieres —. Pongo mí patentada cara de galán y... «Nada» no funciona.

—No gracias, estoy bien atendida. Te empacharías conmigo.

Me asombra su respuesta, es directa, osada y simpática. Mala combinación.

—¡Descarada! No juegues con fuego, si no estás preparada para quemarte.

—De veras que no juego con fuego, solo no soy tu estilo de mujer. ¡Míranos!

—¿Qué tengo de malo? —me sorprendo de preguntar eso, ¡pero no entiendo!

—Quizás la que tenga algo de malo sea yo y no tú —. Hace un gesto con su mano y pide la cuenta.

—Yo invito —. Soy un caballero, me corresponde pagar la cuenta.

—De ninguna manera, pagaremos a medias —. Tiende su mano por sobre la mesa para saludarme. Estrechamos palmas, y me entra una especie de... ¿desesperación? Se le podría llamar, porque realmente no quiero que se vaya. Me gusta charlar con ella.

—Fue un placer conocerte Manuel, que descanses.

Checa la cuenta, coloca la mitad de la suma en la mesa, y se marcha. Me quedo con la sensación, de que fue ella quien manejó todo a su antojo. Ingeniosa, linda y con carácter.

«Mierda»

Una vez en la calle, me doy cuenta de la cantidad de alcohol que tengo en la sangre. Por suerte el hotelucho está próximo al lugar donde cené y llego andando sin problemas. La señora de la recepción me entrega mi llave y hago un rezo, para que Dios me ayude a conciliar el sueño en ese lugar.

Observo las sabanas y tienen manchas de dudosa naturaleza. ¡La puta madre! Ni loca me acuesto en esa cama «Pienso»...y finalmente, llevada por el agotamiento más el plus del vino, medito una solución. Coloco mi tapado sobre la sabana y me acuesto sobre él. Ahora si... ¡Morfeo, llevame contigo!

Jean Pierre me desnuda lentamente.

Siento la fina tela de las sabanas, deslizarse por mi piel.

Besa mis piernas y siento el filo de su insipiente barba subir por una de ellas. Roza mis pechos, lentamente llega a mi cuello y tras dejar un sendero de caricias, presiona con sus dedos mis pezones. Sus manos se mueven con soltura, una de ellas juega sobre mi axila haciéndome sobresaltar. —¡Nooo Pierre! Me haces cosquillas —. Pero continúa, su piel peluda me eriza y finalmente un chillido en mi oído hace que...

Esperen... ¿chillido?

Abro mis ojos para encontrarme con...

¡Noooo! No, nooo por ¡Dioos!

Salto de la cama, gritando y llorando.

Pido ayuda, grito, pero estoy sola.

—¡Socorro, ayúdenme! —salgo fuera de mi habitación, dando saltos en pleno ataque de nervios, cuando me doy de frente contra una pared de músculos... y tatuajes.

—Sofía, ¿qué te pasa?

—Él..., él está en mi cuarto... ¡en mi cama!

—¿Quién? Tú no te muevas, ¿te hizo daño?

Niego con la cabeza, sorbiendo los mocos.

—Hijo de puta ya verá!

Entro con cautela en la habitación.

Está en penumbras, la luz encendida del baño permite distinguir las siluetas. Busco el interruptor y la enciendo. Todo está tranquilo. No hay nadie a primera vista. Fuera, en el pasillo escucho el llantito de Sofía.

Abro el placar, y éste se encuentra limpio. Lo cierro y checo debajo de la cama, tampoco hay nada. Lo mismo en el baño. Finalmente un movimiento capta mi atención. En la mesa de luz, un ratón de no más de cinco centímetros de largo se acicala.

Me detengo, y por un instante pienso si...

—¡Ahí está la rata! ¡Matala! —. Sofía chilla detrás de mi espalda.

—¿Eso fue lo que te atacó? —giro para enfrentarla.

Luce un pequeño y corto camisón negro, su escote pronunciado deja a la vista un pequeño lunar en uno de sus pechos.

«Se me hace agua la boca.»

Camino hasta la mesa de luz y con unos toques el pequeño roedor, corre de prisa y se mete en una grieta entre la pared y el marco de la puerta. Sofía da un salto y termina parada en medio de la cama.

—Listo, ya no tienes atacante. De nada y que descanses.

—Gracias. Pero no pienso quedarme un minuto más en este lugar... ¡me marchó!

Ella comienza a ponerse sus botas, toma el abrigo que esta desparramado sobre su cama y se lo coloca por sobre el camisón.

—Creo que lo mejor sería esperar a que amaneciera. —La observo desde fuera de la habitación, recostado en el marco de la puerta, con mis brazos cruzados. ¡Está loca!, marcharse en plena noche vestida de esa forma. ¿Qué intenta?... ¡que la violen!

Toma su celular de la mesa de noche, y arrastra la maleta con ruedas hasta salir al pasillo.

—Un placer conocerte Manuel y gracias por socorrerme.

Intento controlarme,... pero no lo logro.

Tomo a Sofía del brazo, ella gira sorprendida. Abro la puerta de mi recámara y tomo su maleta.

—Esperarás a que amanezca, no es seguro andar por la calle a esta hora vistiendo como prostituta.

Se sorprende, echa un vistazo a su atuendo y me lanza una fulminante mirada, la cual ignoro por completo. Introduzco la valija en mi habitación y apoyo mi mano en su espalda, indicando el camino. Un tanto reticente finalmente ingresa.

Su habitación es similar a la mía.

Difiere el huésped, ¡madre de Dios que cuerpazo!

«Aplausos de pie señores»

Viste solamente unos bóxer negros. Su torso, al igual que su brazo está pintado con tatuajes, en su pecho uno con forma de cruz, capta en especial mi atención.

Me pesca mirando su cuerpo.

—¿Has visto algo que te guste?

—No aquí —. Intento responder sin sonrojarme.

—Acuéstate tranquila, las sábanas y almohadas son nuevas, y desinfecté el baño también.

—Pero,...pero —. Observo la cama y a Manuel reiteradamente. Mierda no me salen las palabras.

«¡Contrólate Sofía!»

—¿Pero?

—¿Dormiremos juntos?

—¿Por qué no?

—Tengo novio.

—Sí,... y yo una abuelita. Que descanses Barbie y si ronco no me despiertes por favor —. Comenta antes de acostarse y colocar los brazos por debajo de su cabeza. Sonríe, el muy cabrón tiene una sonrisa de oreja a oreja... está disfrutando el momento.

¡No sé qué hacer! Tampoco veo algún sofá donde recostarme, y ni que me paguen dormiría en el suelo. Inspiro profundamente y me quito mi chaqueta. No deja de observarme. Coloco una almohada en medio y tomo asiento en la cama. Debo admitir que es un hermoso ejemplar masculino. Cabello claro, incipiente barba, músculos marcados y ¡esos tatuajes! que le dan un look de hombre malo.

Me acuesto dándole la espalda y me tapo con la sábana hasta el cuello. Manuel apaga la luz.

Silencio total.

Solo se ve el reflejo de las luces de la calle, que se cuela por la ventana.

Su respiración se hace más lenta y profunda. Y yo finalmente me rindo, y lentamente aflojo la tensión. En medio del silencio, el repiquetear de algo chocando contra la pared me sobresalta.

—“¡Sí!... ohh si, Martita no pares”.

—“Dale Paco, dame más. ¡Me porte mal, soy una nena mala!”

—Tranquila. Son los vecinos —. Exclama Manuel, antes de girar y seguir durmiendo.

«Pues vaya vecinos que tenemos»

Su piel es suave como el terciopelo. Me gusta su cabello negro y ese rostro salpicado de pecas, que le da un aire juvenil e inocente.

«Loba disfrazada de oveja.»

Me coloco sobre ella. Mis brazos uno a cada lado de su rostro. Sus grandes ojos claros no se apartan de los míos. Lentamente comienzo a subir su camisón con mi boca. Voy dejando un rastro húmedo de besos en sus muslos. Ella gime y se retuerce debajo de mí. Su tanga asoma ante mi visión, un pequeño trozo de encaje negro; lo tomo entre mis dientes y tiro del mismo...se sobresalta con el chasquido.

Estoy duro como una roca. No puedo contener mis bajos instintos por más tiempo. La desnudo,... me deleito con su cuerpo y cuando mis fuerzas prácticamente son nulas, la penetro. Y me dejo ir.

Me vengo abajo con fuerza.

En ese preciso instante... Me despierto.

«Solo»

Húmedo y pegoteado.

«¡Putra madre!»

¿Se fue? Presto atención a los sonidos del ambiente, y no encuentro ninguno.

¡Se marchó sin dejarme al menos una nota de agradecimiento! Al fin y al cabo, fui yo quien la rescato del ataque del ratón. Me levanto directo al baño por una ducha. No entiendo qué sucedió, ¡ni que fuera un adolescente pajero para tener sueños húmedos!

Capítulo 3

Del amor al odio hay un solo paso.

—En Colonia, estuve con el Chirola y el turco Abib, te mandaron saludos —. Comento a Federico, mientras tomamos un café. —¿Sabías que el Chirola tiene cinco hijos? Cuando fui al taller que queda en el frente de su casa, ¡ésta parecía una guardería!. ¡Hay de todas las edades!

—Mierda... ¿cinco niños? —. Para mi socio, hablar de niños, es prácticamente comprobar la existencia de vida en otros planetas... ¡ciencia ficción!

—Cinco —. Repito lentamente, abriendo mi mano, indicando la cantidad, con cara de espanto y voz de monstruo. «Fede ríe» En ese sentido somos agua y aceite, toda mi vida me encantaron los niños. Al ser hijo único, no tengo chances de ser tío y por el momento no veo mi propia paternidad a la vista. Antes necesitaría una novia, una mujer... ¿una esposa? Ahí ya tengo sentimientos ambiguos. No me imagino casado. Padre sí, casado y atado nunca.

—Hoy comienza a trabajar la nueva psicóloga en recursos humanos —Fede busca algo en su computador, tras dos click con su mouse, manda imprimir unos documentos. Los revisa y me los extiende.

—Este es el currículum completo con la carta de presentación. Creo que solo habías leído sus notas y recomendaciones. Ha llamado para informar que llegara una hora tarde. Al parecer hoy todos son impuntuales... primero tú y ahora la psicóloga.

—Si hubiera estado en Montevideo no llegaría tarde. Pero alguien... me mandó a Colonia,... a dormir en un antro de mala muerte, y seguro ahora voy a padecer de sarna,... ladillas y vaya a saber cuánta cosa más ¡por culpa suya! —Federico ríe.

—No es para tanto macho... no seas nenita ¿quierés?

Tomo el legajo en mano, y me atraganto con el café al ver la fotografía que se encuentra en la primera página. Justo antes de sus datos personales.

«¡Sofía Castellanos!»

La palabra “vendetta” es lo primero que viene a mi mente. Finalmente, tendré la oportunidad de despedirme, de la chica que abandono mi cama sin explicación alguna... la bella y rebelde Sofía Castellanos.

No lo puedo resistir y con el curriculum vitae en manos, me dirijo a la seguridad de mi oficina. Tomo el teléfono y marco a su celular.

Suena un par de veces,... hasta que finalmente atiende.

—Diga.

—Hola Sofía,... que gusto poder saludarte. ¿Llegaste bien a Montevideo?

—¿Manuel? Pero,... pero ¿Cómo conseguiste mi numero?

—Yo,... consigo todo lo que me propongo pequeña. Y resulta, que hace un momento, me entero que seré tu nuevo jefe. Así que... ¡no llegues tarde!

—Manuel,... debe de haber un error... ¿Manuel?

Cuelgo la llamada sin al menos un saludo. No sé por qué, pero estoy molesto con ella. Su actitud de haberse ido sin despedirse, o al menos agradecer mi caballerosidad me calientan.

Como el león espera a su víctima, espero por ella. En un par de horas la tendré a mi merced.

Salgo a una reunión con un grupo inversionista. Un par de jóvenes hermanos, los cuales amasan una fortuna con sus hoteles, casinos y clubes nocturnos. Conrado y Marco Mezza, me esperan para hablar de su nuevo emprendimiento, el hotel Shelton Beach casino y resort en Punta del Este, ... el último y más ambicioso de sus proyectos. Federico como arquitecto de la obra, dio su visión de la gran obra y ahora me toca a mí ultimar los detalles en cuanto a las finanzas.

Trato de calcular el tiempo que llevará mi reunión, para volver a la hora en que Sofía se presente.

Llevo dos horas cambiándome de ropa, en mi cama tengo desparramada toda la tarde de compras del sábado.

Hablo por teléfono con mamá, quien llama desde Buenos Aires para desearme suerte.

—Mami... ¿Qué me pongo? No estoy segura de estar lo suficientemente formal.

—Hija, cualquier cosa te queda bien. Pero primera impresión, solo hay una. Tienes que impactar.

«¡Si supieras ma! que la primer impresión se la he dado al número uno... ¡y no fue de las mejores!»

No puedo evitar sentirme nerviosa. Observo mi reflejo en el espejo de mi dormitorio. Y no me molesta para nada lo que me devuelve. Luzco una ajustada falda negra tubo por la rodilla, una blusa blanca a lunares negros, y zapatos altísimos. Necesito la altura para enfrentar a este par de mujeriegos. Es más, si pudiera...¡usaría zancos!. Infaltable mi perfume [Halloween Kiss Sexy](#) en el cuello. ¡Listo, una bruja con todas las letras!

Hora del show.

Tras dar vueltas por la Ciudad Vieja por más de veinte minutos, finalmente encuentro donde estacionar mi pequeño BYD. ¡Genial, primer día y llegando tarde!

A punto de entrar en la recepción, realizo tres respiraciones profundas intentando calmar los nervios y las mariposas que revolotean en mi estómago. ¿Mariposas? No entiendo que hacen ellas aquí. Porque no entran en juego. ¿No?

¡Claro que no!

«A revolotear a otro jardín chicas.»

Mi teléfono suena, miro la pantalla y es mi amigo Daniel Flaginsky. —¡Hola Dani, estoy llegando tarde en mi primer día! no puedo hablar mucho.

—¿Ya dando la nota desqui? — mi apodo desqui, se debe a que me tratan de desquiciada con frecuencia.

¡No entiendo por qué! Será por quitarme el sujetador en medio del cine, o por orinar en una disco en el lavamanos... por encontrarse los retretes ocupados ¿en verdad no entiendo?

—¡Desqui tu hermana!... si la tuvieras claro —. Reímos.

El guardia de seguridad finalmente me entrega un pase magnético, el que cuenta con una pinza, para tener colgado a la ropa, durante todo el tiempo en que me encuentre en la empresa. Camino con el celular enganchado en el cuello, intentando prender la tarjeta al borde de la cintura de mi falda. Con el codo, oprimo el botón del ascensor.

—¿llegaste bien? Quiero verte ¿almorzamos hoy? —pregunta mi amigo.

—¡Me encantaría verte!, tengo unos regalos para ti. En cuanto sepa mis horarios, te confirmo la hora. O si prefieres... te vienes hoy a la noche y cenamos... ¡tú cocinas!—.

Hacemos planes para la noche y nos despedimos. Mientras tanto, continúo con mil y un malabares para no tirar mi bolso, terminar de enganchar la puta tarjetita y sostener el teléfono con los dientes.

—¿Tu novio?

Siento una electricidad subir desde mi cadera hasta la nuca. Una voz ronca, atrae mi atención. Giro y a mi espalda se encuentra Manuel Cortés.

«Mi nuevo jefe. »

—Eso es personal.

—Llegas tarde —. Escupe.

Y no puedo dejar pasar, el imponente hombre que tengo frente a mí. Traje gris oscuro de corte perfecto, camisa blanca y una sugerente corbata negra. Y es que luego de haber leído esa novela en mis vacaciones, sobre el dominante magnate y la inocente chica estudiante de literatura inglesa... todas las corbatas me parecen sugerentes. En especial la que rodea el cuello del apetecible Cortés. «¿Apetecible?» ¡Por Dior Sofía! ¡Contrólate!

Las puertas del ascensor se abren.

Inmediatamente se hace a un lado para permitirme entrar primero. Estas se cierran, y el lugar se carga de un incómodo silencio.

Finalmente Manuel habla...

—¿Por qué te fuiste sin mediar palabra? Al menos un gracias, hubiera servido, viniendo de alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —¿pero que intenta insinuar?

—¡Sí!... Alguien cómo tú. Una niña mimada, que intenta hacer todo a su antojo.

—Usted no me conoce señor Cortés. Le agradezco no haga juicios sobre mi persona.

—¿Por qué estas molesta conmigo? O acaso estás... ¿celosa por lo de la rubia?... porque hubiera pagado lo que no tengo, para presenciar tu enojo. Pero solo puedo conformarme con la descripción que me dio mi socio.

—¿Celosa yo?... ¡celosa! Psss por favor, ¡no me haga reír! Además, no tengo motivos para estarlo. Usted y yo apenas nos conocemos.

Sigo intentando enganchar la tarjeta magnética en mi cintura. No lo logro. Pero necesito mirar en cualquier dirección, menos al alto y buen mozo hombre que tengo frente.

«Puta tarjeta»

Manuel con una de sus manos, en un rápido movimiento, baja un interruptor y el elevador se detiene. En esa fracción de segundo y ayudada por la brusca interrupción de movimiento, mi bolso se zafa de mi hombro y cae, seguido por mi móvil y tarjeta magnética. Rápidamente me agacho para recoger el desastre, Manuel también hace lo mismo. Nuestras rodillas se tocan y siento un furioso calor subir por mi cuello y rostro. De un salto me pongo de pie, intentando mantener distancia.

—Gracias —. Respondo.

Pero me ataca una adolescente timidez, ¡estúpida! grita mi cerebro. Pero es la verdad, este hombre hace que me transpiren las manos. ¡Me pone nerviosa!

—Permítame —susurra Manuel buscando mi mirada con la suya.

No estoy segura de lo que va hacer, pero de rodilla frente a mí...

«Nada bueno susurra mi subconsciente»

Toma con ambas manos mi cintura. Respiro profundo, necesito oxígeno. —Estoy entregada... me dejo ir.

Toma la cinturilla de mi falda e introduce un dedo dentro, justo debajo de mi ombligo, separando la tela de la pollera de la camisa.

Tengo calor, mucho... ¡muchísimo calor! Me tiemblan las rodillas. Su perfume sube hasta mis fosas nasales,... es un potente afrodisíaco.

Estoy dura, no me puedo mover, creo también he dejado de respirar. Levanto mi cara y al frente, un gran espejo refleja a Manuel de espaldas hincado ante a mí. Cierro mis ojos, ya no puedo más... en lo único que pienso, es en ese perfecto mentón, hundido en mi entrepierna dándome placer. De forma brusca... primitiva, como todo un salvaje. Y yo sosteniendo su cabello, afirmándome para no desintegrarme en sus manos. Es lo más erótico que jamás he visto. Ni cien polvos con Jean Pierre se asemejan a esta sensación.

«Click»

El sonido de un chasquido me saca del trance.

—Listo —comenta.

Abro los ojos, para ver a Manuel Cortés de pie con una sonrisa de...“Te lo dije” en los labios. Bajo la mirada a mi cintura y la tarjeta magnética cuelga perfectamente.

«Vergüenza.»

¡Mucha vergüenza! y me quedo corta, con lo que sentí en ese momento.

Da un pequeño guiño y creo que pierdo la tanga en ese momento. «Hombre-caliente, nivel:... ¡imposible controlar los calzones puestos!»

Nuevamente extiende su brazo y destraba el ascensor. Éste retoma su destino hasta el cuarto piso.

Capítulo 4

Ni tinto ni blanco...

Cuando llegamos al cuarto piso, me encontraba tan empalmado que prácticamente no podía caminar. Permití que saliera Sofía primero «como buen caballero que soy» y disimuladamente sacudí una de mis piernas, intentando aflojar la erección que se formó luego de nuestro “viaje en ascensor”.

—¿En este piso trabajaré yo? —pregunta Sofía, mientras observa la gran pared de cristal que se encuentra a la entrada, con un elegante grabado de Gerencia General luciendo en ella.

—No. Tú estarás en el segundo piso, donde se encuentra el departamento de recursos humanos. Te traje aquí, para que entiendas mejor el mecanismo y forma de trabajar de la empresa.

Marchamos rumbo a mi oficina. De camino a ésta nos ganamos varias miradas del sequito de brujas que trabajan para mí, las que al instante se percataron que la “rubia tarada” como ellas la definieron al instante... finalmente no sería su compañera.

Afuera de mi oficina, en una antesala se encuentra mi asistente.

—Ella es Serena, mi secretaria.

Es a la primera persona que le presento, si bien ronda los veinte y pocos años, es una mujer brillante, centrada y que no le tiembla la voz a la hora de plantar opiniones. Merecedora de todo mi respeto, es la encargada no solo de manejar mi agenda, sino pilar fundamental en la logística de la empresa.

—Mucho gusto Serena, —se presenta Sofía, dándole un beso en la mejilla a la joven. Y prosigue. —creo que te vi el día de la... entrevista.

Hay un cruce cómplices de miradas entre ellas, lo puedo notar. Mi secretaria al segundo en que decidimos contratar a la rubia, puso su característica cara de cu... ¡perdón! Cara de “presencia no grata”. Eso está mejor, llamémosla de esa forma.

—¿Café? —pregunta Serena.

—Por favor. Sofía ¿gustas tomar algo?.

—Sí, un café estará bien. Gracias.

La invito a que ingrese a mi oficina y cierro la puerta tras ella. La observo de espaldas, debo reconocer que se trata de una hermosa mujer. Lindas formas, inteligente, buena personalidad y culo respingón. En resumen... buena carrocería, y buena maquinaria. ¿Qué más se puede pedir? Ah sí, detalle... «Que no me odie»

Giro para enfrentarla. Y ella frena en seco. Tiendo mi mano y Sofía de forma indecisa y alternando su mirada entre mi mano y mis ojos, finalmente me entrega la suya. Su mano es pequeña y delicada, posee varios anillos y uno en especial llama mi atención. ¿Está comprometida?

—Bienvenida. Soy Manuel Cortés, vicepresidente de Betner & Asociados.

Con la mano libre tapa su boca, mientras una enorme y cautivadora sonrisa se forma en su rostro. Un pequeño lunar junto a su boca, del tamaño de la cabeza de un alfiler, capta mi atención. ¡Sus labios rojos, su sonrisa, y ahora ese lunar!

«Mierda»

—Soy Sofía Castellanos, un placer conocerlo señor Cortés.

«Su voz... también el tema de su sensual voz Manuel»

—Bien, espero que podamos olvidar, la primera impresión que te llevaste de mí en el hotel. No siempre las primeras impresiones son las más acertadas —. Intento disimular la sonrisa de bobo que tengo impresa en el rostro. Pero solo lo intento. «No lo consigo»

—Eso espero.

—¿Perdón? No causé buena impresión —. Comento entre risas. No solo no causé buena impresión, sino que todo lo contrario. «¡La peor!»

—Digamos que, no la más... “feliz”. ¿Borrón y cuenta nueva? —. Sugiere.

—¡Brindemos por eso! —. Doy un guiño y suelto su mano. Ella se sonroja.

La semana pasó deprisa.

Y finalmente Sofía y Manuel limaron sus asperezas, incluso se podría decir, que entre ellos dos se entabló una especie de amistad. Los lunes por la mañana, justo antes de la reunión de equipo, se encontraban en la oficina de él, para compartir un café y algo de charla. Manuel seguía con su activa vida social y sexual, invitando a sus amigas a casa y yendo de vez en cuando a algún club de sexo explícito. Pero toda la diversión y acción tenían un gusto diferente. No iba a negar que la pasaba bien, sus encuentros con Griselda, o con alguna “amiga” de turno ¡eran muy buenos! Pero algo comenzó a cambiar, la adrenalina y la emoción se esfumaron lentamente sin que él mismo se percatara de ello.

Cuando el frío comenzó, todas las mañanas pasaba por el lugar de medias lunas, ese que a ella tanto le gustaba, para sorprenderla.

—La va hacer engordar —comentó una mañana la vendedora tras el mostrador.

Manuel no entendió a qué se refería.

—¿A quién voy hacer engordar? —respondió.

—¡A su novia caballero!, disculpe el atrevimiento, pero desde que estacionó su auto por primera vez en la puerta, mis compañeras y yo... ejem, vimos lo apuesto que es y claro... un hombre así de guapo y bien vestido, jamás podría estar soltero —. La chica sonrió con nervios y continuó armando el pedido del hombre.

Manuel se quedó pensando en el suceso y reflexionó sobre los comentarios de la joven. ¿Sería verdad, que los demás veían que estaba enamorado?

«¿Lo estaba?»

Cuando llegó a su oficina, hizo lo que más amaba del día. Tomó el teléfono y marcó el interno de Sofía.

Sonó dos veces, hasta que la joven atendió.

—Recursos humanos —amaba su voz.

Tenía esa musicalidad que le aprisionaba el pecho.

—¿Desayunamos? —soltaba Manuel restando importancia.

—¿Cortado o lágrima? —respondía ella.

—Prefiero cortado. Es muy temprano para lágrima —. Su risita al otro lado de la línea, volvían interesante cualquier día.

Sofía no pasaba inadvertida como mujer, ante los ojos de Manuel. Todo lo contrario, la tenía presente,... ¡muy presente! se podría decir que cada día que pasaba...un poco más.

Pero el sospechar que ella se encontrara comprometida, no ayudaba mucho...en realidad no ayudaba ¡en nada!

Por una extraña razón, le molestaba su situación sentimental. Algo totalmente nuevo e ingrato. Nunca antes le importó, por el estado civil de las mujeres con las que...¿cogía?... si claro, con las que mantenía relaciones sexuales, ocasionales, de común acuerdo y sin sentimientos de por medio. Si estas mujeres, eran solteras o casadas le daba lo mismo. Pero Sofía,... nada. Sofía era Sofía. Aún no sabía definir, en qué cambiaban las cosas con ella. Lo que si estaba claro, era que la cosa viraba 180 grados.

Ella: con su temperamento en estado de ebullición constante, gritona y alegre y él con su distinguida simpatía y ese humor que muchos no entendían. Los hacía perfecto el uno para el otro. Simplemente faltaba que ellos mismos se dieran cuenta.

De esa forma, y en ese letargo, las horas se transformaron en días y los días en semanas, hasta que una tarde todo cambió.

—¿Es necesario que vayamos los dos? —respondo al comentario de Manuel.

—¡Y sí! Es necesario, la obra se encuentra en un momento crítico, el arquitecto es quien debería supervisar, pero últimamente Federico está más raro que nunca. Espero no sea nada de salud.

—¿Salud? Oh no, tranquilo que la salud de tu amigo está en ¡óptimas condiciones! —. Dejo escapar con sorna, sabiendo que morirá si no le cuento algo.

Manuel cruza sus manos por sobre el escritorio y entrelaza sus dedos

—Suelta el moco Sofía, ¿qué sabes tú de mi amigo?

Camino lentamente hasta Manuel, y veo que disimuladamente mira mis piernas, siempre presta atención a los tacones que decido usar en la oficina. Asumo debe tener un fetiche con ellos. Pero no lo puedo evitar,... me hace sentir sexy y femenina. Los ojos de míster tato, como lo llamo a sus espaldas, sobre mi cuerpo me derriten literalmente.

Tomo asiento en la esquina de su escritorio y cruzo las piernas, porque...está bien que seamos amigos ¡pero tampoco para tanto!

Comienzo mi relato.

—Unas semanas atrás, justo al regresar de Europa, decidimos salir a bailar. Era sábado por la noche, y quedé con mi mejor amiga y un grupo de amigos para vernos. Hacía más de un mes que no nos veíamos... y resulta, que cuando fuimos a buscar a Victoria a su casa, me encontré al señor de hielo ¡con ella! Supuestamente, tenían que solucionar un mal entendido...algo de un banco o tarjeta de crédito, no estoy segura. ¡Pero lo que sí sé!, es que lo invite a que viniera con nosotros a bailar y Federico ¡aceptó! —. Aplaudo en el aire. Adoro a mi amiga y ya es hora, que encuentre alguien que la quiera, ¡y que le mueva el esqueleto también!

—Creo que se la quiere comer como el Lobo Feroz a Caperucita —. Pero al instante noto que la expresión de Manuel se endurece.

—¿Saliste a bailar con mi amigo, sin decirme nada? —inrepa.

¡Ni que tenga que rendir cuentas a nadie de lo que hago o dejo de

hacer! Pienso.

—¡Si claro! —respondo pausadamente.

Pero Manuel se pone rápidamente de pie y camina hasta el gran ventanal. Por unos segundos se mantiene en silencio, pero luego agrega:

—No veo bien que salgas a bailar con tu jefe, salvo que tus intenciones sean buscar un ascenso rápido —escupe groseramente.

Se mantiene de espaldas a mí, pero noto su porte a la defensiva. Cuadra sus hombros y su espalda se nota más ancha. ¿No entiendo qué mierda le sucede?, estábamos hablando perfectamente, hasta que comenté de mi ida a bailar. ¿Estará celoso?

—Eso es todo Sofía. Tengo que ponerme a trabajar. Que tengas buena jornada —. Y sin miramientos soy despachada.

«Estúpido»

No voy a gastar saliva con este hombre.

Doy un saltito para bajar del escritorio y dando grandes pasos camino a la puerta. Estoy dolida y con ganas de llorar, pero no le daré el gusto derramando lágrimas, a un gilipollas como él. «Al menos frente a él»

—Ah, Sofía...—comenta, y hace que frene mi huida. —Salimos hoy a la noche rumbo a Colonia. A las ocho paso por ti.

—Si señor —. Es mi respuesta antes de salir de su oficina.

Serena su secretaria me mira y ve mis ojos llenos de lágrimas.

—Sofí, ¿pasó algo? Pregunta la joven con inquietud.

—Nada, solo que tu jefe es un bipolar de mierda —.

Terminada la palabra “mierda” Manuel abre la puerta y me lanza una mirada reprobatoria. Lo ignoro, camino hasta las escaleras y bajo a la seguridad de mi oficina.

—Hermano, aún no entiendo ¿por qué quieres ir tú a supervisar a la maderera? La última vez, cuando tuviste que pasar la noche allí ¡casi me matas! ¿Es lo que creo? —Federico sonrío, el zorro de mi amigo me conoce.

—¿Estás pensando tirarte a la psicóloga verdad? —. Su cara de satisfacción; sumado a mi ira de que se fuera a bailar con mi chica, me matan de bronca... ¡Esperen! «¿*Mi chica?*»

Es mi oportunidad de indagar. Generalmente no soy así.

Mejor dicho, «¡no era así!»

—Me enteré que salieron a bailar con Sofía —. Comento al pasar, intentando, pasar por desinteresado. «Intentándolo»

Fede se recuesta en su silla, y da un sorbo a su café. Piensa,... medita su maldita respuesta... hasta que finalmente suelta.

—Esa mujer me tiene loco hermano.

Furia...contener mi furia, respirar hondo y clavar mis manos en el apoyabrazos de la silla. No hay mucho que pueda hacer... son dos adultos y si se gustan, no puedo hacer más que alegrarme por ellos.

—Entiendo,... ¿entre ustedes ya pasó algo? —escondo mi cara tras el jarro de café. En el fondo no quiero escuchar la respuesta.

—Solo un beso.

Me atraganto, y derramo el café sobre mi traje. ¿Se besaron? No esperaba escuchar eso, menos de Federico alias follador de mujeres en 3...2... 1. Entonces esto viene de... ¿enamoramiento?

«Lento Manuel jódete ¡por lento!» grita mí subconsciente.

Esto te pasa, por querer jugar a los amiguitos. ¡Y es así señores, camarón que se duerme, se lo lleva la corriente! ¡Un aplauso para mí! ¡Todos de pie!

—Nos besamos en mi departamento —continúa Federico.

—¿Fue a tu departamento? ¿y se besaron? «Dios mío estoy en el horno»

— Mejor dicho, “la” bese. Ella era una leona enjaulada, estaba furiosa. La lleve a prepo. Estaba malísima, pero no me podía despegar de ella hermano. Te juro que me hechizó... esa carita que tiene, y su carácter de mierda, hace que quiera domarla. Y no me detendré hasta lograrlo. No sé qué cuernos me hace, pero la atracción es fuerte. La noche en que salimos a bailar, no sucedió nada, pero la encontré besándose con su amigo, un veterinario de apellido Flaginsky. ¡Casi lo mato!

Un sonido capta la atención de mi amigo. Mis manos hacen crujir el cuero que hay debajo de ellas. No lo soporto más. Que fea jugarreta la vida. Me pongo de pie. Hoy jueves partiremos para Colonia, hasta el lunes no volveré a la oficina.

—Me tengo que ir amigo, debo armar un bolso antes de marchar para la maderera.

—¡Suerte hoy a la noche!... la necesitarás. Sofía no es un hueso fácil de roer —. Comenta Fede antes de que salga de su oficina.

Asiento moviendo mi cabeza, pero no me salen las palabras.

“Huesito duro de roer”... ¡que te den Betner!

Cuando estamos arribando a Colonia, eran pasadas las diez de la noche.

Manuel se mantuvo callado prácticamente por todo el trayecto. Tampoco trate de cambiar eso; luego de cómo me trato hoy a la mañana, mínimo merezco unas disculpas.

¡Y de rodillas!

«¡Sí! De rodillas... y desnudo...» grita el diablito que habita en uno de mis hombros.

De tal forma, que decido respetar su silencio, y conecto mi Kindle para leer una novela que tengo a medias, “Una Propuesta casi Indecente”... mmm no sé qué tal estará, es de una escritora uruguaya, pero tanto me la han recomendado que le daré una oportunidad.

A pocos kilómetros de llegar a nuestro destino, finalmente abre su linda boca.

—¿Se besaron? —no entiendo a qué se refiere con “¿se besaron?”, apoyo el Kindle sobre mis piernas y lo miro.

Manuel mantiene la vista fija en la ruta, pero repite su pregunta. Parece consternado.

—¿Se besaron?, quiero decir ...tú y Federico ¿se besaron?

Mi boca cae abierta de asombro, ¡no entiendo de donde sale esta gran locura! ¿Acaso Federico anda diciendo que estamos juntos?... ¡porque lo mato!.

—¿Él dijo eso? ¡Federico Betner te dijo que nos besamos! ¡Hijo de puta!. Tan caballero distinguido que parece, y anda inventando historias de adolescente pajero...—de pronto una mano tapa mi boca.

Giro para observar a Manuel y encuentro a este con una sonrisa de satisfacción. No entiendo nada, ¿le divierte que su amigo invente estas cosas?

—Te estoy preguntando a ti Sofía. Quiero que tú me digas si se besaron.

—¡Por supuesto que no! A quién le tiene ganas tu socio, ¡es a

Victoria...mi amiga!

No puedo expresar con palabras, el alivio que sentí,... al descubrir que Federico no había besado a Sofía, sino que a Victoria.

Es que me negaba a creer, que por pelotudo...por lento, me habían ganado de mano. No es que sea lento con las mujeres, de veras, todo lo contrario. Pero Sofía es ese tipo de mujer, que hace a uno enlentecer los tramites y quedar con la guardia baja. Dejando de lado el para nada grato asunto de “el novio”, ella logra que yo quiera más. Si, más...la quiero toda para mí.

Esta vez, contamos con mejor suerte que la anterior, en cuanto a estadía. Serena nos reservó dos habitaciones en el hotel Sheraton Colonia. Luego del check in, cada uno se retiró a sus respectivas suites, para refrescarse antes de salir. Sofía trajo una maleta del tamaño de las que yo uso para viajes internacionales de más de una semana. ¿Cuánto puede necesitar por dos días de estadía?, una o dos mudas, ropa interior y algún camisón corto, negro de encaje, y con el tamaño exacto para dejar ver el lunar que posee en medio de sus pechos... ¡Nada más!

«¡Salivación extrema! Cambiar de pensamientos.

Listo. ¡El pensamiento del camisón me empalmó nuevamente!

«Mierda» y eso que acabo de masturbarme en la ducha.

¡No lo hare nuevamente! ¡Está decidido!

Dos horas después, y luego de masturbarme tres veces, como si me tratase de un animal en celo. Estoy listo para salir a cenar.

Estamos en el mismo lugar en el que cenamos aquel día. Nada de casualidades, ¡todo fríamente calculado por mí! Qué mejor que elegir el restaurante donde coincidimos la primera vez. Quizás para ella no signifique mucho, pero sin duda alguna... el destino fue quien nos contactó esa noche.

—¿Vino blanco? —consulto antes de tomar la decisión. Ella me observa con sorpresa.

—Mi favorito. —

«Lo sé» No solo por aquella noche,... sino también por espiar en su... Facebook. En varias fotos la vi brindando con sus amigas... ¡las chicas sí que la pasan bien!

« ¡Patético!»

Se encuentra hermosa, ¡más hermosa que de costumbre! Como la noche esta fría, se vistió con jean, botas de cuero por fuera del pantalón, y un buzo escote en V rojo sangre. La muy perra debe saber que el rojo la favorece, no solo el tema del color le queda bien, haciendo resaltar el negro de su cabello. ¡También está el escote!... que sumado a su prominente pechuga hace que me transforme en un vikingo. ¡Maldita! Debo mantener mi vista fija en sus ojos.

¡No en sus ojos no!... esos descarados y vivaces ojos café, los que no hacen más que escudriñarme por completo.

«Manuel, ten cuidado... ella “huele tu miedo”»

El viaje fue algo incómodo, debido a mi inesperado ataque de celos de la mañana de hoy, pero por suerte el enojo quedó en el olvido, y las asperezas fueron limadas.

Sofía da un trago a su copa de vino, y mis ojos inevitablemente se clavan en sus labios. Saborea y suelta...

—Me gusta mucho Colonia del Sacramento. De niña solíamos venir con mi familia a pasar el día. Me encantaba el Real de San Carlos, rentábamos una casa en la esquina, y mientras con mis hermanos andábamos en bici, me gustaba fantasear que era una princesa y que vivía

atrapada dentro de la plaza de toros, a la espera de mi príncipe azul para que me rescatara.

—¡Toda una romántica! —susurro, sin poder apartar mis ojos de los de ella.

—Sí, en ese momento de mi vida, era una romántica empedernida. Siempre tenía un enamorado en cada año escolar. Solo que...

—¿Solo qué? —pregunto, en verdad intrigado.

—Solo que ellos no sabían nada. «Ríe» Ni siquiera sabían que yo era compañera de curso. Ya sabes... diez años, ortodoncia, anteojos, pecosa... lejos de que alguno fijara su atención en mí.

—No puedo creer que no se fijaran en ti. Sin duda serías la niña más bonita de la clase.

Me arrepiento de mi comentario al instante en que lo digo. Ella se sonroja y termina su copa de vino de un solo trago y yo intento desviar el tema a terreno seguro.

—De niños... Federico y yo veníamos todos los años, para pasar una semana en lo de mi abuela Azucena. Quizás mañana te pueda mostrar la que era su casa. Amaba este lugar, hacía diecinueve años que no venía.

—¿Por qué tanto tiempo?

Sofía está atenta a mi relato, mantiene una posición erguida y mientras que con una mano sostiene la copa de vino, con la otra delinea distraídamente sus labios. Eso me distrae mucho,... me distrae por completo y hace que pierda el hilo de la conversación, los tiene entreabiertos y con un furioso tono rojizo, mi pene se contrae dentro de los pantalones

« ¡Quieto bicho!».

—¿Por qué hace tanto tiempo que no venias? ¿Tu abuela ya no vive más acá?

Tengo que virar el tema a una zona de mayor confort. No me gusta hablar mucho de esa época.

—La abuela ahora vive en Montevideo junto a mí padre, es más... somos vecinos. Vivimos en la misma acera.

—¡Eso es muy tierno!

—¡Seguro! Muy tierno con una abuela “normal” pero la mía... madre de Dios, ¡ni te quieras imaginar! ¡Ella y sus amigas están locas! Una vez por semana, se reúnen a jugar al póker y a tomar Martinis... ¡les gusta llamarlo aquelarre! y es que en verdad son un grupo de brujas ¡un caso perdido!

Sonrío, adoro a mi abuela, y a todas sus amigas, las cuales me vieron crecer y son una especie de “tías”.

—Me gusta jugar al póker. Soy muy buena apostando, siempre gano. —comenta con seguridad Sofía.

—A mí también me gusta y siempre...pero ¡siempre gano! En especial al que se apuesta prendas de vestir —guiño el ojo, y veo ese tono rojo que tanto me gusta, subir por las orejas de la morena.

La cena es amena, y me prometí no decir más indirectas.

«Tan solo me lo prometí»

Pero difícil que el chanco chifle,... con ella enfrente soy una máquina de decir indirectas y palabras con doble sentido.

Capítulo 5

Recalculando...

Esa mañana nos esperaba un día cargado de trabajo. Luego del desayuno partiríamos a la maderera ubicada en Nueva Palmira, Manuel tendría dos reuniones y yo una charla en grupo con los obreros, sobre el manejo de la ansiedad y de cómo responder ante una situación límite.

Luego de vestirme casual, según lo indicado por mi “jefe”, tomo mi bolso y bajo al comedor para desayunar. En una mesa apartada, puedo ver al elegante y atlético hombre, que me arrebató el sueño por completo la noche anterior. Y no porque hubiera ocurrido nada entre nosotros... ¡nooo que va! Todo lo opuesto, luego de dos botellas de vino blanco y una lista de indirectas, el susodicho simplemente beso mi mejilla ¡y se marchó! Sigo furiosa, ¡maldito Don Juan!, tirando redes a ver que atrapa primero. En contra de mi voluntad, mis manos no pudieron controlarse, y en la soledad de la noche viajaron a mis pechos y comencé a jugar con mis pezones. Jamás me pasó el hacerme la cabeza, hasta llegar al punto de masturbarme pensando en alguien conocido,... mis fantasías viajaban entre famosos de TV, protagonistas de novelas, a deportistas. Pero Manuel lo logró. Tuve que descargar esa necesidad que fui acumulando durante toda la noche. Imaginaba que su boca se encontraba sobre mi sexo, que aferraba mis rodillas para impedirme que cerrara las piernas, y... nada. El alivio llegó, pero no de la forma que me hubiera gustado.

—¿Puedo sentarme con usted caballero? —sorprendido, levanta su mirada del periódico de finanzas que ojea.

Se pone de pie, y separa una silla para mí.

—Sería todo un honor —realiza una reverencia con su mano, indicando tome asiento. Pero antes que lo haga, susurra en mi oído

—Y en verdad es una lástima.

¿Qué? Pero... a que se refiere con “es una lástima”, ¿será porque llegué tarde al desayuno? ¡O quizás se esté arrepintiendo por no contratar a Mónica Lewosky!

—No me vas a preguntar el ¿qué es una lástima? —quiere hacerse

desear y yo... nada.

¡Y yo quiero saber, que quiso decir!.

—¿Qué es una lástima Manuel? —pregunto.

—Tu novio —suelta de lo más despreocupado, antes de dar un sorbo a su humeante café.

Manos sudorosas, falta de aire y calor en las orejas.

« ¿Mi novio?»

Jamás espere esa respuesta.

¡De veras!...jamás.

Manuel me observa una vez más; antes de tomar su periódico y continuar leyéndolo.

Pasado unos minutos, mi respiración comienza a regularse. Una camarera llega con una bandeja y mi café con leche en ella, pero no le da el tiempo a depositarlo en la mesa, frena de golpe al ver a Manuel.

« ¡Genial! Una más para el club de fans de Cortés!»

Pienso que quizás lo mejor sea armar un casting, al menos concentraríamos en una tarde y de forma organizada al grupo de seguidoras.

—¿Manuel? —pregunta con un susurro apenas audible.

—¿Ana? —responde el susodicho, mientras se pone de pie.

La mujer pierde el color de su rostro. La bandeja cae al suelo, llamando la atención de todos los comensales con el estrepitoso sonido. Tapa su boca con ambas manos y sale corriendo.

¿No entiendo que sucede? Solo sé que Manuel Cortés sale corriendo tras ella.

Me siento tan, pero tan ¡estúpida! Por una fracción de segundos, pensé que me gustaba este hombre. Y también, por una fracción de segundos, pensé que ojala...yo no tuviera *novio*.

—¡Anita, Anita esperá!

Manuel corrió.

Corrió tras Ana hasta alcanzarla. Justo a la salida del hotel logró tomarla del brazo, y girarla con tal fuerza que prácticamente quedaron cara a cara.

Fueron diecinueve años los que pasaron desde la última vez que lo intentaron. Ella se veía cansada y por sus mejillas las lágrimas no paraban de caer.

Los fantasmas del pasado no tardarían en aparecer. Fantasmas a los que Manuel enterró y se prometió jamás volver a ver.

La última vez que estuvieron juntos, quedó grabada a fuego. A sus jóvenes quince años, Manuel ya medía un metro ochenta, su espalda era ancha gracias a todo el ejercicio al que sometía a su cuerpo. La natación y el karate, estaban dando frutos, no solo en ser un adolescente con una vida sana, sino en el fibroso cuerpo que él mismo tendría años después.

—Chau Ani, no puedo con esto. Es mucho para mi... me voy.

Ella se lo dio fácil. Nada de llantos, ni de reproches. Dos únicas palabras salieron de su boca, antes de girar y entrar por el pequeño portón de su casa. Las cortinas de la ventana se movieron, su madre los miraba desde dentro, esperando que por fin se despidieran.

—Chau Manuel —. Más un casto beso en su mejilla.

El dolor del pasado, le aplastó el pecho como una patada. La herida se abría nuevamente y comenzaba a sangrar.

Tomándola del brazo, la observaba. Ella se veía delgada y ojerosa, ya no sentía ese amor de la juventud, pero una imperiosa necesidad de cuidarla se apoderaba de todo su ser. Algo estaba mal.

Podía olerlo.

—Manuel yo...no puedo. Me tengo que ir —. Susurro la frágil dama,... y no dijo más... Ana salió corriendo, cruzó la calle sin mirar y huyó de él.

A su espalda, Sofía miraba sorprendida la escena que se desarrollaba.

Manuel giró para entrar nuevamente al hotel, consternado por lo sucedido. Y tomó la mano de Sofía llevándola consigo.

—Manuel... ¿ella? —intentó preguntar Sofía... pero Manuel se adelantó en responder, silenciando de esa forma sus interrogantes. —Ella nada Sofía, ella es pasado,... un triste y doloroso pasado. Entremos, te estas congelando —. Ordenó.

¿Qué sentí cuando vi a Manuel con la otra mujer? Nauseas,... muchas nauseas.

Sentí que el estómago se me retorció y que el aire abandonaba mis pulmones de golpe. La idea de perder algo, que jamás fue mío era odiosa y real. Sentí ¡celos, putos celos! ¡Pero qué mierda! Si solo me cae bien como amigo, nada más. ¡Lo juro!

«¿Lo juro?»

Bueno eso no importa. Lo importante, es que vine a trabajar y listo, nada de rollos entre jefe y empleada. Porque esas cosas nunca acaban bien... por más romántico que suene, y... sexy, en nada bueno terminan estas cosas.

El día transcurrió sin más percances. Una vez que llegamos a la maderera y luego de ser presentada como corresponde; quedé en manos del jefe de recursos humanos, un hombre de unos treinta y ocho años de edad, alto, piel dorada, algunas canas pintaban su cabello y enormes ojos grises. Su camisa a cuadros, junto a su jean, lo convertían en un digno paquete de ser apreciado por nosotras...«las féminas».

El atento hombre extiende su mano y me saluda.

—Hola, soy Julián Rapa, un gusto conocerte Sofía.

—El placer es mío señor Rapa.

—Julián,... llámame por mi nombre, por favor

Tiene una sonrisa seductora y unos hoyuelos de lo más picaros. Son las tres de la tarde y decidimos tomarnos un café en su oficina antes de la reunión. Desea ponerme al tanto del funcionamiento de la empresa. Pasa una hora aproximadamente, en la que la amena charla, nos hace que el tiempo pase volando. Estamos a punto de salir al encuentro con los empleados, cuando golpean la puerta e interrumpiendo nuestra charla, entra Manuel con cara de pocos amigos.

—¿Sofía, podemos hablar un momento?

Julián se pone de pie y claramente veo las miradas que se lanzan mutuamente.

—Claro —respondo, mientras yo también me pongo de pie y lo sigo por el pasillo, hasta llegar a su oficina.

Abre la puerta permitiendo que ingrese antes que él, y al instante la escucho cerrarse tras de mí. Huelo a canela y escucho música de fondo... no puedo distinguir cual.

Fue una fracción de segundos, porque juro que no vi lo que estaba por suceder.

¡Esto ya no da para más! El hombre de buenos modales y temple de acero se está resquebrajando.

No puedo aguantar un minuto más, pensando en que Sofía se encuentra encerrada con Rapa, seguramente cautivada por sus dotes de Don Juan. Voy por ella.

Rapa y Sofía... ¡Solos! ¡Pero qué quiero lograr por Dios! si hasta se hicieron caritas... es obvio que se gustan. ¡Putra madre! Y yo como un buen pelotudo, la entregué en la boca del lobo, porque bien sé que es un lobo con disfraz de príncipe....si hasta hemos salido juntos de juerga!.

Idiota.

Prácticamente corre para seguirme el paso. Permito que ella ingrese en mí oficina, antes de cerrar con tranca la puerta. Descanso mi peso en la pared, estoy agitado a más no poder... y no por la caminata precisamente.

—Manuel ¿Qué pasa? —pregunta Sofía con cara de susto.

—Tú.

—¿Yo? —. En verdad parece no entender lo que está pasando.

Doy un paso en su dirección y ella recula dos.

—Tú... eso pasa. Tú y esa estúpida manía de querer ser todo lo que a mí me gusta. No puedo seguir trabajando así.

Aflojo el nudo de mi corbata y la retiro por sobre mi cabeza. Tomo mi celular y lo guardo dentro de mi saco.

—Me voy.

Ella jadea. Su respiración se altera... Pero su lengua no.

—Poco profesional de tu parte Manuel. No entiendo qué cuernos te está pasando... pero aquí estamos trabajando.

—¿Qué me pasa? ¿Aún no te das cuenta de lo que me pasa? — grito furioso.

—Sí, claro que me doy cuenta. Pero no eres un niño para pretender tomar tus juguetes solo para que otro no los tenga. Clarísimo como el

agua que estás celoso.

—Nos vamos.

—Manuel, tenés que ser racional...

—Dije... que nos vamos ¡YA! —grito.

«Silencio»

—Yo no me voy a ningún lado. Y si me disculpas... dejé plantado a Julián en plena reunión.

—Sofía, no entiendes, que estoy conteniendo mis ganas de agarrarte y cogerte sobre el escritorio. ¡Y tú me sales hablando del puto de Rapa! —mis gritos se deben de escuchar de todos lados. Pero no me importa.

Manuel está hecho un desquiciado. Toma bajo su brazo mi bolso, que se encontraba en una silla de su despacho. Luego abre la puerta, aferra mi mano y soy sacada... mejor dicho, arrastrada la fuerza.

—Ya te dije, que esto no es racional...—intento explicar en vano, mientras doy pequeños pasitos con mis súper tacones. Continúo... —las cosas forzadas no son buenas, mejor dejar que el agua fluya. ¿Manuel me estas escuchando?

—Aham —pronuncia, al tiempo que suelta mi mano para abrir su coche. No se cómo...ni cuando, pero nos encontramos en el estacionamiento.

—Adentro —. Espeta.

No puedo evitar sentirme excitada por esta situación. ¡Sé que no debería! Soy una mujer adulta, pensante, y con derecho a decir... ¿no? Pero el neandertal de Manuel me pone. Y en contra de mi voluntad... Siento un calor húmedo brotar desde el interior de mis piernas.

«Silencio»

Respiro profundo y entro en el auto. El olor a cuero y canela me envuelven y nublan mis pensamientos. No sé qué es lo que va a suceder... pero tengo claro que nuestra “amistad” se fue a la mierda. Manuel toma su lugar del lado del conductor y enciende el coche. No me mira, su mentón cuadrado con esa hendidura en medio que tanto me gusta, está rígido. Tiene una lucha interna, el caballero verde inglés «como llama mi madre a los hombres atentos y educados» versus el cavernícola. En medio del trayecto, toma su móvil y mientras que con una mano sujeta el volante, con la otra disca un número.

—Buenas tardes, soy el señor Manuel Cortés suite 801, necesito que ya mismo suban a mi habitación un par de botellas del mejor vino blanco que tengan en su cava... también frutas y condones.

Me atraganto y comienzo a toser... ¿condones? ¡Pero qué cree!, que soy una ¡puta! Ni siquiera nos hemos besado y el sujeto... ¿está pensando en hacerme el amor?

Cuelga el móvil y no me dirige palabra alguna. Estoy enojada,

¡furiosa! ¡No soy un trozo de carne para que el señorito disponga a su antojo! Además de todo, tengo un novio en Francia a punto de volver.

Llegamos, y deja el auto en la acera. Entrega las llaves al valet parking y da la vuelta para abrir mi puerta, me tiende la mano. No solo, NO le doy mi mano, sino que bajo esquivándolo descaradamente. Y dando grandes pazos llego a la recepción. Pido la tarjeta de ingreso a mi habitación y sigo camino a los ascensores. Escucho los pasos de Manuel que me siguen, y se detiene en mi espalda. Su irregular respiración, corta el silencio del lugar.

El ascensor se abrió. Y las puertas del paraíso y el infierno junto a él.

El lugar es puro espejos, una leve música funcional resuena de fondo. Veo a Sofía entrar. Su culo marcado a la perfección con esa falda que usa. Ella camina molesta hasta el fondo del mismo y apoya la cabeza en el espejo...el mismo se empaña con su respiración.

El ascensor comienza a moverse, nadie pronuncia una palabra. Miro el techo buscando lo que necesito saber,... cuando me percató de que se encuentra libre de cámaras, oprimo el botón para detenerlo. El elevador se frena, provocando una sacudida, Sofía se asusta, pero antes que pueda girarse... la atrapo.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo...tiene las pupilas dilatadas y los labios rojos. Tomo sus manos y las apoyo con las palmas abiertas en el cristal.

—No te muevas —susurro en su oído y ella da un respingo con su trasero.

Coloco mis manos en sus caderas y apoyo mi erección en su espalda baja. Jadea...y deja caer su cabeza hacia atrás. Asalto su cuello con mi lengua y dientes, ¡pero necesito más! No imaginaba nuestro primer encuentro íntimo de esta forma, pero llegué a mi límite. No puedo frenar mis impulsos por un minuto más.

Muevo mis manos, hasta el borde donde su camisa tiene un camino de botoncitos, tomo ambos extremos y doy un fuerte tirón. El repiqueteo de los botones cayendo en el suelo, es como si fuera la campana del cuadrilátero. Sus exuberantes pechos asoman, rodeados de un caliente corpiño de seda gris. Nuestras respiraciones son fuertes e irregulares. Comienzo a subir su falda y a medida que lo hago, pienso que me va a dar un ataque cardíaco...

¿Liguero? ¿Pero qué pretende? ¡Matarme! Separo un instante mi cuerpo del de ella, para ver el panorama, piernas carnosas, medias por los muslos, liguero y tanga colaless. Sinceramente no sé por dónde comenzar... bueno, eso no es tan cierto... porque sé bien por donde comenzar y lo haré ya mismo. Introduzco una de mis piernas dentro de las de ella, y moviéndola hacia ambos lados, fuerzo a que ella separe las suyas. La imagen no puede ser más erótica: Sofía con las manos en el

espejo, su camisa desprendida dejando asomar su carnosa pechuga, la falda arremangada por sobre los muslos y yo detrás listo para el ataque.

—¿Me vas hacer el amor finalmente? —suelta la pequeña atrevida.

—No. Ahora te voy a coger así como estas,... de espaldas, para sacarme la calentura que tengo acumulada y más tarde te haré el amor en mi habitación.

Jadea tras mis bruscas palabras, pero creo que la ponen.

Acaricio sus nalgas... son perfectas, lisas y redondas. Desabrocho mi bragueta, y libero a mi pene, que hacía rato imploraba por libertad. Lo tomo con una mano, y delineo con él sus glúteos, dejando un rastro de humedad por donde pasa. Ya no puedo más... mi mandíbula se va a fracturar de lo tensa que está. Paso mis pulgares por los extremos de su tanga, y de forma lenta, la voy deslizando para abajo. Tomo sus caderas trayendo su culo hacia mí, y sin más... me adentro en ella hasta el fondo. No soy capaz de verificar si se encuentra húmeda... aunque sospecho que sí... y mucho.

Sofía deja escapar un gemido, se encuentra hirviendo, húmeda a más no poder y a punto de hacer combustión espontánea. Comienzo a moverme retirando mi miembro por completo de ella, e introduciéndolo lentamente una y otra vez. Rodeo su cintura hasta llegar a su clítoris y comienzo a jugar con él. El espejo manchado del rouge de Sofía y del vapor de su respiración, no hacen más que recordarme que estamos en el ascensor de un hotel, y que seguramente no tendremos mucho tiempo. Acelero mis movimientos, más y más... y cuando ya no tengo más autocontrol.

—¿Lista mi amor? —susurro.

—Si...haaugss... ¡Sí! —prácticamente me ruega.

Me vengo. Me dejo ir por completo... ella gime y mi cuerpo la oprime contra el cristal... no puedo parar mis embestidas, es una eyaculación interminable, meses de tener todo controlado, hasta que finalmente se fue a la mierda.

«¡Nuestra “amistad”, se fue a la mierda!»

Pero bien valió el dolor de huevos que sufrí todo este tiempo, al

tener a semejante mujer en mis brazos... siento que todo valió la pena.

Me retiro de su interior, y ella comienza a bajar su falda. Esta despeinada, y con cara de polvo reciente. Me encanta ser el causante de su desalineado look.

Mantiene su mirada en el suelo... y se la ve apenada.

Tomo su mentón con mi mano para que me mire a los ojos. Y me inclino hasta quedar a su altura.

—¿Estás bien?

—Sí—. Responde, intentando forzar una sonrisa.

Sé lo que pasa,... está librando una lucha interna, entre su deseo y su moral. ¡Claro que el deseo ganó!, pero ahora la moral, la culpa y los prejuicios le pasan factura.

Cubro sus hombros con mi saco, impidiendo que se vea su desnudez, a falta de los botones de su camisa. Oprimo nuevamente el botón de STOP del elevador, y este retoma el trayecto.

Ahora que lo pienso... ¿Qué extraño que nadie haya llamado para ver si sucedía algo? Mañana presentare una queja en administración. Naaa mentira! Más bien... ¡entregaré una generosa propina, por los minutos más intensos de mí vida!

Los segundos antes de llegar a nuestro piso fueron ¡interminables! Me sentía incomoda, me sentía avergonzada, sucia, infiel, y... bueno, la lista es infinita. Luego de esto, no me quedan muchas opciones más que renunciar. No podré seguir trabajando con el hombre con el cual tuve sexo en un ascensor.

¡Por Dios! ¿Qué mierda hice? pedazo de zorra les salió la nena mamá y papá. ¡No voy a llorar! Por lo menos, no frente a él. Una vez que se abre el ascensor, salgo disparada en dirección a mi recamara.

—¡Sofía! —grita Manuel, pero lo ignoro y acelero el paso.

—¿Qué pasa? ¿Dónde vas?

Finalmente llego a la puerta, deslizo la tarjeta, abro y en cuanto quiero cerrar, un pie se interpone impidiéndomelo.

Estoy agotada emocionalmente. Apoyo mi rostro en la puerta.

—Andate Manuel, esto... jamás debió haber sucedido —. Mi voz es un susurro, no tengo energía para discutir.

En un rápido movimiento, él ingresa a mi habitación.

—¿Por qué estás arrepentida? ¿No te gustó? —se lo nota preocupado, también su tono de voz es bajo.

Camino hasta el dormitorio, y tomo asiento en la cama.

—Sí, me gustó,...pero solo en ese instante. Ahora me siento como una puta usada.

Manuel camina hasta mí, y se inclina frente a mis rodillas, nuevamente toma mi mentón para que lo vea a los ojos. Mis labios hacen un mohín, sé que las lágrimas no tardarán en aparecer. Me observa con preocupación.

El llanto finalmente hace presencia, y me ahogo entre los sollozos. Continúo con mi catarsis...

—¡Si ni siquiera nos besamos! —exclamo, al tiempo que sorbo mis mocos...—solo-me-cogiste ¡y de espaldas! —sinceramente, me avergüenzo de mí.

No puedo hablar bien, parezco el personaje de la Chilindrina, hablando entrecortado por mi llanto.

Introduce un mechón de pelo detrás de mi oreja y susurra lentamente.

—Hoy en el ascensor, te dije que primero te cogería y que luego te haría el amor... ¿lo recuerdas?

Su cara se encuentra a centímetros de la mía, logro sentir su cálido aliento traspasar mis barreras. Huele a café y Paco Rabanne, peligrosamente tóxico para mis sentidos y tentadoramente adictivo.

—Si Manuel, lo recuerdo.

Y así, sin más explicaciones, Manuel reclamó mis labios como suyos, devorándome con pasión. Su aliento era delicioso, pero sentir el calor de sus labios, hicieron desear que fuese mío... para siempre.

—¡Vamos a mi habitación! Hay alcohol esperándonos.

—¡Sí y condones! Hijo de puta —suelto furiosa, ante su descaro de pedir preservativos en nuestro trayecto.

—¿Hijo de puta? Pues ya verás cuan hijo de puta, puedo llegar a ser... y ¡sí!, es una amenaza querida —. Susurra en mi oído, antes de levantarme de la cama con un ágil movimiento.

Soy cargada cual bolsa de papas sobre su hombro y con el descaro y encanto que lo caracteriza, sale al pasillo sin importarle quién pueda llegar a encontrarse allí. Abre la puerta de su habitación y coloca el cartelito de PROHIBIDO ENTRAR.

Una vez que Manuel, depositó en su cama a Sofía, ya no quedaba mucho para decir. La deseaba... la deseaba como a ninguna de las mujeres que disfrutaron de su cuerpo y sus dotes de amante.

Primero tomo un pie y quitó un zapato, luego repitió lo mismo con el otro pie. Sofía seguía sintiéndose culpable, pero la lujuria que le producía ese vikingo de espalda ancha, y vientre musculoso...era demasiada. Primero se fue su blusa, luego la falda... únicamente la cubría su sensual juego de ropa interior y los tacones. Ante la atenta mirada de ella, Manuel comenzó a desprender su camisa... uno a uno sus botones abiertos, fueron permitiendo asomar el fibroso cuerpo que poseía. El cinturón, luego el botón del pantalón, hasta que los eliminó por completo. Para la sorpresa de Sofía, Manuel no usaba ropa interior, y su fantástica erección se asomó erguida frente a sus ojos. Lentamente de rodillas situó su rostro en el vientre de ella, su lengua delineó su ombligo y Sofía dejó escapar un suspiro. Manuel sintió el nerviosismo de ella, por eso sus palabras fueron.

—Quiero que esta noche seas mía por completo. Quiero tu cuerpo... pero sobre todo quiero tus pensamientos, Sofía... hoy solo somos tú y yo. Mañana hablaremos del futuro, porque con todas mis fuerzas se...que jamás volveré a ser el mismo después de lo que sucederá esta noche.

Sofía lo miraba sin emitir palabras. Pero cuando Manuel se puso de pie, para servir una copa de vino blanco, ella fue tras él... y tomándolo de la nuca, sus labios se fundieron en un salvaje beso.

—Tuya —. Fue la respuesta que obtuvo de ella.

Sin mediar comentario alguno, sujetó sus muslos sentándola en la mesa. El vino se derramó, formando un charco debajo de Sofía. Tomando sus manos, Manuel la instó a que se recostara sobre la mesa, el olor a vino envolvía el ambiente y la mujer que tenía delante lo embriagaba por completo. Su tanga empapada, invitaba a ser degustada... y fue donde Manuel probó el vino por primera vez esa noche.

Estaba perdido... muy perdido, lo sabía a la perfección. Pero ya no había vuelta atrás, como si fuera un sommelier... se embarcó en su aroma,

degustó su sabor, y contempló cada centímetro del cuerpo de la morena de ojos intensos. Cautivados el uno con el otro, la noche los encontró y ninguno de los dos pudo separarse.

Amanece, y despierto en los brazos de Manuel Cortés, el hombre que puso patas para arriba mi mundo... quién me cogió como un animal en el ascensor, y luego me hizo dulcemente el amor en su cama por horas.

La luz de la mañana invade la recámara... con el “apuro” de la noche anterior, olvidamos cerrar las cortinas. El sonido de su celular termina por despertarnos. Manuel se levanta y camina hasta la mesa en busca del móvil, su glorioso cuerpo desnudo es una vista de lo más gratificante. Atiende.

—Cortés. Sí, entiendo...pero hoy no puedo. Estoy en el interior. No,... no tengo idea de cuándo vuelvo. Yo te llamo.

Cuelga sin despedirse y a la distancia huelo estrógenos, seguro es alguna pollera que lo reclama para el fin de semana. ¡Ni modo! No puedo ponerme en papel de novia celosa, porque: punto uno, yo también tengo un “asunto” desde hace tres años, el que está a punto de regresar de su maestría. Y punto dos... jamás fui celosa en mi vida, si no lo soy con Jean Pierre, ¡menos lo seré con mi “jefe”!

—Buenos días mi amor —saluda Manuel, metiéndose nuevamente en la cama.

Aún me encuentro desnuda, solamente cubierta por la sábana. Ingresa y se tapa con ella dejándonos piel con piel. «Mierda»

—Manuel, yo... me voy —. Intento ponerme de pie, pero me detiene. Toma mi rostro entre sus manos, y me observa... pero su expresión es diferente, ya no hay lujuria, ni pasión. Algo cambió... ¿pero qué?

—Antes, tenemos que hablar. No puedo permitirte salir de estas cuatro paredes con alguna duda.

—No hay dudas Manuel —finjo una sonrisa —todo está bien, yo también lo disfrute y ¡mucho!. Pero ahora debo ir a mi habitación, para armar la maleta y volver a Montevideo.

No sé si me cree, pero ya lo hecho... hecho está. Tengo que separarme cuanto antes de él, y poder llorar en la soledad de mi dormitorio.

—¡No quiero que te vayas! —sus palabras me frenan.

Cinco palabras que no dicen nada, pero que a su vez están llenas de significado.

Tomo asiento en el borde de la cama, intentando cubrir mi desnudez con la sábana. Mi cabello suelto, cubre mi espalda desnuda.

—Pero los dos sabemos, que no puedo quedarme contigo —. Susurro.

Ninguno dice nada por unos segundos. El fantasma de mi novio me mira a los ojos. Ya no somos dos en la habitación, mi culpa trajo consigo a Jean Pierre.

—Te quiero —. Suelta Manuel.

Giro para mirarlo y soy atrapada nuevamente, pero esta vez sujeta mis manos sobre su pecho,... justo sobre esa cruz que tiene tatuada sobre su corazón y de la cual no sé el significado.

—No quiero que te vayas de mi vida Sofía... ¡Quiero que lo intentemos! —. Su tono de voz es fuerte y autoritario, me destroza.

—No puedo. Prefiero que sigamos como... amigos.

—¿Amigos? —pronuncia con dolor, se pone de pie y camina en dirección al baño, pero antes de entrar gira y lanza —jamás vamos a poder ser amigos nuevamente, algo cambió entre nosotros y ya no hay

vuelta atrás.

Entra en el baño, cierra la puerta de un portazo. En cuanto escucho el sonido de la ducha... me largo a llorar. Es verdad, algo cambió dentro de mí y jamás podré verlo como antes. Tomo mi ropa, que se encuentra tirada por todos lados, me visto y marchó a la seguridad de mi habitación.

—Federico, Souza me tiene cansado —camino de un lado al otro, por la amplia sala de juntas, hoy toca reunión con los jefes de cada departamento

— Sigo recibiendo comentarios de las chicas, que es un baboso de mierda, que les mira las tetas en vez de los ojos y más de una dice que lo ha visto “tocarse”. Creo que la situación ya no da para más.

Últimamente me encuentro de mal humor, no puedo evitarlo. Estoy irritable, arisco y no he logrado tener “citas”, en este momento encuentro a todas las mujeres sosas, aburridas, todas menos una, la que me hace reír y enojar a la vez.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Despedirlo? Necesitamos una justificación para eso.

—Voy a instalar una cámara oculta.

—Eso no es legal... ¡el sindicato te destripará!

—No me importa —. Recargo mi taza de café y miro por la ventana.

La tarde está gris y la noche comienza a caer sobre la ciudad.

Federico Betner mi amigo del alma se pone de pie y camina hasta la cafetera.

— Manuel ¿qué está pasando contigo? Porque te noto diferente socio, generalmente tú no tienes ese carácter de mierda... ¡esa cuota la aporto yo!

Sonrío. Tiene razón... ¡si hasta me bajé del coche buscando pelea con otro conductor que me tocó bocina! Esto tiene que terminar. Debo seguir con mi vida.

Una mujer, una cualquiera que me ayude a quitar a la morena de mi cabeza. Este es un trabajo para la agenda negra,... o mejor llamada —“libreta de levantes” en ella junto con Federico, tenemos anotados todos los teléfonos de nuestras capturas.

Apago el ordenador, y tomo mi bolso. Son las seis de la tarde y me encuentro realmente agotada. Cuando salgo de mi oficina, el señor Souza me intercepta.

—Castellanos, en media hora reunión. No te retrases mimosa.

«¿Mimosa?» ¡Pedazo de hijo de puta!

Mi jefe directo, el señor Souza es un ¡maldito mujeriego! No solo es un baboso que mira mis pechos en vez de mis ojos; sino que últimamente insiste en reunirse fuera de hora a discutir “asuntos”. Los que no son más que intentos para averiguar todo de mí. «Todo»

—¿Ahora? Porque justo me estaba yendo.

—Pensaba que podríamos hablar de unos temas pendientes... ¿si preferís tomamos un café fuera, tú eliges el lugar? —no me tiantan ninguna de las dos opciones, pero el aceptar un café fuera del horario de trabajo, lo hace más personal. Opto por reunirnos en su oficina.

—Mejor en la empresa, afuera está lloviendo.

Caminamos en silencio, hasta llegar a su despacho que se encuentra junto al mío. Es un área un tanto apartada del resto del piso, en RRHH tratamos temas que deben permanecer ajenos al cotilleo de la empresa. Una vez dentro Souza cierra la puerta, y se quita el saco. Tomo asiento frente a él, captando al instante una energía que para nada me gusta.

—¿Y... qué tal marcha todo con tu novio?

Huelo el peligro y por ningún motivo, permitiré que la charla se haga personal.

—¿De qué tema quería hablar señor? —. Escupo.

No tengo ganas de aguantar coqueteos de gilipollas, dirían los españoles. Sus excusas son patéticas, no logra darme un solo argumento válido, como para que yo permanezca un minuto más en este lugar.

—Souza, si no lo toma a mal, continuemos con la reunión mañana, son más de las siete, y me duele la cabeza.

Souza asiente, mientras se reclina en su sillón ejecutivo.

—¿Te llevo? —. «Y sigue que te sigue».

—No gracias. Tengo mi coche a un par de manzanas.

Me pongo de pie, tomo mi bolso, esbozo una pequeña sonrisa como saludo y me marcho.

Espero el ascensor un tanto molesta, por el tiempo que me hizo perder. Cuando llego a planta baja, me doy cuenta que olvidé mi abrigo en la oficina del señor baboso... «mierda» toca subir por él. Nuevamente espero el elevador, y me sorprende cuando Manuel sale del mismo.

Hace unos días que no nos vemos mucho.

—Sofía ¿Dónde vas? ¿Estás volviendo? —sospecha.

—No. Es que recién terminé una reunión con Souza, y en la desesperación por terminar cuanto antes, he olvidado mi abrigo.

—Te acompaño —entra nuevamente, y mantiene las puertas abiertas para mí.

—De veras Manuel... ¿no es necesario!

—Lo sé, ¡pero insisto!

Dicho esto, no me deja más alternativa que subir junto a él.

Una vez que llegamos, Manuel tranca el ascensor para que nos espere en ese piso. Salgo camino a la oficina de mi jefe, y a medida que me acerco, escucho un llanto, creo que algo malo está ocurriendo... apoyo mi oído en la puerta para escuchar, y sí... ¡definitivamente algo no está bien!... ¿estará teniendo un infarto?, abro la puerta de golpe, para encontrarme con....

«Oh no... ¡por Dios!»

—¡Hijo de puta! —fue mi grito, en el instante que pude ver semejante panorama.

Souza de pie, con sus pantalones por las rodillas, pene en mano... ¡masturbándose frente a mi abrigo!

—Sos un pajero de mierda —no llegue a tiempo, dicho mi insulto, el desgraciado eyacula sobre mi amado sacón rojo.

¡Lo mato!

Sorprendido infraganti, comienza a subirse los pantalones con prisa.

—No es lo que crees haber visto.

—¿Y qué fue lo que vi? ¿Quieres que te ilumine?... vi a un reverendo hijo de mil putas, viejo y pajero. Eso fue lo que vi.

El señor Souza alias caracol baboso y pajero... camina en mi dirección prendiendo el botón de su pantalón y subiendo su bragueta.

El insulto le molestó, pero aún tengo más... mido una pequeña distancia de unos tres centímetros entre mi dedo pulgar e índice...

—¿Ves esto Souza?... así de chiquita la tenés. Triste, muuuy triste —. Alargo la palabra “Muy”.

Se lo ve molesto y humillado, con una sádica sonrisa en mi rostro, giro para marcharme. Pero antes de salir choco contra algo, mejor dicho contra alguien.

Manuel me aparta del camino, tomándome por los hombros. Luego da dos largos pazos y... «¡plaf!»

—¡Hijo de perra! ¡Mi labio! —Souza aúlla de dolor, mientras escupe un diente ensangrentado.

Manuel toma su móvil.

—García, necesito que mande a seguridad al cuarto piso, el señor Souza ya no forma parte de esta empresa. Necesito que lo acompañen a la salida en este momento y queda terminantemente prohibido que ingrese nuevamente.

Estoy temblando, la Sofía “valiente” se esfumó, y la sorpresa sumada a los nervios, provocan que las piernas me tiemblen. Manuel toma mi mano y me indica.

—¡Vamos!

—“¿Así de chiquita la tenés?” —repite mi insulto con una sonrisa en sus labios. —muy original de su parte Castellanos.

Pasa su mano por mi espalda envolviendo mi cintura, y marchamos a la salida.

De más está aclarar, que la noche la pasé en su departamento,... en sus brazos. Entre copas de vino, mimos y risas por lo ocurrido.

—Dani ¿venís? ¡Te estamos esperando para que instales el calefón!

—Desqui, a no desesperar que estamos abajo.

—¡Uf por fin Daniel! Suban.

—Vic ya llegaron los chicos.

Le grito a mi amiga, que se encuentra en la cocina controlando unos platillos que está preparando.

—¿Te preparo otro mojito? consulto.

—¡Yep! .Responde Victoria en mi espalda.

Hace rato que estamos bebiendo unos tragos al tiempo que desarmamos las cajas que quedan de mi reciente mudanza. No es que estemos borrachas, ni mucho menos... pero algo “alegrotas” se puede decir que sí.

Nati, una amiga que tenemos en común con Vic se encuentra en el closet doblando mi ropa por color. ¡Nati es genial! El tipo de persona políticamente correcta y que tiene todo organizado en su vida. Vive sola, su mascota es un gato robot y unos peces animatrónicos o algo por el estilo... Últimamente no se ha encontrado bien de salud, sus problemas respiratorios la traen a mal traer, seguido por su dolor de cintura, ¡ya es hora de que desordene su vida un poco y le den candela!

—¡Llegamos! Grita Dani entrando en el departamento.

Me emociona vivir sola, aunque no será por mucho tiempo... mi novio regresa este año a Montevideo, y en cuanto lo haga, será la boda.

Daniel y Samuel quedan maravillados con el departamento. Es un dos ambientes, perfecto para mí.

La vista a la playa es hermosa... y romántica, ¡muy romántica! Mis pensamientos me transportan junto a Manuel... ¿Qué estará haciendo? De fondo Alejandro Sanz e Ivete Sangalo cantan una hermosa melodía... *No me compares*. El alcohol me pone mimosa. Extraño a mister tatoo, me gustaría que estuviera compartiendo este hermoso momento junto a mí.

Mis amigos se ponen cómodos, y mientras Daniel me acompaña al baño para ver el tema del calefón, Samuel se queda en la cocina armando

unos Pisco Sour, un trago descubierto recientemente por los primos Flaginsky en su último viaje a Chile.

El sonido del teléfono interrumpe mis pensamientos. Al atender me sorprendo que sea Federico Betner quien esté al otro lado de la línea.

—Sofía, disculpa que te moleste a esta hora. ¿Pero quisiera saber si Victoria se encuentra contigo? —las risas de mis amigos no pasan inadvertidos al señor controlador, cuando pregunta: —¿están con hombres?

Largo la risa, ¡qué hombre exasperante! La risa me dura poco tiempo, cuando reconozco la voz de Manuel de fondo interrogando

—¿con hombres?

No pasa mucho tiempo, entre que Vic corta la llamada con Betner y que ellos llegan a casa. Porque seamos honestos, ¡era obvio que iban a venir! La cena es de lo más amena, Vic nos deleitó con una de sus exquisiteces y Federico babeaba orgulloso de su novia.

Para Nati fue una sorpresa el descubrir que Samuel Flaginsky es un reconocido médico neumólogo, quedan de encontrarse para cenar y hablar sobre sus problemas respiratorios, claro... “hablar”

Y yo cenando codo a codo con mister tatóo cual dos enamorados, intercambiando sonrisas y bromas. Todos nuestros amigos se marchan, dejándome a solas con Manuel.

—Me gustan tus amigos, parecen buenas personas. Comenta mi chico.

—¡Y lo son! Bueno,... a Vic ya la tienes más que presente de trabajar con nosotros desde hace unas semanas cuando lo de Souza y el resto son geniales. Hay veces en que el apoyo de los amigos es fundamental... una segunda familia sin lugar a dudas.

Charlamos mientras Manuel recoge los platos de la mesa y yo los lavo. Pero la charla duro poco, soy atrapada contra el mesón de la cocina. Su erección en medio de mi cadera, una mano circunda mi cintura hasta llegar a mi ombligo, se me corta el aire cuando la misma mano, comienza a bajar. Se mete traviesa bajo mi tanga y su dedo índice ingresa en mí rozando mí clítoris. No es sorpresa que me encuentre húmeda,... el

susurro que deja en mi nuca eriza toda mi piel...

—¿En la ducha o sobre el mesón? ¿Qué prefieres?

Sonrío con picardía.

—Creo que me gustaría evaluar si la conexión del agua caliente funciona bien.

—Ah bandida mía, serás follada bajo el agua caliente entonces.

Me atrapa en sus brazos y camina directo al baño... donde Manuel y su falta de paciencia por la falta de agua caliente, logra que la pasión sea en el piso, sobre la alfombra peluda que se encuentra en medio del baño. En un arrebató de lujuria, eliminó nuestra ropa del camino y luego de colocarse en medio de mis piernas me penetró. Mi gemido retumbó en el lugar... no sé si me calentaba más... tener el inodoro a un lado de mi rostro, o que el calefón sufriera una pinchadura en ese momento y que agua helada comenzara a caer sobre nosotros. Por suerte mister tatoo no se amedrentó con la lluvia que nos estaba empapando, y pasados unos segundos de embestidas un...

—¿lista? , salió de su boca.

Para terminar con un sonoro orgasmo, que seguramente hizo temblar el edificio.

Capítulo 6

19 días y 500 noches.

Cuando llego a la empresa, tengo un mail de Manuel.

**Desayuno en mi oficina a primera hora. No llegues tarde “mimosa” **

Sonrío. La frase “no llegues tarde mimosa” quedo en el recuerdo. ¡Adoro esos desayunos! Respondo... **En media hora estoy ahí jefe**.

Respondo algunos mail y paso a saludar a mi nueva jefa y mejor amiga María Victoria. A quien su novio Federico Betner, ha designado para desempeñar el cargo que ocupó Souza, hasta que fue invitado por Manuel a retirarse de la empresa. Media hora más tarde, cuando tengo todo organizado, subo al despacho de mister tato para que desayunemos juntos.

Cuando arribo al piso del directorio, se respira un aire extraño. Una mujer a la que encuentro conocida, aguarda fuera de la oficina de Manuel, junto a un hombre joven. Aquí hay gato escondido... freno para saludar a Serena, ella se encuentra radiante como de costumbre, su elegante traje negro y su blusa azul eléctrico, la hacen joven y profesional a la vez, me hace caritas y abre grande sus ojos, intentando decirme algo.

En ese instante la puerta del despacho se abre y un hombre cano, vestido de forma muy elegante sale de ella.

—Cuando quieran navegar Cortés... ¡no tienen más que pedirme el yate! a mi edad, prácticamente vive amarrado en la bahía, eso sí... ¡las mujeres tienen que llevarlas ustedes! Sé bien que no será un problema para ustedes. —deja escapar una fuerte risa, la que culmina con una estrepitosa tos.

—Manuel —lo llama Serena.

—Dime Sere —en ese instante me ve y guiña su ojo, pero también se percata de la presencia de la mujer que aguarda en la sala de espera.

—¿Ana? —asombrado camina a ella. ¡Ahora la recuerdo! Es la camarera del hotel de Colonia! Pero...¿Qué hace ella acá,... con mi chico?

«¿Mi chico?»

¡Controlate Sofía, por Dios!

—¿Podemos hablar un minuto? —susurra la mujer tímidamente.

—Sí claro. Adelante, ponte cómoda... enseguida estoy contigo — indica a la delgada mujer.

Manuel camina hasta mí, y cubriendo las curiosas miradas con su espalda... susurra.

—Sofí, ¿me aguardás un minuto?, prometo no tardarme —. Me da un rápido besito y luego entra a su despacho.

Tomo asiento frente al muchacho que estaba junto a la tal Ana. No puedo evitar prestar atención al tatuaje que cubre su antebrazo, es un diseño maorí muy trabajado... pienso ¡cuánto debe haber dolido hacérselo!. Serena prácticamente babea por él, camina de un lado al otro meneando su trasero, intentando captar la atención del joven. Finalmente camina hasta él, se reclina sobre el sofá y pregunta

—¿Querés un café?

El muchacho sonríe tímidamente, es muy lindo ver a estos dos sonrojarse mutuamente... Mierda... ¡Que me estoy poniendo vieja!

—Te acepto un café, ¿si me decís tu nombre? —suelta el pequeño don Juan.

Es un muchacho de no más de veinte años de edad, cabello castaño, ojos claros y físico atlético. No estoy segura si será amigo o familiar de “Anita”, dudo sea su pareja... pero bien podría serlo, hoy por hoy la diferencia de edad es moneda corriente en nuestra sociedad.

—Serena, me llamo Serena.

—Pero de Serena tiene ¡absolutamente nada! —comento como si fuese una tía metiche. Y Sere sonríe con picardía.

De pronto un grito corta mis pensamientos. El joven y yo saltamos de nuestros asientos. Se escucha la voz de Manuel traspasar la puerta.

—¿Y ahora me lo vienes a decir? ¡Dieciocho años después! ¡Tenés que estar loca Ana! ¡Loca!—la puerta se abre de golpe.

Manuel camina en nuestra dirección y se detiene justo frente al muchacho. Verlos uno frente al otro, provoca un escalofrío que recorre toda mi columna.

Pues ellos dos...«se parecen físicamente»

¡Y mucho!

—Juan, él es Manuel Cortés... tu padre —. Comenta la mujer al muchacho.

¿Qué?...pero, ¿cómo sucedió esto? «¿Hijo?»

—Perdón por venir sin previo aviso, —comenta el muchacho. — Pero toda mi vida deseé conocerte. Mamá nunca lo permitió. Pero me dio su palabra,... que al cumplir los 18 años y si aún tenía interés en saber quién eras... ella me traería a la ciudad para verte.

Manuel comienza aflojar el nudo de su corbata y toma una respiración profunda.

—¿Soy padre? —comenta mientras mira a Ana con pesar.

—Solo si tú quieres serlo,... Juan no viene a pedirte nada. Es un buen muchacho, honesto y estudioso. Lo único que quería era conocerte.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no me lo dijiste antes?, me perdí su infancia... sus fiestas escolares, colocar el diente de leche debajo de la almohada, para luego dejarle monedas... ¡me perdí absolutamente todo!
—. Lanza furioso en medio de gritos.

—Fue mi padre Manuel. Yo al igual que tú, no quería abortar, pero papá no me dejó alternativas. Mi viejo me llevó por la fuerza a la clínica para detener el embarazo, pero unos minutos antes de la intervención, mi abuelo llegó y le dio una trompada a mí viejo, jamás permitiría que su nieta sufriera ese trauma... ¿sabes?... yo ya amaba a la criatura. De esa forma aceptaron que él bebe viviera, pero no querían saber nada del joven muchacho que me embarazó a los 17 años.

Las lágrimas comienzan a caer por las mejillas de mi chico. No puedo creer que mi vikingo musculoso se resquebraje de esa forma. El dolor del pasado, se refleja en su mirada. Se encuentra desarmado por completo. Verlo frente a su hijo, es un espejo de lo que debió haber sido el “Manuel joven”. No lo puedo evitar y también comienzo a llorar de emoción.

—Así que ¿Juan? —comenta Manuel, con ambas manos en sus bolsillos, mirando a su hijo a los ojos.

—Juan Ignacio López señor .

El silencio que rodea el emotivo encuentro es intenso. Prácticamente ni respiro expectante por lo que está por suceder.

Manuel da un paso, acercándose más, coloca protectoramente las manos sobre los hombros del muchacho.

—¡Señor no! Soy tu padre,... me haría muy feliz qué me llamas papá... ¡o viejo si preferís!. También me gustaría que tu nombre algún día pudiera ser Juan Ignacio Cortés López... eso claro, si tú estás de acuerdo.

—Gracias señor —. Responde el muchacho.

—Decime papá. ¿Te puedo dar un abrazo?

—¡Si claro! Hace dieciocho años que lo espero.

Manuel envuelve a su hijo en un apretado y tierno abrazo. Ana llora y se cubre la cara con ambas manos. La culpa la supera. Y yo no

puedo con mí genio, camino hasta donde se encuentra la emocionada madre y la abrazo.

Pasan un par de horas, y sigo sin entender lo que acaba de suceder.

Almorcé con el muchacho y debo reconocer que el parecido es... ¡impresionante! Ambos somos amantes de la pasta, su brazo ya presenta unos cuantos tatuajes, tiene el mismo tic que yo... de pasar repetidamente su mano por sobre el cabello. Juan ingresará a facultad de arquitectura el próximo semestre y es ayudante voluntario de un Techo para mi país.

Esta noche celebraremos una cena en casa, para que mi padre... “su abuelo” y la bisabuela lo conozcan. Será sorpresa. Ana ya volvió a Colonia por temas laborales, dejándome encargado al muchacho en casa. Prometió volver el viernes, por supuesto que las puertas de casa quedaron abiertas para ella. Solo espero que a Sofía no le moleste su presencia.

Luego del almuerzo, dejé a Juan en mi departamento para que se instale y descanse. Apenas entramos, quedó sorprendido el departamento y la recámara de invitados con baño en suite lo maravillaron...

—Woow, ¡un baño para mí solo! Si me vieran los muchachos...— exclamó.

—Bueno, si querés... un día los invitas a pasar un fin de semana con nosotros.

—¿De veras? Porque no quiero abusar papá.

El estómago se me contrajo al escuchar finalmente esa palabra... “papá”, sin mediar palabras, camino hasta él y lo abrazo. Esto es un cumulo de emociones, emociones lindas... pero emociones al fin.

Más tarde volví a la oficina a concluir una “tarea”...: «Llamada Sofía Castellanos»

Tomo mi teléfono y marco su número.

—Recursos humanos.

—Buenas tardes, llamo por el aviso —sonrío.

Sofía es un bálsamo para toda esta locura. Adoro su sentido del humor y la practicidad con la que se maneja en la vida.

—Entiendo...—continúa con el juego. —¿Tiene experiencia en el cargo?

—Oh sí, ¡claro! Mi especialidad es la parte oral.

«Silencio» Aunque puedo intuir que se encuentra con una sonrisa de oreja a oreja, debido a la “reunión” que tuvimos el día de ayer en el horario del almuerzo. En esa reunión deje en claro,... que mi especialidad sobre toda las cosas... es el “trabajo oral”

—Bien,... entiendo. Y admito que la parte oral es muy importante en este puesto de trabajo. Pero es de suma importancia el desempeño físico también, tener una gran resistencia a la presión y a los cambios repentinos de actividades.

—Comprendo perfectamente... ¿cuál sería la tarea?

—Ser mi asistente personal, satisfacer mis necesidades y decirme **sí** a todo.

—¿Sí? —respondo de pie, justo en la puerta de su oficina.

Sofí sonrío y se pone de pie para abrazarme.

—¿Nos vamos preciosa? —. Susurro en su oído y ella se estremece.

Apoyo mis manos en su trasero y la levanto, al tiempo que estrujo ese culo tan maleable que tiene, le dejo unos besos en el cuello. «Amo su olor»

—Sí, por favor. Estoy muy cansada... ¡mi jefe es un acosador!

—¿De veras?, quizás tengamos que denunciarlo —respondo justo en su oído, sin detener mis besos.

—Jamás lo denunciaría... porque también es muy buen amante. ¡El mejor! Pero shhhh, no le digamos nada, para que no se lo crea mucho. «Reímos»

Salimos de la empresa caminando uno al lado del otro. Intentamos que nadie se dé cuenta de lo nuestro, aunque sospecho que ya todos en la empresa lo saben. Es tarde-noche cuando abandonamos el edificio de *Betner & Asociados*, vamos camino al auto de Manuel. Tenemos pensado hacer una parada en mi departamento de “soltera” antes de la cena de presentación... «el que de soltera tiene poco y nada»... ¡nada! en realidad, ya que desde el día en que me mude, Manuel durmió conmigo cinco de siete días de la semana. Todas las tardes surge una excusa nueva para que pernocte en casa... y yo ¡adoro que pernocte en casa! Y ambos sabemos que la “situación” ya se nos fue de las manos hace tiempo.

A media cuadra de la empresa una figura hace que me frene. Manuel da unos pasos más sin darse cuenta que yo me detuve.

—¡Mi amor! ¡Pensé que no saldrías más! Llevo una hora esperándote, Diana me dijo que saldrías a las seis —camina a mi encuentro y me abraza levantando mis pies del suelo. —Te extraña mi desqui hermosa —dicho esto, deposita sus labios en los míos.

—Jean Pierre... ¿Cuándo..., pero cuándo?

—¡Volví amor!... ¡sorpresa! —. Pronuncia sensualmente contra mis labios, y yo no me animo a mirar a Manuel.

Sinceramente no puedo con esto... quiero llorar ¡esfumarme!

Jean Pierre nota la presencia del hombre que aguarda a unos metros de distancia, lo observa y luego a mí...

—¿Son compañeros?

«Recalculando» informa mi GPS interior.

—Sí. El señor es Manuel Cortés mi... eh, mi...

—Soy su jefe —. Responde Manuel, dando un paso en nuestra dirección... y estrechando las manos con mi novio.

Intento no mirar a Manuel a los ojos. No puedo enfrentar el dolor que esto le causa. «¡Cobarde!» grita mi corazón.

—Manuel, fue un placer conocerlo,... pero si no le importa le robo a la psicóloga, hace cuatro meses que no nos vemos y tengo planes

para ella. Suelta el imbécil de mi novio. ¡No puedo creer lo que acaba de decir!

Jean Pierre da un guiño, toma mi mano y con esa seguridad que siempre lo caracterizó me arrastra camino opuesto a donde me dirigía yo.

Capítulo 7

Blanco o negro... jamás gris.

Subo a mi coche, con la peor sensación que jamás sentí en toda mi vida. Una molesta presión en el pecho dificulta mi respiración. El cuero del volante cruje bajo mis manos, los celos y el despecho de que ella... ¡mi Sofí!, eligiera irse con ese banana... es grande... ¡enorme!

Conduzco sin rumbo por la ciudad. Observo la vida que transcurre a través de las ventanas de los edificios. Televisores prendidos y familias tomando la merienda, en otros alguna pareja entrando sus coches al garaje,... en fin... todo lo que yo quiero tener desde que conocí a esta mujer. «Una vida de a dos» ¿es mucho pedir?

Intento calmar mi malestar y voy a casa donde me espera mi recientemente descubierto hijo. Esto tendrá que ayudar, tomo el móvil y disco a casa... la voz del muchacho responde tímidamente.

—Hola Juan, ¿Qué tal tu día? ¿Te aburrirte mucho? —escucho una pequeña risa del otro lado.

—No, ¡que me voy aburrir!, si esta casa tiene más tecnología de la que yo vi en toda la vida, ¡su televisión parece un cine! la cama es como las que hay en el hotel donde trabaja mi vieja,... pero tener el mar frente a la ventana es... es ¡woooow!, quita el aliento.

«Silencio»

El muchacho tiene buenos genes, la sensibilidad y humildad de la madre, sumado a mi carácter... hacen un buen paquete.

—Estoy llegando, tendremos que ir de compras. ¿Te molestaría acompañarme?

—¡No Manuel! Está loco, me encantaría acompañarlo.

—Me parece a mí... o me estás hablando de “usted” como si fuera un desconocido y encima ¡agregándome años que no tengo!

«Reímos»

—Bueno bajá, te espero en la puerta del edificio, camioneta Range Rover color negro.

Ver la cara de Juan cuando subió al coche, fue sin dudas un momento Kodak.

—¡Pero sos rico! Mi madre nunca me dijo nada de vos... solo que fuiste el amor de su vida y que eras dos años menor que ella... ¡pero este auto es genial!

—Bueno,... creo que si te mudas a la capital, para estudiar, vas a necesitar un auto, y con éste podemos aprender ¿te parece?

—¿De veras?

—¡Obvio! Y luego compraremos uno, teniendo en cuenta los regalos de Reyes atrasados que te debo —realizo una mueca de culpa.

«Reímos»

Me gusta el chico, no es interesado para nada, me agrada su sencillez y creo haremos un buen equipo. Incluso por un momento,... tan solo por un momento, olvido que Sofía se encuentra con otro tipo, ¡vaya a saber Dios haciendo que!

Luego de unos minutos de silencio en el viaje, decido contar algo de la historia, según mi visión...

— Yo tenía quince años cuando ella quedó embarazada, tú abuelo me prohibió verla —. Juan me observa en silencio. Continúo... —Nos despedimos una tarde en el frente de su casa, en contra de nuestra voluntad... ¿sabes? yo amaba a tu madre, desde los doce años fue mi amor de verano. Soñaba con que algún día, seríamos grandes, yo tendría un trabajo y nos casaríamos... Claro que las cosas, no siempre salen como uno las piensa. Cuando cumplí quince años tu madre quedó embarazada de ti, yo me sentía un hombre, muy capaz de llevar la paternidad... pensaba hablar con mi padre, conseguir un trabajo y que viviéramos los tres juntos. Fui a darle el rostro a la situación, ¡y tu abuelo casi me mata!

«Sonrío con pesar»

—Mi abuelo es un hijo de puta —. Me asombra su comentario, guardo silencio intentando cuente más... —el viejo golpeó a mi abuela toda la vida, cuando yo tenía dos años de edad mi abuela murió de cáncer de mama y en ese momento, mi madre se fue de casa. Creo que en el fondo le tenía miedo. No puedo asegurar si ella también sufrió abuso

alguno,... pero no lo dudo. El viejo tomaba vino y después se ponía violento. Mamá consiguió trabajo con cama en una casa de familia, yo vivía con ella y mientras trabajaba me criaba al mismo tiempo. Unos años más tarde, logró entrar de camarera en el hotel donde te vio hace un tiempo.

—Ojala pudiera volver el tiempo atrás y eliminar todo ese dolor.

—No es necesario papá. Hay veces en que las cosas simplemente tienen que suceder...—me sorprende la madurez de mí hijo.

Giro mi rostro para mirarlo a los ojos... no puedo evitar sentir orgullo de él. La sensación de felicidad en este instante es enorme, pienso que nunca más voy a estar solo... siempre tuve familia, padre, abuela y tíos, pero con Juan literalmente nace una nueva perspectiva.

—¿De dónde saliste enano?

El joven me observa sonriente. Y continuamos nuestro viaje en silencio, con el sonido de U2 de fondo. Hacemos buen equipo, tan solo me molesta... me duele, no haber podido conocerlo hace dieciocho años. Tanto tiempo perdido y momentos que no volverán. ¡Concentrate en el presente Manuel! «Me obligo», como dijo el muchacho... *“hay veces en que las cosas simplemente tienen que suceder”*, sabias palabras las de mi peque.

Una vez en el shopping.

—¡Listo! —Comento mientras salimos del supermercado — tenemos mariscos, pollo, cerdo, arroz bomba y el postre, tan solo falta comprar el vino.

Automáticamente mi cabeza asocia la palabra vino con Sofía, intento cambiar el rumbo de mis pensamientos por todos los medios ¡no debo pensar en ella!, no tengo que imaginar lo que estará haciendo en este momento, junto a su novio el puto rugbista, al que no ve desde hace cuatro meses.

« ¡Mierda!»

El sonido de mi celular capta mi atención. Miro la pantalla y veo que quien llama es Sofía. Mando la llamada al buzón... aún continúo molesto. Entiendo que las cosas no cambian de un día para el otro, pero

sentir la bilis en mi boca al verla marcharse con el francesito, es de lo más desagradable que pude sentir.

Una vez en casa, enciendo música... un poco de jazz instrumental para relajar el cuerpo, dejamos las compras en la encimera de la cocina y me dispongo a tomar un baño.

—¿Jazz?... —presta atención Juan —¡me gusta! —.

Veo que la semilla definitivamente no cayó lejos del árbol. Uno de mis amores de toda la vida... ¡el jazz!

—Amo el jazz,... también disfruto tocar el saxofón, aunque no muchos saben de mis gustos ocultos —río al sincerarme... y es que no muchos conocen esa faceta.

Son las ocho de la noche. En cualquier momento llegarán mi padre y abuela, también las brujas de sus amigas y mi tía Laura.

Sirvo una copa de vino blanco y su aroma indiscutiblemente me hace viajar a la habitación del Sheraton, donde por primera vez Sofía fue mía. ¿La extraño? ¡Claro que sí! Me gustaría poder compartir con ella este momento. Me molesta, me enfurece, me mata a más no poder pensar en ella con el pelotudo de su novio. ¡Porque tiene cara de pelotudo!, pelo tirando al naranja, cara rojiza y espalda ancha. Típico nene de mamá y papá... ¡pelotudo con cabeza de ketchup!. ¡Basta Manuel! ¿Pero qué te pasa? ¡Cada dos pensamientos, volvés a lo mismo! Sofía no te pertenece, Sofía tiene novio y tú o sea yo,... ¡en el fondo lo sabías!

Juan se retira a su habitación para ducharse y cambiarse de ropa. Hoy en nuestra tarde de compras, logré convencerlo de que me permita comprarle algún regalo. Testarudo como su madre se negaba rotundamente, hasta que al fin logré que aceptara entrar en Polo. Elegimos tres buzos estilo rugby, un par de camisas y jeans. Juan estaba apenado por la cifra que cargué en mi tarjeta Master Platinum.

—¡Pero es mucha plata!, creo que en toda mi vida no debo de haber gastado tanta guita.

—Después te mando la cuenta.

El chico abrió grandes sus ojos diciendo, como diciendo: “no tengo ese dinero” y yo sonrío,... paso mi brazo por sus hombros

—¿Sabes que te falta?

Me observa expectante

—¿Qué?

—¡Perfume nene, un verdadero hombre... macho pecho peludo, tiene una fragancia característica para cautivar a las chicas! ¿Te parece Hugo Boss?

—¿Quién es ese Hugo?

—Vení. Vamos a comprar a Huguito, ¡que ese nunca falla!

Sonrío ante el recuerdo. Es sano, un muchacho sin maldad y para nada materialista. No puedo evitar sentirme en falta con él... temo que en algún momento pudieran haber pasado necesidades, mientras que yo derrochaba mi dinero en mujeres, viajes y lujos. Un niño de dos años, se criaba en una casa de familia, mientras su madre limpiaba «triste pero real»

El timbre me trae nuevamente al presente. Doy un último trago a mi copa de vino y respiro hondo intentando eliminar todo rastro de pensamientos negativos. Abro la puerta y me sorprende encontrar a Federico y Victoria tras él... sé perfectamente de qué viene la mano.

—¡Vengo a conocer a mi sobrino! —comenta Fede dando unas palmas al aire y metiéndose puertas adentro.

Victoria entra tras él poniendo en blanco sus ojos, me abraza y felicita.

—Felicidades Manuel, ¡es increíble lo del nene! Digno de poner en una novela..., el día que finalmente escriba una, ésta será la historia.

¡Victoria es extraordinaria!, un bálsamo de paz y cordura, para el lunático de mi amigo. Pese al atípico comienzo de su relación, hoy se encuentran mejor que nunca... en plenos preparativos para su boda y luna de miel en el Caribe.

—¿Dónde está? —pregunta mi amigo con nerviosismo...

¡No lo puedo creer! se lo ve emocionado.

Recuerda perfectamente a mi amor de verano «Anita», y no le entra

en la cabeza, el hecho de mantener oculto por tanto tiempo la existencia de un retoño.

—Está en su dormitorio duchándose para la cena. En un rato vienen mi viejo y la abuela.

—¿No me pensabas invitar? Que mal amigo resultaste... soy el último en enterarme de la existencia de tu hijo, y ahora ¡vas a preparar paella y yo no estaba invitado!

Fede me mira con fingido dolor, mientras que en la cocina inspecciona mis compras y se sirve una copa de vino.

—Lo lamento por vos, pero me quedo —anuncia —además quiero que Azucena y Leopoldo conozcan a Victoria, por supuesto que se encuentran invitados a nuestra boda.

Mira a Victoria con cara de boludo y ella le responde con un guiño. Jamás pensé ver al duro de mi amigo embelesado de esa forma por una mujer. Temo por mí, Sofía me brota de igual forma. Si ya ni ganas de salir tengo,... o de coger con otras mujeres. «Pero no puedo ser tan blandito»... ¿verdad?

Nuevamente suena el timbre.

—¿Quieren que abra yo? —ofrece Vic.

—Por favor —. Respondemos al unísono con Fede y reímos al repetir las palabras.

En ese momento vemos entrar a mi vecinita, la chica sueca de intercambio... ¡madre de Dios! Fede se ahoga con el vino y claramente veo a Victoria golpear su espalda, con un poco más de fuerza de la necesaria. Ingrid camina a mi encuentro y besa mis labios.

—¡Mi amog, ¡me entege de lo del nene! Su castellano es pésimo,... ¡pero en la cama está para un diez sobresaliente y promovida con honores!... De todas formas para una buena mamada, no se necesita mucha charla.

—Ingrid... ¿a qué se debe tu visita?, como verás... en este momento me encuentro con amigos y está por llegar mi familia.

Ella sonrío traviesa. Su apretado pantalón, junto al pequeño y ajustado buzo, deja asomar las finas tiritas de su diminuta tanga. No hay

mucho para la imaginación, los pezones erectos delatan la ausencia de sostén, y por mis requisas sé que tiene depilada su zona íntima a cero, y un pequeño pircing decora el lugar.

Juan entra en la cocina, y se le cae la mandíbula al ver a Ingrid de espaldas. Esencialmente no es la espalda de la chica lo que capta su atención... sino un poco más abajo.

—Juan, él es el tío Fede... mi mejor amigo desde niños y mi.... ¿Juan?... ¿Juan me oís?

Reitero... «La semilla no cayó lejos del árbol» El pequeñín, ya es un mujeriego como el padre.

Es pasada media noche cuando despierto.

Jean Pierre duerme profundamente con su mano en mi cabello. Intento levantar mi cabeza de su pecho sin llamar la atención. Camino en puntas de pie a la sala, tomo mi celular y me encierro en el baño. Con mi bata cubro mi desnudez. El dolor de cabeza es fuerte, la angustia es demoledora y la culpa, bueno... ella es la peor parte. Porque sé que el dolor se irá... pero la culpa permanece agarrada en el pecho por siglos. Checo la última vez que Manuel entró a WhatsApp y veo que eso fue hace veinte minutos. Junto aire y llamo. Necesito hablar, saber qué tal marcha todo con su hijo, ver cómo se encuentra.

Nuevamente me manda al buzón de mensajes y nuevamente dejo un mensaje:

**Eh, hola Manuel soy Sofí... mierda, esto es difícil. No pretendo molestar, pero quería saber qué tal marcha todo con Juan Ignacio... llámame si necesitas algo... Te extraño.*

¡Mierda! Quiero golpearme por estúpida, castigarme por lastimar al hombre que amo. Apoyo los codos sobre mis rodillas y con ambas manos tapo mi cara. Los espasmos causados por el llanto me ahogan, el vacío es árido, triste, desgarrador... nefasto.

Su dolor es mi dolor y en este juego, la perdedora soy yo... pierdo mi libertad, pierdo mi amor, pierdo mi dignidad... si yo no me respeto,

jamás nadie lo hará. Debo aprender a decir ¡no! Lástima que me di cuenta tarde de ese detalle... porque ya he dicho sí.

«Continúa sin atenderme». No puedo pensar con claridad,... menos cuando mi novio duerme a pocos metros, ajeno a todo lo que sucede en su entorno.

Golpean y abren a la vez. Jean Pierre entra al baño turbado por mi ausencia, me encuentra sentada en el inodoro llorando. Se inclina con preocupación, descansando sus manos en mis piernas. Nuevamente sujeto la bata para que no se abra. Me siento avergonzada y sucia... una rata traicionera.

—Mi amor... eey Sofí... —intenta captar mi atención, chascando sus dedos frente a mi rostro. Me besa en la frente, mientras acaricia mi cabello. Me arrulla. —¿Qué sucede cielo? ¿Estás nerviosa por la boda?

No respondo. Me toma en brazos y lleva a la cama nuevamente.

Me sienta en su regazo. Besa mi cuello y susurra en mi oído...

—Yo sé vida, que este tema te genera ansiedad... pero te juro que valgo la pena. Eleva sus cejas con picardía y logra robarme una pequeña sonrisa.

—¡Ves! Ya te estás riendo,... y yo me estoy calentando de tenerte arriba usando solamente esa fina bata. Mantiene una mano en mi espalda, mientras que con la otra desata el lazo que sujeta la fina prenda. Mi vientre y mi sexo desnudo asoman ante sus ojos. Cae sobre mí. Soy aprisionada entre el colchón y la masa de músculos que representa mi novio.

—¡No! ¡No, por favor! No me siento bien, tengo el estómago revuelto.

Me pongo de pie y salgo disparada al baño nuevamente. Esta vez para escapar, para aislarme, esconderme del mundo y lamer mis heridas en soledad.

Capítulo 8

Una historia de amor.

Esa semana no fue de las mejores para Manuel. El lunes siguiente a la cena de presentación en su casa, llevó a Juan Ignacio a la terminal de ómnibus ya que debía volver a Colonia con su madre. Un llamado alertó al muchacho, que su madre no estaba bien de salud y debía ir con ella.

—¿Trajiste todo? —consultó.

¡Ya estaba actuando como un padre!

No se enteró cuándo fue el momento, en que el chip “padre” se activó. Simplemente un instinto protector nació en él, similar al que lo inundaba cuando se encontraba junto a Sofía... pero era mejor no pensar en ella. No había atendido sus llamadas en todo el fin de semana, ni respondido sus mensajes y mails. No quería pensar con qué se encontraría el lunes, pero no podía con todo. De esa forma se enfocó en disfrutar de su hijo, sumado a la alegría de su padre y de la abuela, logró aligerar el sabor a bilis que llegaba a su boca, cuando pensaba en ella junto al bobina del novio.

Leopoldo y Azucena estaban fascinados con la noticia...

—¡Hijo de tigre! —clamaba Leopoldo con una mano apoyada en el hombro del nieto y la otra apoyada en el de su hijo.

—¡Hacé silencio viejo!... ¡que vas a asustar al peque!

«Los tres rieron».

Verlos juntos... ¡era una maravilla! Tres generaciones unidas,... no solo compartían rasgos físicos los que hacían indudable los genes del muchacho, los tres de cabello castaño claro, los tres de ojos verdes, la hendidura en el mentón tan característica en Leopoldo y Manuel, también había sido heredada por el joven, y sin lugar a dudas lo más llamativo eran los tatuajes.

Leopoldo presentaba un gran dragón chino en su espalda... recuerdo de uno de sus viajes, cuando era un joven bohemio. También llevaba consigo en su piel, el nombre de su esposa... el amor de su vida y la madre de ese único hijo que logro regalarle antes de morir... *Celeste* se

encontraba marcada a fuego en su piel... justo sobre su corazón.

Manuel también tenía uno de sus tantos tatuajes sobre el corazón...

—*Una cruz sobre el corazón. Y sobre ella, quiero que graben esto...*— indicó, mientras entregaba un trozo de papel con números romanos al artista.

Un día de los más dolorosos de toda su vida... tras una noche de borrachera, Manuel logro calmar a sus demonios, grabándose en el pecho una cruz junto a la fecha en que se despidió de Anita y de su hijo nonato para siempre... El dolor y la impotencia pudieron con él. Se fracturo la mano cuando de un puñetazo, rompió el vidrio del auto de su abuela... y bajo la tutela de Federico, decidió “hacerse hombre” esa noche. Fueron al centro de Colonia, a un conocido putero de mala muerte, se sentaron en la barra y pidieron whisky del más barato y sin hielo... “a lo macho” pronunciaba Manuel arrastrando las palabras. Dos prostitutas se arrimaron a los jóvenes muchachos, tras unos bailes lentos y algunas manos indiscretas, se fueron a una pieza.

Manuel movió la cabeza, intentando borrar esos pensamientos.

Hoy las penas del pasado eran borrosas y dolían menos. Todo tenía otra perspectiva. Tan solo una cosa estaba faltando... recuperar a Sofía.

Una vez que Juan Ignacio tomó su bus en la terminal de Tres Cruces, Manuel marchó a la oficina. Su humor no era de los mejores, esa mañana, se encontraba melancólico y algo taciturno. Prácticamente no había visto a Sofía y eso lo inquietaba. Quería saber cómo se encontraba, necesitaba descubrir qué planes tenía para el futuro de ambos... porque bien sabía, que su futuro se encontraba en manos de esa mujer...

«Colgando en tus manos» pensó... tan solo le faltaba coraje.

¡Sí señores! Manuel Cortés tenía miedo,... miedo de luchar contra un desconocido por la mujer que sentía suya, miedo de ser rechazado y quedar con el corazón roto. Pero esto no lo amilanaba. Solamente lo mantenía expectante, atento al siguiente movimiento en el tablero.

Tenía que inventar algo... una reunión, un problema, una excusa ¡algo! Pero hoy no sería el día en que la enfrentaría, antes debía enfriar la cabeza, la entrepierna y el corazón. Para recién ahí, en ese momento... dar la estocada final.

Lo malo es que hay veces en que el destino te hace una jugarreta,... y eso que creías “seguro” se va a la mierda.

María Victoria y Sofía compartían un café en la pequeña cocinita comedor que había en su piso. Mientras la mañana arrancaba, las amigas se tomaron unos minutos, ajenas al bullicio laboral, para hablar de los recientes sucesos.

—Se vino del todo Vic. ¡Te juro... que no sé qué hacer! — Sofía mantenía la taza de café apoyada en la frente, su pose simulaba la de una plegaria —como te comenté por teléfono, se apareció el viernes sin previo aviso... ¡y yo iba saliendo con Manuel! ¡Aún no sé cómo haré para verlo a la cara nuevamente!

—Estás enamorada.

—¿Que si estoy enamorada?... ¡no lo sé! —Sofía intentaba guardar su aplomo y buen talante, pero la vida se le estaba yendo en picada. Todos los caminos la llevaban a una boda no deseada, con un hombre al que quería... pero ya no amaba.

—No fue una pregunta. ¡Fue una aseveración Sofía! Tu-estás-enamorada de Manuel Cortés y no tendrías que casarte con Jean Pierre por miedo al qué dirán.

Mientras tanto... Jean Pierre prestaba atención fuera de la cocinita, a la charla que mantenían su futura esposa y la amiga. Dio marcha atrás hasta la oficina de la chica. Entregó el ramo de rosas que tenía preparado para sorprender a su prometida, a Millie, una de las mujeres que trabajaba con ella.

—¿No encontraste a Sofí? Pensé que se encontraba en la cocina.

—No te preocupes Millie —, respondió el hombre —no estaba ahí, luego la llamo —. Le guiñó un ojo antes de salir, y la joven se sonrojó.

Manuel se encontraba en su oficina, con una planilla de presupuestos en las manos y la mente en otro sitio; cuando un hombre alto, de espalda ancha y cabello rojizo irrumpió en el lugar sin aprobación.

—Permiso, ¿se puede? —. Preguntó con soberbia y una sonrisa en el rostro.

Serena de pie detrás del hombre, pedía que se marchara, que de ninguna manera podía entrar sin autorización. Manuel se puso de pie rápidamente y elevando una mano, indicó sin palabras a su asistente, que no se preocupara. Serena caminó sobre sus talones, dejando solos a los hombres.

—Buenos días caballero, ¿en qué lo puedo ayudar?

Manuel se encontraba calmado, intentaba no demostrar ningún sentimiento, frente al hombre que le arrebató a Sofía de sus manos.

—¿Hace cuánto que te acostas con mi novia? —soltó sin más, el grandote pelirrojo, al tiempo que tomaba asiento en el sillón frente a Manuel. Únicamente el escritorio separaba a los dos hombres en su cruce de miradas letales.

—No entiendo a qué se refiere —. Manuel nuevamente tomó asiento y se recostó en el sillón. Con una mano jugueteaba con su pluma Montblanc de oro y con la otra rascaba su mentón.

—Vamos Manuel... —soltó con descaro —no es tan difícil de entender. Te pregunté,... ¿cuánto hace que Sofía, me mete los cuernos con vos hijo de puta?

La furia del empresario era palpable, de todas formas tenía que ser fuerte y desmentir cualquier conjetura, evitando dejar en evidencia a la mujer dueña de su corazón.

De esa forma, se puso de pie nuevamente. Prendió los tres botones de su saco, paso su mano por sobre su cabello... y soltó.

—Mirá banana, antes que nada... ¡cuidá la forma en la que te referís a mí! Porque te aseguro imbécil, que no te va a gustar verme

enojado. Segundo, no es de caballero poner en juego la reputación de tu novia,... creo yo.

—De la *reputación* de mi novia me encargo yo —. A buen entendedor pocas palabras. Manuel entendió a la perfección el juego de palabras de aquel hombre, y su furia iba cuesta arriba. —Solamente te dejo un consejo... no comas en gallinero ajeno, porque te va a ir mal.

—¿Me estás amenazando?

—Sí —. Respondió sin más... y agregó. —¿No te había dicho que nos casaríamos verdad? ¡Te jodió, bien jodido!

Dejó escapar una risotada, la que retumbó en la oficina. Y el trueno finalmente estalló. Manuel pasó por sobre su escritorio, cayendo con el hombre debajo de él. Le dolía la verdad de sus palabras. Lo ofendía la omisión de Sofía de no contarle de su compromiso. Los hombres rodaron por el suelo y en un descuido, Jean Pierre golpeó de un puñetazo el mentón de Manuel, este sentado a horcajadas, respondió de igual forma, tomó la solapa de la camisa del novio de Sofía y le propinó tal golpe, que automáticamente el labio del pelirrojo comenzó a sangrar.

Manuel enardecido de ira, aferraba al grandulón debajo de su cuerpo,... cuando Sofía entró.

Corrió con Serena pisando sus talones, hasta donde se encontraban los hombres.

—¡Basta Manuel! ¡Dejalo por Dios! lo vas a matar —suplicaba, poniéndose en medio de la contienda.

Jean Pierre en un brusco movimiento, hizo desestabilizar a Sofía y ella cayó de bruces sobre la moqueta. Sorprendidos por la caída, los hombres detuvieron sus golpes. Pero solo uno de ellos se apresuró a brindarle ayuda. Mientras Manuel socorría a Sofía... Jean Pierre alisaba su vestimenta y palpaba su labio hinchado.

—¿Estás bien? Preguntó Manuel, a la mujer que se le escapaba de entre los dedos como si fuese arena.

Ella simuló una sonrisa

—Sí. Gracias —.

Manuel la observó a los ojos y no le gustó lo que vio. Notó

resignación. Vio abandono y conformismo. «Es mía» se dijo a sí mismo. ¡Es mía y luchare por ella!. Debo cuidarla de Jean Pierre, el franchute no me inspira confianza.

Sofía giró para ver el labio de su novio, deslizó su pulgar por el corte e instó.

—Vamos.

El puñal, termino de hundirse en el pecho de Manuel, cuando la chica desapareció tras la puerta con el bobo.

Esperó... No mucho, pero esperó... y cuando se aseguró que su víctima se encontraba sola, fue por ella.

La encontró sentada en su escritorio. La nariz hinchada y rojiza revelaba que había llorado. Sofía levanto la vista de la carpeta que tenía en mano y sus ojos color café se clavaron en los verdes del vikingo. Fue una guerra de miradas, ninguno de los dos dijo nada cuando Manuel entró, cerró y trancó la puerta, tampoco dijeron nada cuando él rodeó la mesa que los separaba y ninguno dijo nada, cuando estaba claro como el agua que no podrían controlar sus impulsos. Frente a ella, se encontraba el hombre que le despojó el sueño y los sueños por completo.

En un apasionado arrebato de locura, Manuel levanto a Sofía de su silla giratoria, la sentó sobre el escritorio y se situó entre medio de sus piernas. Varios papeles salieron volando, también la taza de té y su lámpara.

—¡No me podes hacer esto! —fue la súplica que dejo salir Manuel, rozando prácticamente con su aliento los labios de Sofía —¡No ahora!, no cuando ya te sentía mía, cuando tu piel era mi piel. Cuando haces despertar al príncipe y al ogro que duermen en mí. ¡No te vayas por favor!

«No me dejes».

Sofía rodeó el cuello del hombre con sus brazos y descansó la cara en su pecho... el aroma de su piel y el sonido de su corazón la calmaban. Sofía se sentía apagada, como si algún hechizo le hubiera arrebatado la alegría de vivir y se encontrara sumergida en medio de una neblina.

—No puedo —. Fue lo único que respondió ante las suplicas. —Ya tengo fecha para la boda... tengo mi vestido, tan solo faltaba que Jean

Pierre volviera.

Manuel se alejó con furia. No podía creer el estúpido argumento que le daba, para casarse con otro tipo. Caminó hasta situarse frente a la ventana... mantenía una mano en el bolsillo de su pantalón de vestir, mientras que con la otra desordenaba su cabello reiteradamente. Estaba roto. La estocada, finalmente se la dio Sofía. Ya no había vuelta atrás. Sin volver a mirarla, respondió:

—Es tu decisión y no interferiré en ella. Creo que estas cometiendo un grave error —su tono de voz iba en aumento. —¿Eso es lo que quieres? —la morena de ojos apagados no respondió. Manuel entendió perfectamente el mensaje. Giro y se disponía a salir de la oficina, cuando un susurro lo detuvo.

—¿Podemos quedar como amigos?

Manuel no podía creer lo que acababa de escuchar... luego de todo lo vivido, momentos de intimidad... de pasión y ternura, de... de, ¿amor? ¡Sí! ¡Claro que sí! Y Sofía pretendía ser ¿amigos?... ¡amigos!

«Descarada»

Se encontraba con la mano en el picaporte, cuando decidió volver hasta donde se encontraba la temblorosa dama. Frenó justo frente a ella.

Con delicadeza, deslizó un mechón de rebelde cabello, por detrás de la oreja de la chica. Su dedo índice delineó el mentón de Sofía,

—Eres hermosa —acotó,

y lentamente comenzó a bajar por su clavícula... Sofía se encontraba cautivada... en trance, prácticamente dejó de respirar, expectante al siguiente movimiento. La tortura continuaba, con las yemas de los dedos índices y medio, rozó el esternón, para detenerse justo en medio de sus pechos. Sofía respiró hondo, entreabriendo poco a poco sus carnosos labios. Manuel en un simple movimiento, desprendió el primer botón de la blusa de la joven y dio un paso, acortando la escasa distancia que los separaba. Ella cerró los ojos y se preparó para el contacto... sus labios añoraban ser besados, su cuerpo extrañaba sus caricias... y su corazón latía fuerte, reconociendo a ese hombre a kilómetros. Podía sentir la respiración de Manuel contra su rostro... la mezcla de aromas la embriagaba por completo, entonces se dejó ir... cerró sus ojos, sin

importar el después.

Pasaban los segundos,... y Manuel seguía sin besarla. «¡qué mierda!» pensó Sofía.

Antes de abrir los ojos, escucho la voz del hombre susurrar en su oído.

—Como verás... ¡jamás! vamos a poder ser amigos. Tu cuerpo me pertenece, tu deseo te delata y tu corazón libra una dura batalla intentando hacerte creer que vas a ser feliz, cuando lo único que vas a lograr,... es perder años de vida, junto a ese banana que no te merece.

—Pero... pero... —tartamudeaba la chica.

—¡Pero nada! —grito Manuel con furia, atrapándola entre el escritorio y sus caderas. Su prominente erección delataba el apetito tan fuerte que sentía por ella. Y continuó —Podemos ser amantes..., o tal vez podamos ser novios... quizás quieras algo más y te convierta en mi esposa, no sería un problema para mí. Porque a diferencia de vos Sofí, yo tengo las ideas claras... y se perfectamente lo que quiero. ¡Pero ahora escúchame bien!, —el dedo índice de Manuel, se encontraba a centímetros de la nariz de Sofía, y sus palabras sonaron como lo que en realidad fueron... «Una amenaza» —podemos ser todo eso que te mencioné, ¡menos amigos!... amigos no. Yo no creo en la amistad entre el hombre y la mujer. Y justamente tú, no serás la gatita que me haga cambiar de parecer.

—¡Hijo de puta! —soltó Sofía, ahogando las lágrimas que se arremolinaban por salir.

—¿Hijo de puta?... mmm déjame pensar... —los labios de Manuel rozaron el lóbulo de Sofía, haciéndola estremecer —porque coger conmigo y no decirme que te estabas por casar ¿es de santita?

Rodeó su cintura con fuerza, mientras Sofía intentaba zafarse

—¡Eh! ¿Decime si tienes ovarios? ¿Qué era lo que pensabas, cuando te revolcabas conmigo en la cama?... ¿pensabas en tu novio... te hacías la cabeza con él o conmigo?

El cachetazo rechinó en la oficina, seguido de un gran silencio...

—¡Renuncio! —gritó fuera de sí y de un empujón logró

desembarazarse de los musculosos brazos del hombre. —¡No soporto seguir así! —una Sofía fuera de sí tomó su bolso, celular y abrigo.

Y dando grandes zancadas se dirigió a la puerta, abrió y antes de cruzar el umbral giró para acotar...

—¡Ojala nunca te hubiera conocido! —Y salió rápidamente, atravesando la recepción, donde se encontraban sus amigas Victoria y Analía. Sin frenarse dijo un “adiós chicas, luego las llamo”

Manuel salió tras ella haciendo retumbar los vidrios del lugar. Y antes que ella entrara al ascensor... agregó

—Está despedida Castellanos. No es necesario que renuncie, yo la despido. Así al menos con el subsidio que cobre, podrá comprarse algún “artilugio” para su noche de bodas... porque seguramente va a quedar insatisfecha... ¡Y sí que fue un gusto conocerme!... ¿o prefieres que te lo recuerde? —impasible, con sus manos en ambos bolsillos, Manuel intentaba hacer del momento lo más desagradable que le fuera posible, y de esa forma mitigar el dolor de la pérdida.

Desde dentro del elevador, las lágrimas comenzaban a deslizarse por las mejillas de la chica. Y con el dedo medio en alto, haciendo un gesto no tan femenino... se despidió de él.

—Señoritas, que tengan buen día —saludó Manuel, como todo un lord, mientras prendía los botones de su saco y abandonaba el cuarto piso.

—¡Que mierda hiciste Manuel! —Federico Betner, socio, amigo y hermano de la vida, se encontraba furioso con el panorama que tenía ante sus ojos.

Eran las siete de la tarde y su amigo daba pena. Borracho, con la corbata colgando y los tres primeros botones de su camisa desprendidos... era la imagen andante, de hombre-neandertal despechado.

—¡Hooy me voy de putash! ¡Y que se vaya todo a la mierda socio! —declaraba el vikingo de ojos claros, mientras arrastraba las palabras y movía las manos por el aire.

Federico no sabía si reír o darle una trompada.

—¿Jamás un hombre, puede quedar en ese estado por una mujer! —anunció.

Manuel comenzó a reírse a carcajadas. ¡Su amigo era un cara dura! Porque fue Manuel quién lo acompañó cuando su pelea con Victoria. El dolor de cabeza lo estaba matando, mantenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en una mano. En ese momento golpearon

—Pashe,... hip.

Leopoldo Cortés ingresó en la oficina de su hijo. Un rato antes, en su clásica llamada telefónica de todos los días, escucho algo raro en su voz. No solo notó su audible borrachera, también su instinto de padre le indicaba que algo andaba mal.

—Viejo... ¿Qué haces acá?

Leopoldo le regaló una sonrisa a su hijo, mientras se dirigía a saludar a Federico.

—¡Qué haces grandote! —saludó al hombre que conocía hacía más de treinta años.

Cada vez que lo veía lo llamaba “grandote” apodo que no cambió con el correr de los años. Adoraba al ya no tan muchacho. Su abuelo y él, habían forjado una gran relación. Leopoldo se mantenía muy bien para sus sesenta y tres años, deportista de toda la vida, poseía un cuerpo fibroso, mentón cuadrado y piel dorada... genes que la naturaleza, sabiamente supo heredar a su hijo y nieto.

—Acá ando Leopoldo, cuidando a tu “bebochi”. —ambos rieron y mientras se daban un abrazo.

—¿Viste el partido Boca-River? —Federico sonrió, conocía el fanatismo del hombre por el futbol argentino.

—¡Partidazo! —respondió.

Cortés padre caminó hasta donde se encontraba su hijo. Se paró detrás de la silla de Manuel y apoyo sus grandes manos, sobre los hombros de su hijo.

—¿Mal de amores? —preguntó.

—¡Cuándo no! —respondió Federico y los tres rieron.

—¡Vamos!, compré carne para prender un fuego y hacer un asado. ¿Te sumás Fede? Necesitamos parrillero, ¡mi hijo hoy no puede hacer ni un churrasco! —tomó el saco de Manuel del respaldo de su silla y el celular del escritorio, y lo obligó a que se pusiera de pie.

Los tres hombres marcharon a la casa de Leopoldo, con el único propósito de indagar las causas del decadente estado del hombre y curar las heridas de Manuel.

—Sofí... ¿no te entiendo amiga! ¿Qué pasó? Tenés que dejar de llorar, ¡te va hacer mal! —insistía Victoria, mientras abrazaba a su amiga.

Sofía lloraba sus penas en brazos de su amiga, ambas de pijamas, metidas en la cama, en pleno de duelo,... velando y enterrando el amor ya muerto de Sofía y Manuel.

Pasadas unas horas, y ya más repuesta... la morena de pecas en el rostro y ojos apagados, concluía el relato,... de las causas que habían llevado a Manuel a cometer semejante exabrupto frente a todas ellas en la oficina.

—¡Decime algo Vic! ¡No sé qué hacer! quiero salir corriendo y desaparecer de la faz de la tierra. —Sofía lloriqueaba sorbiendo sus mocos. Nuevamente el sonido de su celular. Miro quien llamaba y otra vez colgó.

—Sofí, ¡no seas inmadura mujer! Tarde o temprano lo vas a tener que atender.

—¡No quiero! —Gritó —¡Ojala no existiera! Ojala encontrara a otra mujer y se enamorara...

Sus sentimientos eran reales, deseaba con todas sus fuerzas, anular toda relación que la vinculara a Jean Pierre... solo le faltaba «coraje». Tantos años de novios, sus familias relacionadas y unidas por la ilusión de la futura boda, le hacía más que complicado el pensar en romper con el compromiso.

Victoria dejó a un lado, el pote de helado con Baileys que estaba saboreando, para agregar...

—¡Nada te impide que hagas lo que más te plazca! Sabes Sofí,... luego de lo que sucedió con Griselda en nuestro departamento, el ataque sufrido por Fede, el sentirme tan vulnerable... me hizo dar cuenta... que solo nos separan del futuro unos pocos segundos. En un segundo el rumbo de nuestras vidas, puede virar para bien o mal...

Sofía prestaba atención al relato de su amiga, Victoria es la calma que precede a la tormenta,... tiene paz, calma y brinda una seguridad maternal... que quienes la conocen se sienten seguros a su lado... ¡pero no

hay que engañarse! Porque tras esa “calma” hay guardada una leona, una guerrera de cabellos claros, que nunca va a dudar en dar su opinión guste o no.

—Entonces amiga, te digo algo que seguramente lo sabes de sobra, pero que en momentos como estos, puede ser de gran ayuda... *“¡tienes una sola vida!, por favor... no malgastes la tuya”*

Nuevamente las lágrimas comenzaron a concentrarse en los ojos de Sofía. Era verdad lo que decía su amiga... “solo una vida”

“¿Cómo quiero vivirla? ¿Haciendo lo que me de la real gana... o cotejando los sentimientos de los demás? ¡No era justo!”

Ya había pasado una semana desde que se habían visto por última vez. La herida seguía abierta. El dolor pinchaba como alfiler clavada debajo de las uñas, molesto que no lo dejaba en paz nunca.

Se concentró en su trabajo, amigos y familia. Su hijo llegaría en esos días para inscribirse en la universidad de arquitectura y deseaba pasar el mayor tiempo con él. Algo dentro de él, le decía que Juan Ignacio lo ayudaría a sanar su alma rota, porque bien sabía que se encontraba roto. Un sentimiento de mierda, ingrato... que no podía manejar y su cuerpo se encargaba de demostrárselo a cada rato.

El fin de semana pasado y por primera vez en meses tuvo una “cita”... si es que se le podía llamar de esa manera. Para la despedida de soltero de Federico, se habían hospedado en un coqueto hotel de Punta del

Este, para pasar un fin de semana de sólo hombres, futbol, box, mucho alcohol y ¡mujeres!

Luego de cenar en un fino restaurante de La Barra,... y contra la voluntad del homenajeadó, fueron a un club de stripers. A pura fuerza, lograron disfrazar a Federico Betner de Robin... el superhéroe amigo inseparable de Batman, el que de niño nunca quería ser, ¡Betner era Batman! «Siempre Batman» y el pobre de Manuel... siendo un año menor que el susodicho, le tocaba la noble tarea de ser Robin.

Entre tanto alcohol, el grupo de amigos se encontraba de lo más animado. Federico se sentía culpable, e intentando llamar a su prometida por celular, fue descubierto infraganti por los neandertales de sus amigos... al ritmo de “cuelga ese teléfono pollerudo” fue lanzado al escenario. En ese momento, una joven bailarina, disfrazada de enfermerita, movía sus caderas al compás de Britney Spears “I love rock and roll”

—“¡Hijos de puta, me las pagaran!”... —gritaba a todo pulmón —
“¡Victoria me va a matar cuando se entere!” —todos reían y disfrutaban la noche.

Y trago va... trago viene, la mente de Manuel se tornó un tanto borrosa... la aparición de una fogosa rubia lo sorprendió... luego de sentarse a horcajadas sobre sus piernas, masajear sus fornidos hombros y besar su cuello, susurró...

—¿Vamos?

—¡Vamos! —respondió Manuel, mientras la sujetaba por el trasero, y se levantaba del sillón con ella encima.

Chocaron con las paredes del largo pasillo, mientras las manos de la chica, viajaban por el abultado paquete de su pantalón. Subieron la escalera hasta una especie de sala común. En ella se podían ver varias puertas cerradas, menos una... en ésa misma entraron.

Una luz roja, iluminaba la gran cama redonda con cubre de animal print y una pequeña tarima con un caño central en ella...

Manuel tomó asiento en la cama y sacando su billetera, indico a la chica que se pusiera de rodillas frente a él. La joven lo hizo sin inconvenientes. Una vez de rodillas la muchacha forcejó con la hebilla del

cinturón de Manuel, con una extraordinaria habilidad eliminó los pantalones del medio y con laureados movimientos... una por una fue eliminando sus prendas, al ritmo de la melodía que sonaba de fondo.

Vistiendo solamente una pequeña tanga, volvió a su posición entre medio de las piernas del hombre, que no la perdía de vista ni por un segundo. Manuel retiró un mechón de cabello del rostro de ella, y con una mano sostuvo la nuca de la chica, mientras ella lentamente subía y bajaba, saboreando con lengua y dientes el pene de Manuel. Había que reconocer, que sabía lo que hacía. Deslizó su lengua por las sobresalientes venas que se marcaban debajo de la piel de su falo,... y en ese instante, Manuel no tuvo mejor idea que «hablar»... Relajado y aturdido con lo que estaba sucediendo delante suyo, preguntó...

—¿Cómo te llamas? —y cerró fuertemente sus ojos, intentando con todas sus fuerzas disfrutar del sexo.

—Sofía —respondió ella con una sonrisa de lado.

«Joder»

Aproximadamente, treinta minutos después de lo que Manuel denominó como “el suceso”, tomaba un café junto a su amigo, en el bar del hotel.

Federico lloraba de risa y Manuel lo insultaba entre dientes.

—¿Entonces, no se te paró?

—¿Pero sos tarado, o te haces? —despotricaba el aturdido hombre.

Federico limpiando las lágrimas de sus ojos, e intentando con todas sus fuerzas contener la gracia que le causaba “el suceso”, agregó

—Creo que deberías considerar la opción, de que te estés volviendo gay —y nuevamente brotó otra risotada.

Manuel dio un trago a su café con coñac

—Se llamaba Sofía... la muy desgraciada se llamaba “Sofía” ¿podes creer?... si esto no es el karma, yo no entiendo nada de la vida.

—Sip... eso claramente es el karma.

—Pero ¿Qué mierda hago? Porque estoy seguro... como que me llamo Manuel Washington Cortes, que jamás voy a poder estar con otra mujer... Mi “amigo”... «indicó señalando a su entropierna» se declaró en huelga por tiempo indeterminado.

Nuevamente Federico lloraba de risa, mientras que Manuel no entendía ¿qué era tan gracioso para su amigo esta vez?

—¿No entiendo de qué mierda te reís ahora? —su paciencia se estaba acabando, Sofía lo traía a mal traer, y su amigo parecía divertirse a lo grande con la situación.

Federico respiro hondo y se sinceró...

—¡No me acordaba que te llamabas Washington de segundo nombre! —y más risas...

—¡Listo! ¡Me voy a dormir! Me agarraste de gil Betner, ¡pero no te pases de vivo, ahora que tenés enamorada!

«Más risas»

—¡Que pelotudo que sos! —se puso de pie para marcharse a su

habitación.

Pero cuando ya no se encontraba en el ángulo de visión de Federico, sus labios marcaron una sonrisa. “O vas contra ellos o úneteles”... Sí. ¡Es así!

Estaba pensando justamente en eso... en sus sentimientos.

Sofía Castellanos, se lamentaba en su propia miseria, como lo venía haciendo desde hace días.

Sola, en su departamento, usando pijama todo el santísimo día, ahogaba sus penas, mientras comía helado con Baileys y escuchaba a Pablo Alboran.

*“Déjame que vuelva a acariciar tu pelo
Déjame que funda tu pecho en mi pecho.
Volveré a pintar de colores el cielo
Haré que olvides de una vez el mundo entero.*

*Déjame tan solo que hoy roce tu boca.
Déjame que voy a detener las horas.
Volveré a pintar de azul el universo.
Haré que todo esto solo sea un sueño.”*

Sofía cantaba mal.

Pero dejaba todo en la cancha. Derramaba en la letra todo el sentimiento que tenía guardado. Lechuga el perro de su amiga la miraba.

—Todavía no sé cómo acepte cuidarte, engendro.

El sagaz sabueso entendió perfectamente, que ella no sentía realmente lo que decía. Pero de todas formas, agendó mentalmente mear en la primera alfombra que encontrara en el departamento. Arrimó la cabeza a la mano de la chica... indicándole con el gesto que quería mimos. Sofía comenzó acariciar la papada del animal, mientras se dejaba llevar nuevamente por el canto.

*“Yo no quiero, caricias de otros labios.
No quiero tus manos en otras manos.
Porque yo... quiero que volvamos a intentarlo.”*

Lechuga optó por dejar los mimos para otro momento y se alejó

corriendo del lugar. Antes de seguir escuchando esos desgarros vocales, prefería cumplir su autoimpuesta misión,... mear el departamento de la amiga de Victoria.

¡Manuel no podía creer lo que acababan de comunicarle!

Federico y Victoria serían padres... ¡woow! Estos dos no pierden el tiempo. Por lo que acababan de decirle, ella se encontraba de unos tres meses y medio de embarazo y Manuel sería el padrino.

—¡Felicidades! —Gritó, al tiempo que rodeaba a la pareja en un fuerte abrazo. —¡Joder!... una niña ¡que belleza! Nunca imagine a mi amigo como padre... —narraba Manuel, pensando en voz alta —es que Fede nunca fue del tipo de hombre “casamentero” ¿está bien dicho de esa forma? «deja escapar una risa» Siempre fue independiente, tosco, un tanto egoísta con sus tiempos que....

Federico levantó la mano, intentando silenciar a su mejor amigo. Victoria sonreía embobada de alegría, manteniendo las manos sobre el pequeño vientre.

—¡Creo que me querés hundir Cortés!, ¡pará con los piropos nene!

—¡Perdón! Si te ofendí amigo, pero la pequeña tiene que saber a qué atenerse, ¡al casarse con vos! —ambos hombres rieron.

—Manuel —interrumpió Victoria — ¿te gustaría venir a cenar a casa, esta noche?

Los tres armaron planes para la hora de la cena, y cada uno volvió a su tarea.

Capítulo 9

Catastrófico y dulce amor...

—¿En qué te ayudo amiga? Mmm... ¡este vino es una delicia! —comento, mientras leo la etiqueta de la fina botella.

El vino blanco me trae recuerdos de muchos momentos del pasado. Momentos un tanto agridulces... hoteles, copas de vino derramándose, mi cuerpo pegado al de Manuel...

¡Basta! No puedo seguir pensando en él todo el tiempo. Tengo que intentar seguir con mi vida.

Hoy hace tres días que no uso mi pijama las 24 horas. Es un progreso... ¿verdad?, Jean Pierre intenta justificar mi mal humor todo el tiempo y yo ¡odio que el justifique mi mal humor todo el tiempo! ¿Qué se cree? ¿Mi psicoanalista? Que cuando no es por mi “despido”, son los nervios por la boda... cuando no agrega que seguro estoy con el periodo «desgraciado» Pero lo cierto es: que con Manuel o sin él... mi relación con Jean Pierre tiene los días contados. Ya lo decidí,... no me voy a casar. Como bien dijo Vic, no puedo desperdiciar mi vida. Me enfocare en mi trabajo, en mi futura ahijada cuando nazca y en mí.

—Me voy a dar una ducha y cocinamos... ¿te parece? —comenta mi amiga, en un intento más por enseñarme las artes ocultas de la gastronomía.

Fede la abraza y besa su cuello.

—¿Te puedo acompañar gatita? —mis amigos me abandonan.

Quedo sola, rodeada de buena música, un rico vino y el engendro de Lechuga que me mira desde un almohadón echado junto a Lola. ¡Genial! Pienso, todos me refriegan en la cara el amor, todos de a dos... ¡yupi celebremos el amor!

«¡Maldito Cupido!»

Termino mi copa de un trago y cargo otra en el instante.

—¡Ni que me interesara el amor después de todo!

Lechuga se ríe de mis mentiras. Intento ignorarlo, sé que no le

caigo bien... pero ¡vamos! tampoco como para que se me ría en la cara.

Suena el timbre.

Doy un pequeño saltito, y woow, creo que el alcohol me ha hecho efecto. Copa en mano me dirijo a la puerta.

Abro y...

«Dios mío»

La copa se resbala de mis manos, haciéndose añicos.

—¿Pero qué haces tú aquí? —gritamos a la vez.

Me imaginaba que algo así podía pasar.

Nuestros amigos juegan a ser Cupido.

—Hola y chau Sofíita —comento con sarcasmo.

Pero no pienso hacer el papel de boludo por más tiempo.

—No te preocupes... la que me voy soy yo.

Sofía gira sobre sus talones y desaparece por la puerta de entrada. ¡Qué mujer por Dios! ¿Nunca piensa cambiar? Siempre con ese carácter de mierda, ese ímpetu arrollador, ese perfume... y sus curvas...

¡Basta! Mierda ya se me puso dura y de puro enojo.

Mis amigos me encuentran juntando cristales del suelo.

—¿Dónde está Sofía? —pregunta Victoria con cara de preocupación.

—Se fue —.Respondo, intentando parecer indiferente.

«Pero tan solo intentándolo»

Suena el teléfono de la casa, Vic corre atender. Fede carga una copa de vino para él, y palmea mi hombro...

—Esto de jugar a unir parejas, se nos da para el orto —sonríe con pesar y se marcha por el corredor.

—Ya salgo —grita —esta vez sí voy por una ducha.

Me quedo solo y meditabundo. No se puede arreglar lo que no va a poder ser jamás. ¡Se va a casar! ¡Es como si la viera caminar a un paredón de fusilamiento! Tengo que por todos los medios evitarlo, porque no va a ser feliz como lo sería conmigo, pero a su vez sé... que no hay escapatoria. Sofía es mayor de edad, ¡y tiene derecho a decir no! Y esa es la parte que más me enfurece... teniendo la oportunidad de optar, lo elige a él.

Voy a la cocina y me sirvo una copa de vino. Tengo un punzante dolor en la boca del estómago. Un relámpago seguido por un fuerte trueno ilumina la cocina. Mierda, ¡esta mujer conduciendo con lluvia no

me causa ninguna gracia! Tendría que llamarla para pedirle que maneje despacio... sé bien, que no es un as del volante. Maneja rápido, es distraída y no sabe aparcar. Tomo mi móvil y busco su número, solo que el sonido de su teléfono comienza a sonar en el living del departamento. Camino en dirección del sonido, donde los Minions cantan y gritan “toma, para tu... pupete” y tengo una mezcla de sensaciones, al recordar tan “peculiar” rington.

Junto al teléfono, se encuentra su bolso y las llaves del coche. Por lo tanto, es cuestión de minutos... más temprano que tarde, va a tener que volver por él.

Una vez en la calle, camino hacia mi pequeño BYD para darme cuenta que olvidé mi bolso y las llaves de mi coche, en el departamento de Vic y Fede.

«¡Mierda!»

Toca volver. Un relámpago, seguido por un gran trueno, ilumina la calle. Automáticamente se larga a llover. Miro hacia el cielo y con mis manos en alto, en plena resignación... grito “¡tú también en contra de mí!” me estoy empapando. La lluvia cae con fuerza, corro por la acera evitando pisar los charcos, hasta que llego al gran portón de hierro, que protege el edificio de Vic y Fede.

Pulso el portero eléctrico, y no es sorpresa el escuchar la voz de Manuel salir del intercomunicador.

—Diga.

—Soy yo. Abrime que olvide mi bolso arriba.

—¿Quién es? —tan solo con un pelín de maldad, Manuel disfrutaba de la situación.

—¡Yo! ¡Sofía!

—No se escucha bien... ¿Quién la pizzería? Creo no encargamos pizza.

—¡Hijo de puta, sé que me estás viendo por la cámara, si te seguís haciendo del loquito y no me abrís... ya verás! —volteo mi cabeza, para encontrar la grata sorpresa, ver la hermosa y pulcra camioneta color negra de Manuel, aparcada frente a mi... ¡Perfecto!

Antes de elevar mi dedo medio, ante la cámara del portero eléctrico. Tomo con mi mano una gran piedra que hay decorando el jardín del edificio. La muestro en la cámara, y mientras el agua cae sin piedad... esbozo una maléfica sonrisa.

—Sofía, ¿Qué mierda vas hacer? —se escuchó salir del intercomunicador.

Pero ya era tarde, uno de los vidrios de su caro coche, se hacía añicos en ese instante. Mala suerte la del vikingo musculoso, cuando a

metros... en un contenedor de desechos, encuentro un gran fierro... ¡ideal!

En pleno ataque de ira, subo al capo del su coche, y afirmando el fierro en ambas manos, comienzo a golpear el parabrisas del auto.

No fue tarea fácil, luego de unos seis golpes, finalmente el cristal, junto a la lámina de seguridad sucumben a mí.

—¡Que te jodan Manuel! —grito a la nada.

Aunque la diversión dura poco,... en ese instante, una mano me sujeta y otra retira el arma de mi mano.

Si digo, que hoy las fuerzas de la naturaleza estaban en mi contra, no era broma. Dos uniformados y mojados policías que pasaban por el barrio, me introducen en el patrullero y marcho detenida. Un pequeño... casi imperceptible «casi» insulto, se escapó de mis labios a los caballeros... por lo que no solo me subieron al coche patrulla, también me esposaron «antes de subirme al coche patrulla»

—¡Tengo derecho a un abogado! —grito. —¡Y hacer una llamada!

—¡Silencio loca! —grita el que va al volante.

—Creo que mira mucho CSI —acota el otro y ambos ríen.

Cuando finalmente el ascensor baja los quince pisos que me separan de la calle, Sofía no se encontraba por ningún lado. Mi auto estaba con tres cristales destrozados y el portero del edificio junto a él.

—¡Le juro señor!, que todo pasó en fracción de segundos. No me dio tiempo a nada... cuando vi a la chica sobre su coche, corrí por las llaves para abrir el portón y cuando volví ya se la estaba llevando la policía.

—¿La policía? —mierda, ¿Sofía presa?... ¡que la virgen nos proteja!

Entrego las llaves de mi destrozado vehículo al portero y con las llaves del BYD de la desquiciada de la mujer que amo, subo a su coche para salir a buscarla.

Mientras conduzco llamo a mis amigos, para ponerlos al tanto de la situación. Por suerte conozco la zona de memoria, ya que también soy del barrio y me dirijo a la primera comisaria en distancia. Mi cabeza mantiene una lucha interna entre: evitar todo mal momento a Sofía y por otro lado,... un diablillo interior, me dice que la deje... que es un escarmiento bien merecido.

Aparco frente a la seccional y entro a toda prisa. Es tarde, poco más de las nueve de la noche y solamente encuentro a una joven policía detrás del mostrador. Levanta su cabeza me mira y automáticamente se sonroja.

—Buenas noches señor. ¿En qué lo puedo ayudar? —pregunta al tiempo que regala una encantadora sonrisa.

Apoyo mis codos sobre la madera y pregunto:

—¿Por casualidad, ha llegado detenida una mujer, cabello oscuro, tez blanca y un poco inestable emocionalmente?

Ella sonríe y asiente moviendo mucho sus pestañas.

—Efectivamente caballero. Hace unos minutos, fue ingresada una joven, a la que mis compañeros encontraron causando destrozos en la vía pública.

—Y dígame señorita... ¿yo podría verla?.

—Negativo señor. Por el momento se encuentra incomunicada, hasta que se logre saber sus datos personales y llame a un abogado.

—Pues resulta,... que esto de aquí es su bolso. Y yo soy el propietario del auto que ha dañado.

—Lamento, pero solo puede tener contacto con ella algún familiar —. Me la está complicando la joven policía.

—Soy su novio —, suelto sin meditar mis palabras. ¡Listo lo dije!, no puedo retractarme al respecto.

—Tome asiento por favor, voy hablar con el jefe.

Lo hago. Obedezco y tomo asiento en un duro banco de madera que hay contra la pared. Al parecer es una noche tranquila en el recinto. Solamente escucho el repiquetear de una máquina de escribir y a dos agentes conversar animadamente, sobre un partido de baloncesto.

Pasan unos minutos y la oficial regresa,

—Va a tener que aguardar un momento, el jefe se encuentra ocupado. Indica mirando un despacho que permanece con la puerta cerrada.

Media hora más tarde, la puerta se abre y veo salir al “jefe” junto a un grande y pelirrojo hombre, que por desgracia tengo el gusto de conocer.

«¿Es chiste verdad?»

Me pongo de pie y tiendo la mano para saludar al jefe de policía. El grandote pelirrojo me mira y sonrío con sorna.

—Jefe —llama la joven que me atendió anteriormente —el caballero, es el novio de la chica que estaba destrozando un coche en la vía pública. El “jefe” frunce el ceño y con un imperceptible gesto, da una señal a Jean Pierre.

—¿Novio? —Grita el grandote con furia, dando dos pasos a mí — ¡vos lo que sos, es un reverendo hijo de puta! ¡Deja de meterte con mi mujer!

La puerta de entrada se abre. Federico y Victoria entran en el preciso instante cuándo el “verdadero novio” toma la solapa de mi camisa

y yo de forma preventiva, entrego un cabezazo en su nariz. La sangre comienza a gotear y el tipito me empuja. Choco contra la pared haciendo caer un antiguo retrato al piso.

Capítulo 10

No es novedad que Manuel y Jean Pierre marcharan al calabozo.

En medio del altercado, cuando la lucha se ponía picante, de un empujón hicieron caer al jefe de policía. Mi futura esposa me miraba con temor en sus ojos. La verdad es que era algo cómico de ver. Dos elegantes y fortachones caballeros, peleando en una comisaria por el amor de una fémina... Sofía la amiga de mi novia detenida por disturbios en la vía pública y nosotros como dos chaperones, intentando evitar lo inevitable.

—¿Federico qué hacemos? —Victoria está nerviosa y en su estado, tengo que intentar restar dramatismo a la situación.

—¿Comprar palomitas de maíz sería una buena idea?... ¿no crees?

Me observa y sonrío «Tan bella» Le doy un pequeño beso en los labios y tomo el celular para llamar al abogado de la empresa.

—Fernández... Soy Federico Betner te necesito ¡ya!

La noche avanza. Los padres de Sofía llegan al lugar, acompañados del abogado de la familia. También entran los padres de Jean Pierre, una estirada pareja de sesentones, que perfectamente podrían estar utilizando cuellos ortopédicos y no se notaría la diferencia... mi abuela Margarita los definiría como “de cogote estirado”

El tío Mario al enterarse por Victoria, que la pequeña Sofía se encontraba detenida, llegó a traer algo de comer. Esto ya era un carnaval. Personas hablando e interactuando por todos lados. Los polis degustando las delicias preparadas por Mario, los padres de Sofí charlando animadamente con sus futuros consuegros, en fin... todo en relativa armonía, hasta que se produjo un ruidoso silencio.

Sofía de pie, en la entrada del pasillo, observaba a todos con seriedad.

«Temor»

Aún se encontraba empapada por la lluvia, sus ojos marcados de negro por el maquillaje corrido y un tacón roto... lo que causaba la sensación de que tuviera una pierna más alta que la otra.

Pero sin lugar a dudas, la expresión desencajada de su rostro, ¡era lo peor! Victoria se puso de pie en un salto, para envolver a su amiga en un apretado abrazo.

—¿Amiga estás bien? —Pero Victoria no obtuvo respuesta. Sofía se encontraba helada, sus labios presentaban una leve tonalidad azulada y su mirada se encontraba perdida. Bueno... no tan perdida, se mantenía fija en donde sus futuros suegros la observaban con desprecio.

—Hija... ¡Qué preocupados nos tenías amore! —Comenta Diana su madre, estrechándola en un abrazo.

Sofía regaló una pequeña sonrisa, una tranquilizadora mueca, con la que intentaba decir que todo estaba bien. Besó la mejilla de su madre y la de su amiga. Y con paso firme, se abrió paso hasta donde se encontraban Alicia y José Pedro... los padres de su ex amor. Del hombre con el cual, casi comete el error de casarse, el hombre que ganó su virginidad pero no su corazón, con el que se sentía a gusto, pero con el que jamás sentiría cosquillas en la panza... todo lo opuesto a lo que le causaba su vikingo.

Ese hombre que imponía seguridad, amor y protección. Entre sus brazos, sentía que nunca malo podría suceder. Lo amaba... costó asumirlo, pero ya no tenía escapatoria, lo amaba y estaba segura,... que Manuel la había imposibilitado para amar a otro hombre. Mientras su aliento existiera y su corazón latiera, incluso estaba segura que más allá de su muerte, continuaría amándolo. Se metió en su piel, debajo de sus uñas, como una hiedra trepadora que envuelve y mata todo lo que antes de ella había crecido. ¿Una vez se preguntó si existía la enfermedad del amor? Porque estaba segura que sí ¿y morir de amor? Seguramente también... porque seguro como el sol de las mañanas, que su espíritu alegre y jovial moriría si no conseguía volver con Manuel.

Llegó frente a ellos, en el momento que Alicia soltaba un...

—Ahh querida, ¡pero mírate cómo estás! ¡Toda zaparrastrosa!

Sofía dejó escapar una pequeña risita. Ya no le molestaban ese tipo de comentarios, todo quedaba resumido a cuestión de horas... para volver a ser libre.

Se armó de valor, y las palabras salieron de su boca, sin al menos

meditarlas unos segundos.

—Alicia... José Pedro, tengo que pedirles disculpas —. De esa forma, comenzó su disculpa y despedida. Miraba alternando a uno y a otro... —Posiblemente, hoy sea la última vez que nos veamos por común acuerdo. En el calabozo, y por salir en mi defensa, se encuentra detenido el hombre que amo. Solo que,... él no es su hijo,... amo a otra persona.

La estirada mujer, con una mano en su pecho, miraba escandalizada, a la que fuese novia de su hijo por años. Sofía continuó, su voz estaba resquebrajada, al igual que su corazón, el temblor por el frío no ayudaba en nada, pero tenía que juntar valor y hacerse fuerte.

—Jamás pensé que algo por el estilo podría sucederme a mí,... pero pasó y ahora tan solo pienso... en que Jean Pierre encuentre alguien que lo haga feliz y en esperar que no sea demasiado tarde como para haber arruinado por completo mi verdadera felicidad.

Dicho esto, se largó a llorar.

—¡Siempre supe que eras una zorra!

Alicia dejó salir su característico veneno y Sofía rio. Sabía que no era muy querida por los padres de su novio, pero de eso a que la llamaran “zorra” había un abismo. Incluso le pareció gracioso el término... ¡como salido de telenovela!

—¿Zorra?... ¡zorra! ¡Justo vos!, tenés la desfachatez de insultar a mi hija —No fue necesario que Sofía se defendiera... su madre arremetió con uñas y dientes. —¡Tú! Que te embarazaste cuando estábamos en el secundario, para casarte con José Pedro y de esa forma asegurarte una vida de princesa... ¿y a eso cómo se le llama? ¡Eh!, porque yo le llamaría de muchas formas “amiga” y zorra es una de ellas,... atorranta, arpía,... ¡puta!...

Sofía y su padre Nicolás, apoyaron la mano en el brazo de su madre y esposa, impidiendo continuara con la descripción.

—Es suficiente ma, creo que Alicia comprendió tu postura.

El silencio era tal... que se podía escuchar tic-tac-tic-tac de las manecillas del antiguo reloj de pared, cambiar de posición. Jean Pierre se encontraba de pie detrás del tumulto de personas y había podido escuchar

toda la conversación. Como no podía ser de otra forma, se encontraba despechado y dolido con la situación. En su esfera social, el “qué dirán” era muy importante, hijo de un cónsul francés y madre presidenta del Garden club del barrio de Carrasco, el nene había salido estirado y con la costumbre de salirse siempre con la suya.

—¿Me estás dejando Sofía? ¡Delante de todo el mundo, te atreves a dar semejante espectáculo!

Sofía efectivamente lo estaba dejando. Estaba liquidando los activos y mandando al seguro de paro a todos sus sentimientos. Ya no quedaba nada. Se sentía desolada, vacía... y extrañaba a Manuel con todas sus fuerzas. Él era su norte y su sur, necesitaba encontrarlo, al menos para que le diga a la cara que ya no sentía nada por ella.

—Si Jean Pierre... te estoy dejando.

—No puedo creer que me hagas esto —gritó el hombre, mientras mantenía ambas manos sujetando su rojizo cabello. Cual niño malcriado, se encontraba rojo de ira y no paraba de caminar de un lado para el otro, repitiendo “no lo puedo creer”

—¿“Esto”? —giró Sofía por la habitación con las palmas en alto. Se encontraba inestable... al borde de perder el poco decoro que le quedaba. —¿lo decís por la familia? ¿No crees que tarde o temprano se darían cuenta?, ¡lo más probable cuando pasara el tiempo y finalmente no hubiera boda!

—¡Sos una ingrata! Todo el tiempo que estuvimos juntos... y tenés el descaro de romper nuestro compromiso en una comisaría de mala muerte, ¡y a la vista de todos! —. Todo se reducía a eso... “a la vista de todos”, recapitulando... al qué dirán.

—¿Ingrata me decís?... ¡ingrata!, ¿de veras querés que lo sea mi amor?... hace unos minutos, tu querida mami me llamó zorra ¡y ahora vos agregas otro adjetivo!

Nota de autor: Por favor, imaginar esta escena con la siguiente música clásica de fondo... Storm del compositor italiano Antonio Lucio Vivaldi, sumado a los destellos y sonidos de rayos y truenos, junto al crujir de pasos sobre cristales rotos. Bien... ¿pueden imaginarse todo ese caos?... ¿sí?

De acuerdo,... ¡entonces continuemos!

—Ingrata sería comentar... que cuando bebes vino tinto, sufres de hemorroides... o quizás ilustrar que al dormir te chupas el dedo —. Comenzó a enumerar Sofía, sin al menos una pizca de sentido común o respeto a su inminente-futuro ex novio. Un coro de “ohhh” se escuchó de fondo, seguido por alguna que otra risa. —O tal vez comentar... — prosiguió —que lloraste como niñita, con la película Los puentes de Madison... ¡No! ¡Ya se! Que siempre quisiste armar un trio y que no te molestaba el sexo del tercer integrante. O que todas las noches te pasas cremita exfoliante para los granos de tus nalgas... —Jean Pierre, cada minuto que pasaba, se encontraba más furioso, su tez pecosa y pálida, se hallaba encendida a causa de la ira. Sofía continuaba avergonzando al fortachón rugbista, llegó un momento en que incluso los policías detrás del mostrador, debieron secarse las lágrimas que la risa arrancó.

—¡Te ordeno mujer, que no sigas! —gritó el pelirrojo, mientras miraba furioso a los presentes. En especial a la revoltosa muchacha de cabello negro y pecas, la que nunca se amoldo a su vida, pero de la que no lograba escapar... su calidez y simpatía lo habían hecho intentar una relación... la que en este instante naufragaba en alta mar.

Sofía dejó escapar el aire de sus pulmones y aflojó sus hombros.

—Esto llegó a su fin. Te quise... y mucho, pero ya no. Me enamore de otro hombre. Jamás pensé en esa opción,... pero sucedió. Y como le dije a tu madre, solo espero que no sea tarde para intentarlo con él.

Sofía no pudo continuar porque fue interrumpida.

—No es tarde mi amor.

Leopoldo Cortés ingresó junto a su nieto y la madre del mismo, en el instante, en el que la bella dama giraba y se encontraba con la mirada de su amado.

—No es tarde mi amor —. Escucho a mi espalda.

Una conocida electricidad recorre mi columna, y esa sensación en la panza... la que aún no sé definir.

Al girar lo veo,... a míster tatoo. El hombre que tiene secuestrado mi corazón. Hermoso, tierno, protector, generoso... todo en uno, un súper combo de hombre. La conexión WiFi cerebro-boca se corta justo en ese instante. Me quedo sin palabras, no sé qué decir. Por suerte Manuel se adelanta y destruye mi silencio

—Te amo Sofía, ¡te amo con todo mi corazón! no se desde cuándo, pero estoy seguro como el demonio, como que me llamo Manuel Cortés, que mi amor será eterno... ¡mientras viva te amaré!

Intento decir que siento lo mismo. «Lo intento» pero no lo logro. El stress, más los días que llevo sin dormir y alimentándome mal, pasan cuenta y mis piernas se aflojan. Un zumbido obstruye mis oídos.

Silencio.

A lo lejos escucho voces... gritos, llantos. Mis párpados pesan y mis piernas no responden. Me dejo ir... me sumerjo en un mar gris, espeso... que me atrapa y no me deja subir nuevamente a la superficie. Sujetan mi mano

—Sofía... Sofí ¡respondé!

A lo lejos la voz de Manuel se vuelve difusa, besa los nudillos de mi mano... puedo sentirlo.

En el sanatorio, nos informan que Sofía se encuentra bien.

Es tarde, más de las 2 am. Solamente permanecemos Diana, Nicolás y yo. Mandé a Juan y Ana junto a mi viejo a casa, para que se ducharan y descansaran. La tarde fue larga y el mar de emociones, sumado a las horas que llevamos despiertos nos pasa factura. Me duele la cabeza, estoy malhumorado y la ansiedad impide que permanezca quieto. Necesito que Sofía despierte... que me diga que me ama, que me necesita, que juntos vamos a estar bien. El banana del novio se fue a casa con su mami y papi... pienso que es un tarado, la mujer con la que se encontraba comprometido se desmaya, es trasladada a urgencias y él se marcha como si nada. Pues nada, ¡Mejor para mí! Él se lo pierde.

Otro café. Me dirijo a la maquina dispensadora por mas cafeína. Tengo los pensamientos desordenados.

—¿No querés ir a descansar un rato? —la voz de Diana me sobresalta.

Se encuentra de pie, en mi espalda, giro. Me sorprende su sonrisa.

—Prometo llamarte en cuanto nos den el alta. Comenta cómplice, con una dulce sonrisa en su rostro.

Me conmueve el parecido que tiene con su hija. Con unos cincuenta años de edad aproximadamente, melena oscura por los hombros, ojos café, algunas marcas de expresión y pecas,... es como presenciar en una bola de cristal,... el futuro de la mujer de la que me encuentro locamente enamorado... la que desordenó hermosamente mi vida. Se quita unos anteojos de montura roja y masajea sus cansados ojos, toma aire y suelta.

—No estés nervioso querido. Si mi nena te ama, automáticamente tienes mi bendición. Te veo y me gusta lo que veo —«sonríe» —valga la redundancia —comenta jocosa. —Tanto mi esposo como yo, buscamos la felicidad de nuestros hijos... esa es nuestra meta en esta vida, hacer de ellos personas felices y de bien. Mi esposo es un tanto serio, pero seguro vas hacer buenas migas con él. Mientras quieras y respetes a su nena, te guste el futbol y el asado... ¡listo! Segurísimo te querrá.

Me gusta esta mujer.

—Diana, quiero decirle que adoro a su hija... y lo que más quiero en este mundo es que ella sea feliz. Oír su risa, causa una sensación en mí, la cual no puedo comparar con nada que me haya sucedido antes. Quiero respetarla, hacerla feliz y amarla hasta la muerte.

—¿Espero que esa declaración de amor, no sea para mi esposa?

Giramos junto a Diana y vemos a su esposo observarnos. Con ambas manos en los bolsillos de su pantalón y sus ojos verdes clavados en nosotros, muestra su autoridad de padre y esposo.

—Querido... ¿escuchando a escondidas? Muy feo... —sonrió Diana, mientras daba unos pasos hasta su esposo, y con un claro gesto de amor, depositó un casto beso en sus labios.

—Sofía despertó y pide ver a Manuel —.Comunicó Nicolás a su esposa, mientras acariciaba el cabello de ella y me regalaba un tranquilizador guiño.

—Gracias —. Solo eso pude decir.

Los padres de Sofía, me estaban facilitando la tarea.

Con el corazón en la boca, camine por el pasillo del sanatorio Británico.

Al llegar a la puerta y antes de ingresar, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Todo va a estar bien,... todo va a estar bien... me dije, una y otra vez hasta que ingresé a la habitación.

Estaba acostada. Su cabello recogido en un moño alto y desprolijo.

—Hola —me saluda con una pequeña mueca de lado.

—Hola —respondo.

Me siento a un lado de su cama, e instintivamente tomo su mano y la beso. Comienza hacer un mohín con sus labios, me entenece... parece una cría a punto de largar el llanto.

—Shhh, tranquila mi amor. Ya todo pasó. Eres libre. Y si tú lo quieres, *porque yo sí que lo quiero*... me harías el hombre más feliz del mundo si aceptas ser mi novia.

Su sonrisa me cegó y el corazón se me detuvo.

—Eres el hombre más hermoso, tierno y romántico que jamás conocí.

Tomo a Sofía en brazos y la estrujo lo más fuerte que puedo contra mi pecho. Tenía que sentirla, olerla, besarla. Me aterra la idea de perderla nuevamente.

—Prometo cuidarte, respetarte, darte todos los gustos, aunque sean caprichos de nena de mamá y papá —«reímos» —y prometo que nadie te va amar como lo hago yo. ¿Qué dices amor? ¿Aceptas dejarte amar por mí? ¿Aceptas dejarme cuidarte... protegerte como una fiera y cogerte en diferentes lugares de nuestra futura casa?

—¡Eres un romántico! —soltó Sofía, con su rostro hundido en mi cuello.

—Un romántico empedernido... con una mente muy sucia —. Y así era... porque en el fondo, siempre busqué ese sentimiento. Inconscientemente todos buscamos amor... ¿o no?

“All you need is love”

—¡No puedo creer la panzota enorme que tienes amiga!

—¡Ya no puedo respirar!... esta niñita va a ser karateca como el tío Manuel, ¡no da tregua!

—Serranita... —susurro en la panza de Victoria —pórtate bien con mami... hoy se casan con tu padre, y si seguís así... ¡la loca de tu madre va a huir! —reímos, y me pongo de pie, alisando mi vestido.

—Estás hermosa Sof, ¡toda una zorra en ese vestido negro! A ver cuando ponen fecha para la boda de ustedes, ¡y me honras con un sobrino che!

—¿Perdón? —Pongo cara de ofendida y coloco una mano en mi pecho —¿no entiendo de qué te quejas Victoria, ¡sobrino ya tienes! Un pequeño y adorado peque de dieciocho añitos.

—¡Andaaaa! —reímos —vamos,... ayúdame a ponerme de pie, que la ballena no se puede mover.

—¿Lista? —pregunta el tío Mario.

—¡Lista la nena Marito!... ¡vamos! —entrego mi brazo al tío, y salimos los tres de la suite del hotel, rumbo al altar.

Luego de la boda de nuestros amigos, Manuel y yo decidimos no estirar lo inevitable e irnos a vivir juntos en su departamento.

El tío de mi amiga, siempre dice *“La vida es como un libro,... en ella hay capítulos lindos y otros no tanto. Pero si no damos vuelta la página, nunca sabremos qué es lo que está por llegar”*

Y así fue... luego de lo bonito de nuestra reconciliación llegó un trago amargo. Ana... la madre de Juan Ignacio, una mañana en que los cuatro desayunábamos, le dio la dura noticia a Manuel. Hace unos años sufrió un cáncer de mama. Manuel estaba quebrado, no podía creer que ellos dos solitos, pasaran por semejante dolor.

—La quimio y la radioterapia fue complicado... —explicó Ana — Juan tenía ocho años y yo vivía agotada, me quedé sin pelo y no tenía energía para nada —comentaba la mujer, con notable entereza.

Manuel sujetó, en un tierno gesto la mano de Ana y suplicó...

—¡No te vas a morir! —con lágrimas formándose en sus ojos, se notaba que mantenía un sano cariño por aquella frágil mujer.

—¡Claro que no! —Lo calmó la mujer —ya pasaron diez años, y me controlan cada tanto. Por ahora todo está bien.

—¿Qué te ata en Colonia, Ana? No encuentro el motivo por el cual, no te mudas a Montevideo junto con nuestro hijo.

—Bueno, en realidad no me ata nada... solo mi trabajo. A mi edad, encontrar algo para hacer acá, no es fácil.

Resumiendo: la familia creció. Al tiempo Juan Ignacio y su madre se instalaron en el edificio junto al nuestro. Ana comenzó a trabajar conmigo en el departamento de RRHH, y en verdad que se desempeña bien como administrativa. Su calidez hace que sea fácil, llevarse bien con ella.

Juan ingresó a facultad de arquitectura, tomó clases de manejo, y fue premiado con un pequeño coche.

Adoro los domingos, la casa de Mario es un gran jolgorio, en su gran cocina comedor, recibe a la familia entera... Vic y Fede con la pequeña Serranita, los abuelos de Fede, Juan y Margarita, Ana y Juan Ignacio que automáticamente pasaron a formar parte de la familia,

Leopoldo y Azucena, mis padres, mis hermanos y nosotros dos. Todo un derroche de amor y alegría.

“*Si no hay lugar... nos apretamos*” era la frase que recibía, quien quisiera disfrutar de un domingo en familia. Bajo el cálido barullo de la charla y los aromas a especias y amor.

Epílogo

6 meses después...

Amanece.

Abro lentamente mis ojos.

La resaca de la noche anterior me pasa factura. Mi boca esta pastosa, tiene un gusto terrible y siento un zumbido en el cerebro, a causa del alto sonido de la música de la disco.

Cocobongo sonaba a toda marcha, trago va y trago viene la noche se nos fue de las manos.

¿Perdí el conocimiento?

Tengo en mente todos los sucesos... cenamos, fuimos al hotel a ducharnos... no nos duchamos pero tuvimos sexo. ¡Luego sí!, tengo vagos recuerdos de tomar una ducha... y de tener más sexo en ella. Salimos a bailar y los mojitos bajaban sin que nos diéramos cuenta de la cantidad que llevábamos consumiendo.

Un ardor en mi brazo derecho despeja mi mente, un ardor filoso, molesto pero para nada doloroso... un ardor ya conocido. Muevo mi brazo, evitando despertar a la bella mujer que duerme en mi pecho, para encontrarme con...

«¿Cómo cuernos sucedió?»

¿Otro? ¿Pero cuándo? Mi movimiento alerta a Sofía, quien se encuentra vestida con mi camisa. Despeinada, con su larga melena oscura, ... se sienta en la cama y me observa ¡se ve hermosa! Despeinada, con un ojo entrecerrado a causa de la luz que entra por la ventana, examina la recámara intentando ubicarse. Sus labios hinchados... me hacen trasladar a la noche anterior.

—¡Tengo un tatuaje nuevo y no recuerdo habérmelo hecho!

Suelta una pequeña risita, para luego taparse la boca con ambas manos y dejarse ir con una gran risotada.

—¿No entiendo que es tan cómico? —comento molesto.

Ni siquiera tengo idea, ¡qué demonios me habré tatuado! Pese a mi ira, tengo una enorme y dolorosa erección. La sabana del hotel parece una tienda de campaña.

—No te rías mujer, ¡porque descargare mi furia sobre tu cuerpo! Sofía ya se encuentra sometida debajo de mí. Aún continúa riendo, divertida por el suceso post borrachera.

—Antes de someterme señor mío, déjeme apreciar el nuevo ornamento que posee su piel.

Al mejor estilo medieval... su míster tatoo se incorporó, quedando a horcadas sobre ella. Inclino el brazo delante de los ojos de Sofía y automáticamente ella dejó escapar un

—“Ooowww” seguido de una risa.

—¡Vamos amor! ¿Qué dice? —yo me impaciento y Sofía no para de reír... finalmente, intentando calmar sus espasmos suelta...

—Mi amor, tu tatuaje es una frase. Y dice: *All you need is love*.

«¡Pero qué mierda!»

—¡Me encanta! ¡Juro que me encantaaa! —grita ella, bajo mi cuerpo mientras la beso y le hago cosquillas al mismo tiempo.

Manuel uno a uno, fue desprendiendo los botones de la camisa, que cubría el cuerpo de Sofía, entre besos y caricias, termino por dejarla usando solamente una pequeña tanga.

La frutilla de la torta, fue descubrir, que la morena de ojos ardientes, también había grabado su cuerpo a fuego...

«Jo-der» soltó Manuel, incrédulo de lo que sus ojos estaban viendo.

En la espalda baja, justo sobre su trasero, Sofía tenía un hermoso tatuaje.

La desafortunada frase, elegida por la joven, no era de las mejores y seguramente,... en un futuro mediato se arrepentiría de ella.

“... *and chocolate*” Se leía perfectamente, sobre su hermoso y

redondo culo.

“All you need is love... and chocolate” Palabras que unirían a la pareja, más que unas alianzas, más que un pacto de sangre, en fin... cosas que pasan cuando eso que algunos llaman “amor” nos pica.

Fin

Agradecimientos.

A todos los que pidieron la historia de Sofía y Manuel... gracias a ustedes nació otra de mis locuras.

Gracias María Angélica Sasías que de forma desinteresada, se puso sobre sus hombros la corrección de esta novela... Angie, mil gracias de corazón, te quiero mucho.

A las brujitas de los aquelarres, mis amigas, mujeres que de una u otra forma son pilares fundamentales, a la hora de plasmar una idea. A ustedes chicas ¡gracias totales! Analía, Bea, Calu, Carolina, Ceci B, Ceci P, Deborah, Ivanna, Mariel, Marisa, Mikita, Naty, Silvana y Victoria a todas ustedes... GRACIAS!!!

Y no puedo dejar de nombrar las deliciosas milanesas de Karnak (lugar de encuentro de los aquelarres) las que alimentan a las brujas y a nuestras musas inspiradoras.

Mia del Valle

Nació un 13 de marzo de 1981 en Montevideo-Uruguay.

Actualmente vive en Ciudad de la Costa, en el departamento de Canelones, junto a sus dos hijos, esposo y perra.

Estudió Odontología y Laboratorio Odontológico en UDELAR, carreras que jamás terminó. De carácter un tanto bipolar según ella, se define como una soñadora, que ríe fuerte y habla mucho. Ama escuchar música, pintar, cocinar, restaurar muebles, hacer crucigramas en la playa y jugar al Candy Crush.

Amante de la lectura romántica, un día se preguntó ¿y por qué no? De ese instante de locura y gracias a KDP nació su primer novela: Una Propuesta casi Indecente, la cual vendió más de 1700 ejemplares en digital, gracias a ella y al pedido de las lectoras, se creó PROHIBIDO ENTRAR.